

LA NACION

REVISTA SEMANAL

Año III

Buenos Aires, 4 de enero de 1931

N.º 79

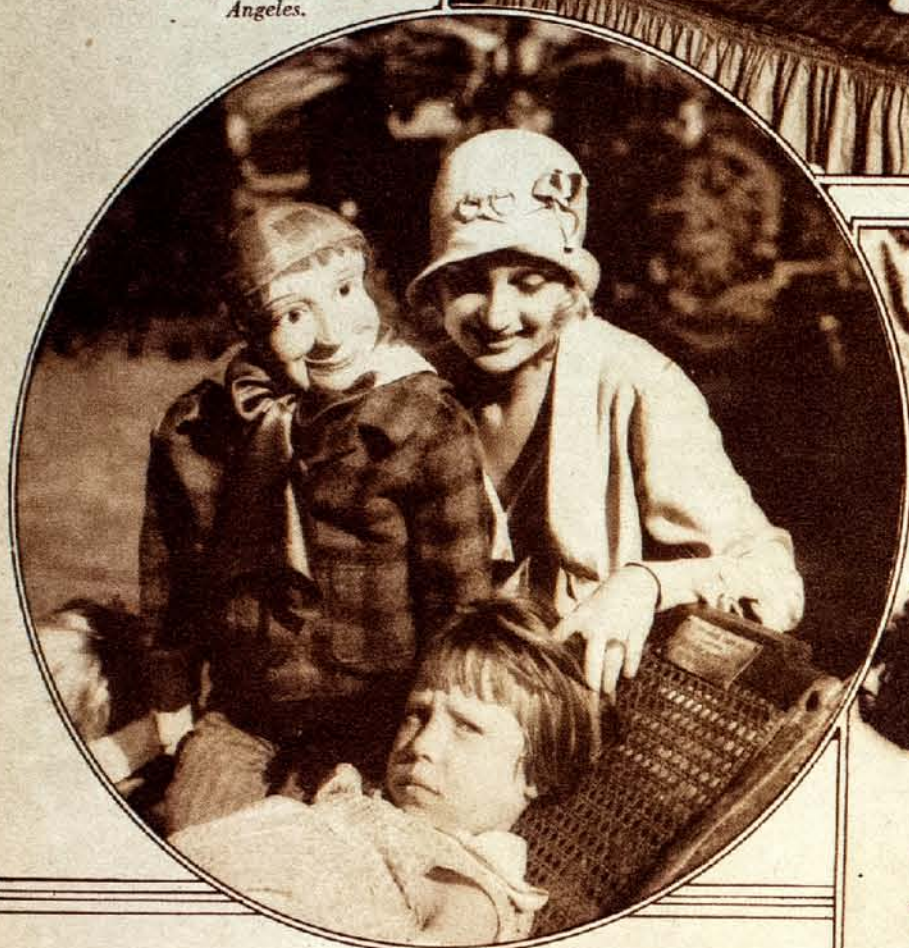


UNA
BORDEJEADA

→
Desfile de trajes de
baño durante la hora
del té en un hotel de
Londres.

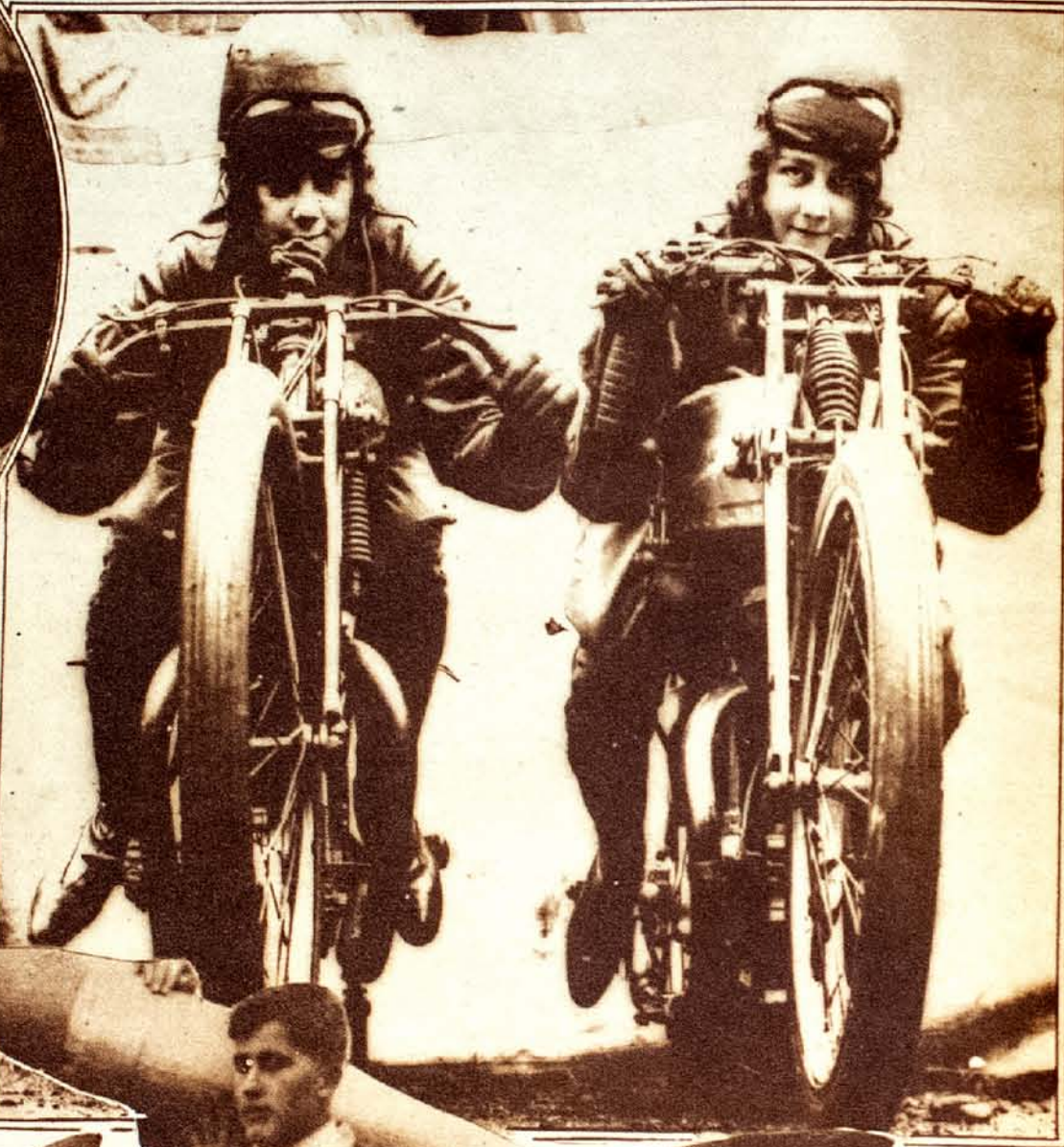


Carole Lombard, es-
trella de la Para-
mount, brinda ale-
gría a los niños inter-
nados en el Hospital
Ortopédico de Los
Angeles.



El primer aerodromo del mun-
do para "torpedos aéreos" ha
sido habilitado en Reinicken-
dorf, en los suburbios de Ber-
lín. El contralor de las autori-
dades ha permitido el adelanto
progresivo en los experimentos,
dirigidos por el profesor Oberth,
de los torpedos que podrían cu-
brir el trayecto de Europa a
América en seis horas.

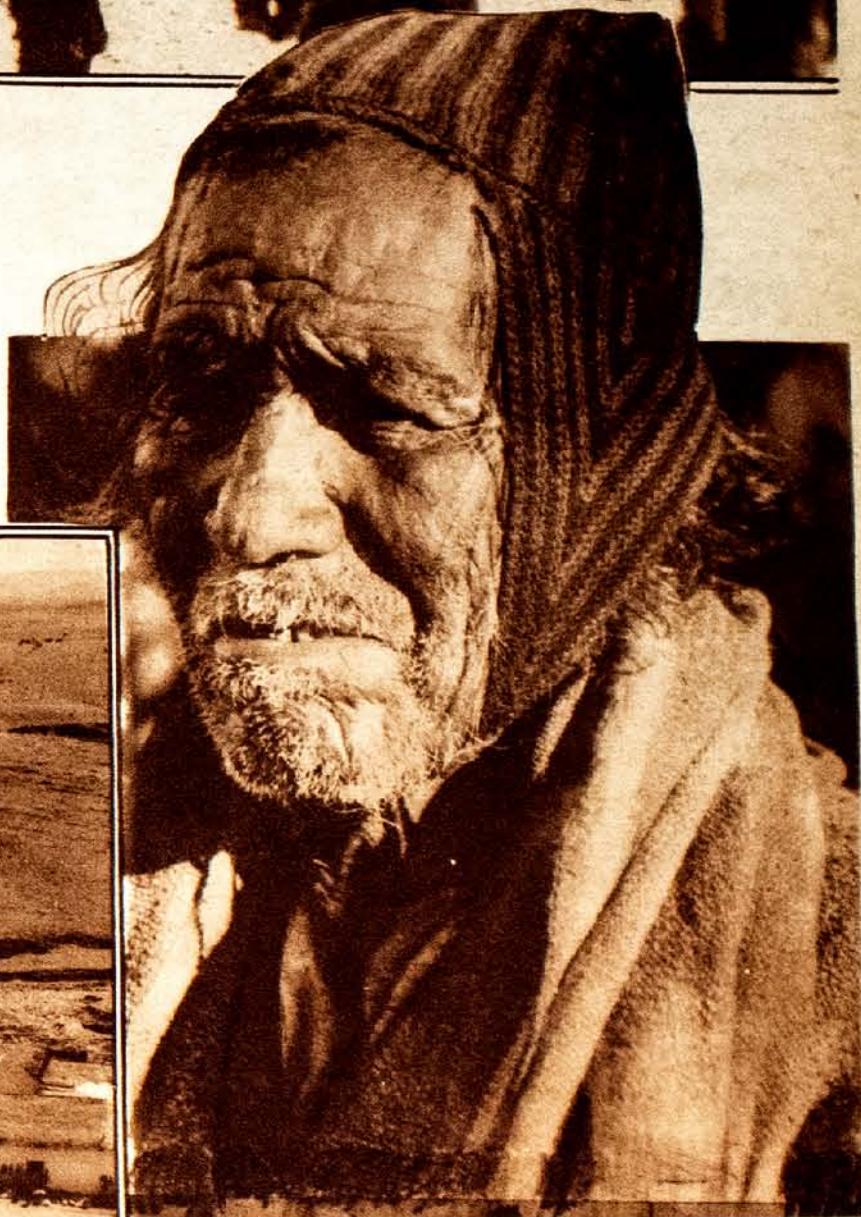
→
Las gemelas Joan y Thelma
Archer, de 15 años de edad,
se han destacado en las ca-
rreras de velocidad sobre
las motocicletas de cilindra-
da reducida del estableci-
miento que sus padres tie-
nen en Aldershot, Estados
Unidos.





Del
norte
argentino

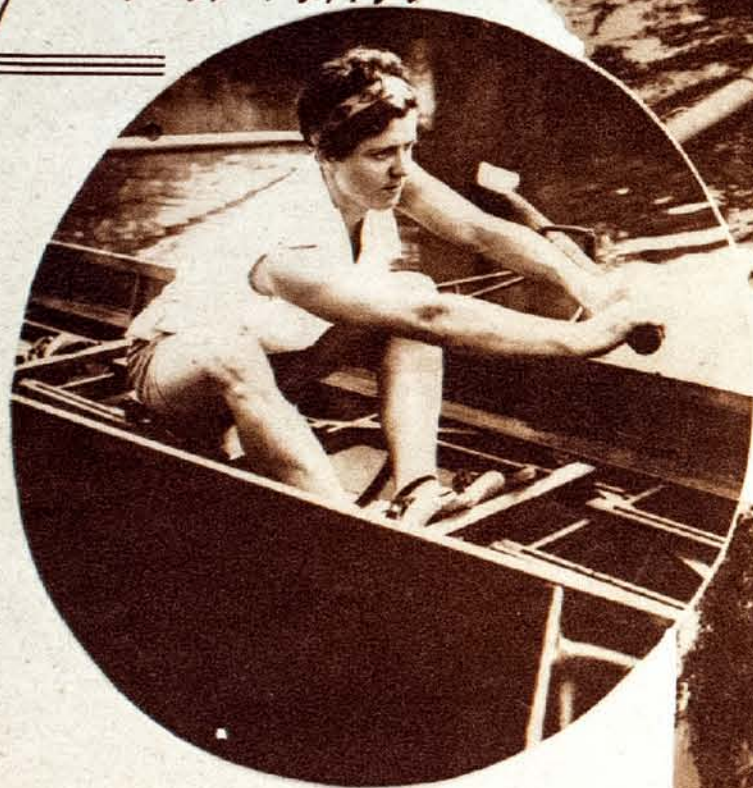
Las ferias de Santa Catalina, Jujuy, constituyen fiestas clásicas. A ellas concurren pobladores del norte argentino y del sur de Bolivia y en medio del cuadro policromo que allí se forma, la quena y demás instrumentos de la región ponen una nota de inconfundible melancolía.



Un nativo de Jujuy.



Como nos
entrenamos
para el remo



Aurora Fumaroni



Alba Fumaroni



TRES hermanas "sportswomen" que se destaquen en una misma especialidad de la cultura física, no es un caso muy frecuente entre nosotros. Ello realza, por lo mismo, la actuación sobresaliente de las señoritas Alba, Ada y Aurora Fumaroni, del Almirante Brown. ¿Cómo realizan su entrenamiento? Las fotografías de esta página, y las manifestaciones que pueden leerse, lo dicen bien elocuentemente:

"Gimnasia sueca, flexiones, carreras a corta distancia, pelota al cesto y gradualmente, sesiones de remo, aumentadas según la importancia de la carrera que debemos disputar. Tal, en síntesis, nuestro entrenamiento."





**CONTRASTES PORTE-
ÑOS.** — La indiscutible po-
pularidad del football ofrece
entre nosotros estas dos con-
trastes: el "field" improvisa-
do casi, congregando apenas,
a unos cuantos entusiastas y
la cancha rebosante de pú-
blico, con tribunas colmadas
de gente, pero recordando
siempre la falta del magnífi-
co y amplio estadio que hace
años necesita Buenos Aires.

Perlita Greco, la "vedette"
criolla que el teatro español
recibió en su seno con tanta
simpatía, muestra, aún fuera
del escenario, que sus ojos
no tienen inútilmente fama
de ser expresivos.



El Dr. Marcelo T. de
Alvear y su esposa Da.
Regina Pacini, duran-
te su visita al minis-
tro de Relaciones Ex-
teriores de Alemania,
Dr. Julio Curtius, a
quien acompaña su
esposa.



Las modas actuales en Hollywood

ME agrada extraordinariamente la moda de la falda larga. Puede, naturalmente, decirse mucho en favor de la falda corta, sobre todo en lo que se refiere a la sensación deliciosa de soltura y libertad que proporciona. Creo, sin embargo, expresar la opinión de la mayoría de las mujeres al afirmar que la moda de los vestidos largos habrá de reinar aquí durante largo tiempo. Cuando se ha experimentado una vez la elegancia, la gracia acentuada y la suavidad de líneas que brinda, no se prescinde fácilmente de ella. La mujer moderna se ha dado cuenta exacta de que así ocurre, y al apreciarlo, en consecuencia, lo aprovecha en beneficio de su tipo individual. La suavidad de línea necesita, asimismo, de un cierto equilibrio que venía faltando hasta ahora en los vestidos de falda libre y sueita, y la mujer que muestra equilibrio en su "toilette" resulta siempre atractiva.

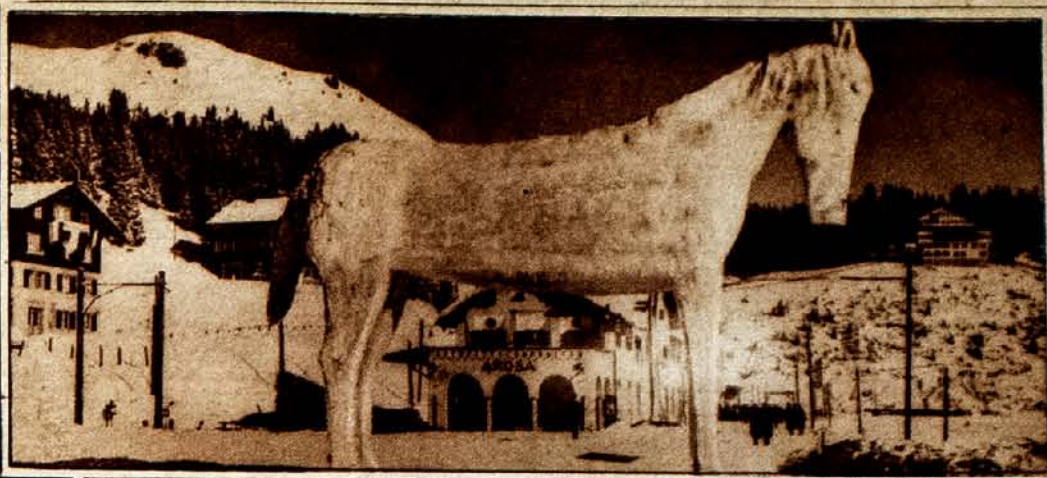
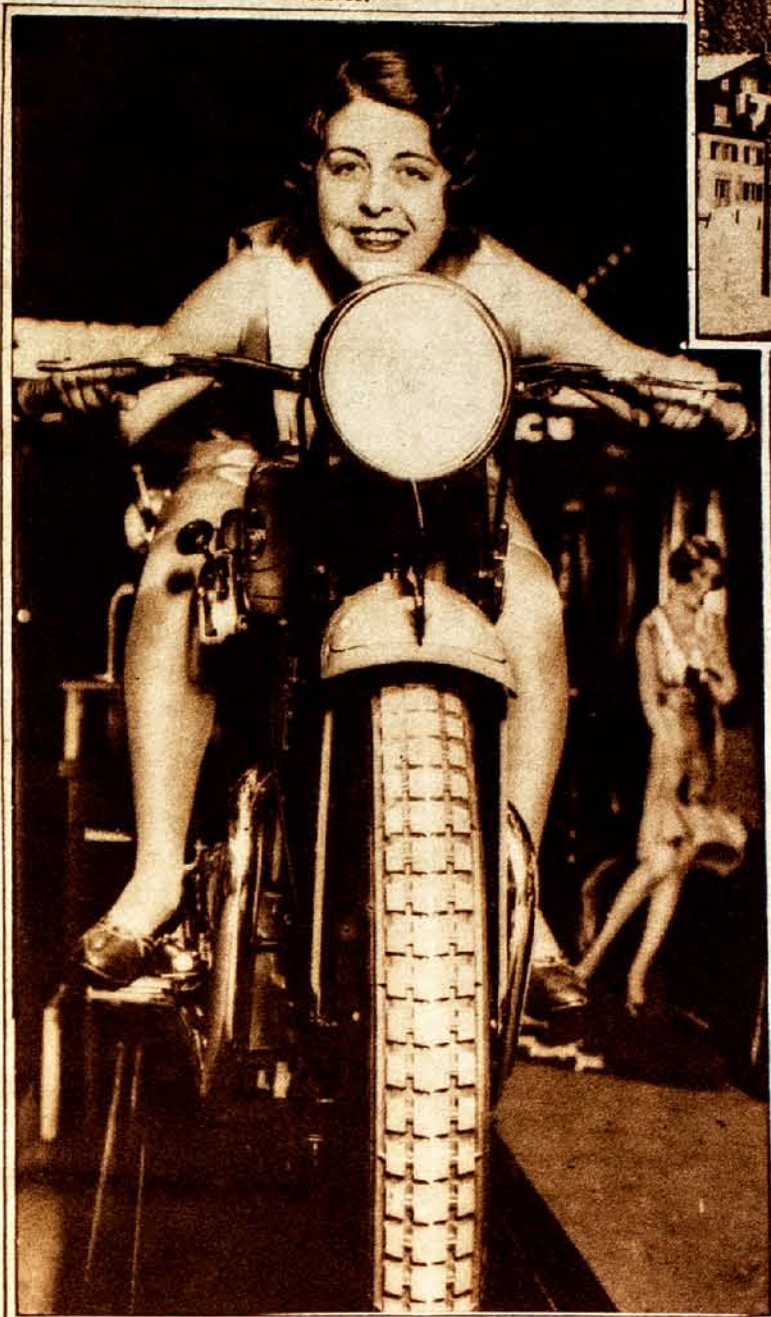
Por lo que hace a la reacción que los vestidos largos producen, entiendo que no necesito siquiera decir que lo que está parcialmente oculto es siempre más seductor que lo que se expone francamente a la vista. Opino, pues, que los vestidos largos habrán de intrigar más a los hombres que los de falda corta, por la sencilla razón de que ponen en juego la imaginación masculina.

Aunque la falda corta volverá, probablemente, más pronto o más tarde, mi opinión y la de mis amigos de Hollywood es esta: la moda de la falda larga durará aquí algún tiempo.

Dorothy Mackail



La mujer deportista en 1931, tal como fué vista en el Olympia, de Londres.



"El caballo de madera de Troya", escultura en nieve que se exhibió en Arosa, Suiza, al abrirse la temporada deportiva de invierno.



Algo que Ud. nunca debe preguntar a su esposa

Por un esposo

No soy un esposo modelo — lejos de ello.

Soy olvidadizo, porfiado, egoísta. Por las mañanas al levantarme no lo hago de muy buen humor. Tiro las cenizas de mis cigarrillos en cualquier parte. Pero hay algo que ha hecho valorarme. Ocurrió la semana pasada.

Un agente de seguros me vino a ver. Un gran tipo. En quince minutos, me hizo conocer aspectos nuevos del seguro de vida. Más o menos me dijo: "Vd. está interesado en pasarlo lo mejor posible mientras viva, con el mínimo de molestias y preocupaciones", "Vd. no desea pagar alquiler toda la vida, espera alguna vez llegar a poseer su casa. Entre sus proyectos está poderse alejar alguna vez de sus actividades, para gozar de un merecido descanso."

Me indicó como mi esposa, mis hijos y yo podíamos tener una renta garantida, en el caso de incapacitarme para trabajar. Me señaló como podía proveer para la educación de mis hijos, y como llegar a disponer de una renta al retirarme de mi trabajo. Además me mostró como podía hacer todas estas cosas sobre la base de mis entradas moderadas.

"Perfectamente", le dije. "Vuelva dentro de un par de días, voy a hablar con mi esposa del asunto."

Un asunto delicado

Y ahora viene la parte que ha hecho valorarme. En esos dos días estuve pensando y diciéndome: "En los años que llevamos casados, mi esposa nunca ha pensado que yo pudiera desaparecer".

"Si el médico me llegara a encontrar cualquier cosa y no pudiera contratar mi seguro, el disgusto sería enorme."

Además me hacía esta reflexión: "Aunque mi esposa creyera que el seguro fuera conveniente, por delicadeza no insistiría para que lo tomara."

Terminé por convencerme que contestara "sí" ó "no", estaba obligado a garantizarle una protección.

Al cabo de unos días apareció el agente. "Bien", me dijo: "¿ha conversado con su esposa?"

"No", le respondí, "he decidido responsabi-



zarme del asunto, y le hablaré recién cuando tenga la póliza en mi poder".

"Es sorprendente", dijo el agente sonriendo, "la cantidad de hombres que se resuelven en esta misma forma".

Información a su alcance

Los hombres con sentido de responsabilidad pueden obtener información adecuada. Estamos en condiciones de poder resolver muchos problemas, ya sean sus entradas grandes o pequeñas.

Lea la lista al pie de varias cosas que podemos proporcionarle. Envíenos llenado el cupón y además del consejo oportuno recibirá un obsequio útil. Su tranquilidad y la de su familia reclaman que lo haga. No le costará nada. No contrae ninguna obligación. Envíe en seguida el cupón llenado.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

PARA CONSEGUIR ESTO.....

ENVIE ESTE CUPON

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
 2. FONDOS para pagar la casa hipotecada ante cualquier eventualidad.
 3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
 4. DINERO en efectivo para los gastos de sucesión.
 5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
 6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.
- Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

L. N. 31

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

Nombre.....

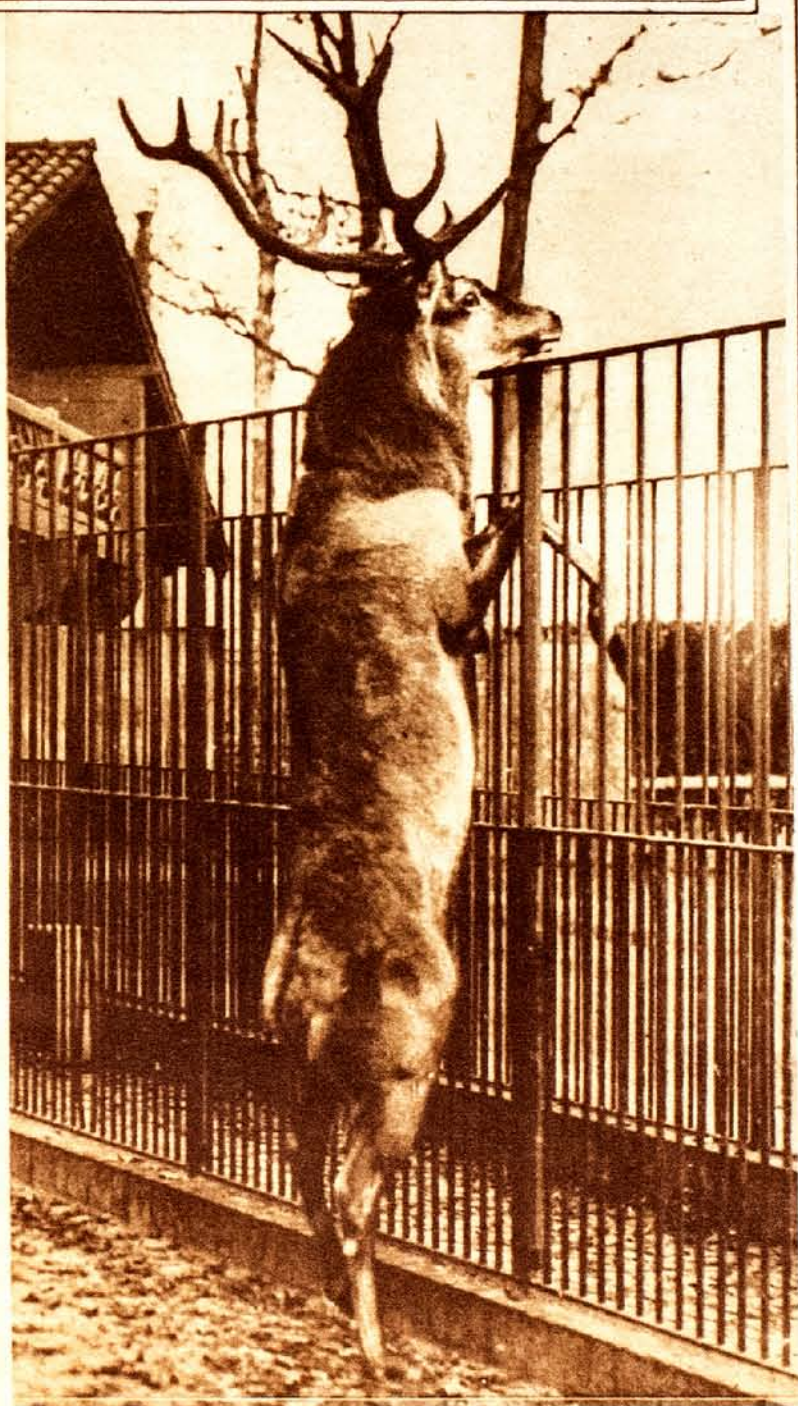
Calle.....

Ciudad.....

Provincia.....

Año de nacimiento.....

El ciervo del Jardín Zoológico de Berlín en una postura que traduce su espíritu curioso.

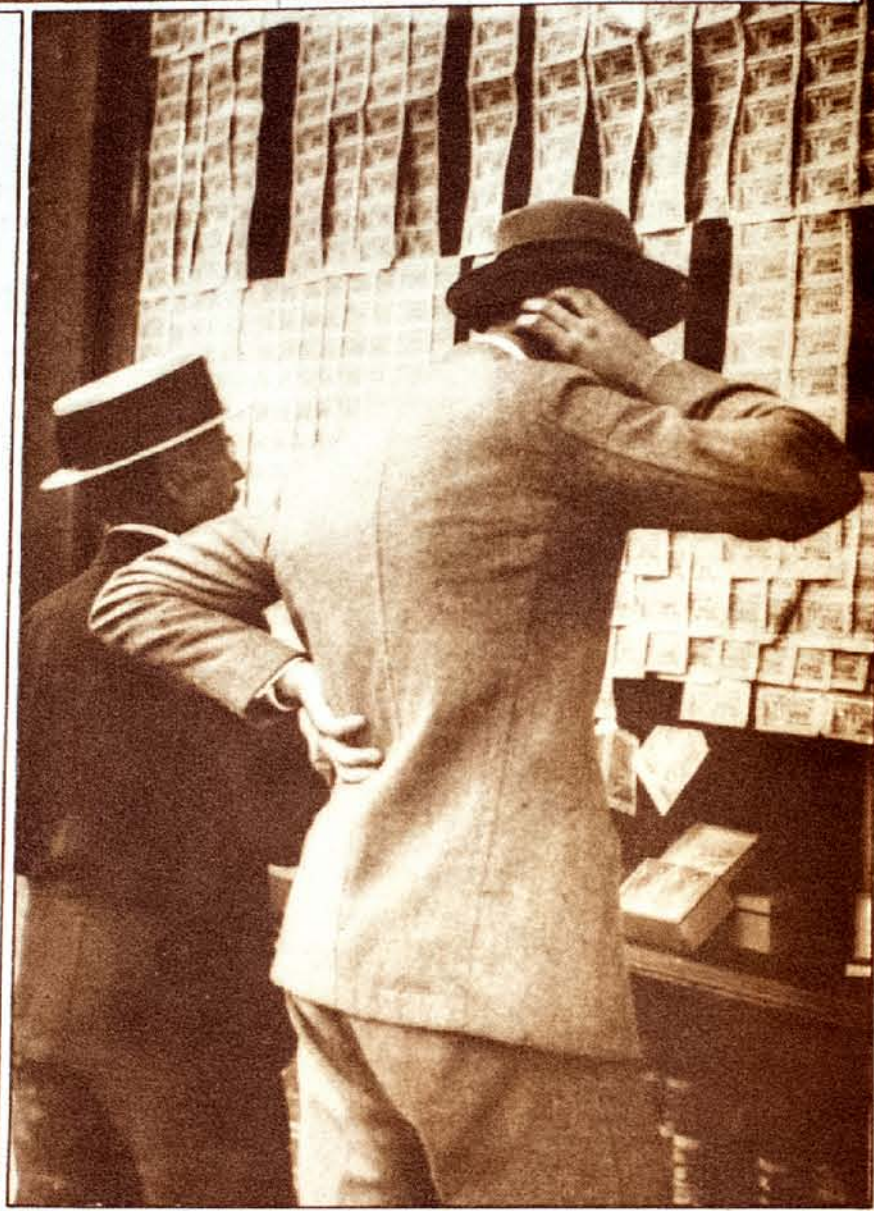


Film de Años Nuevos

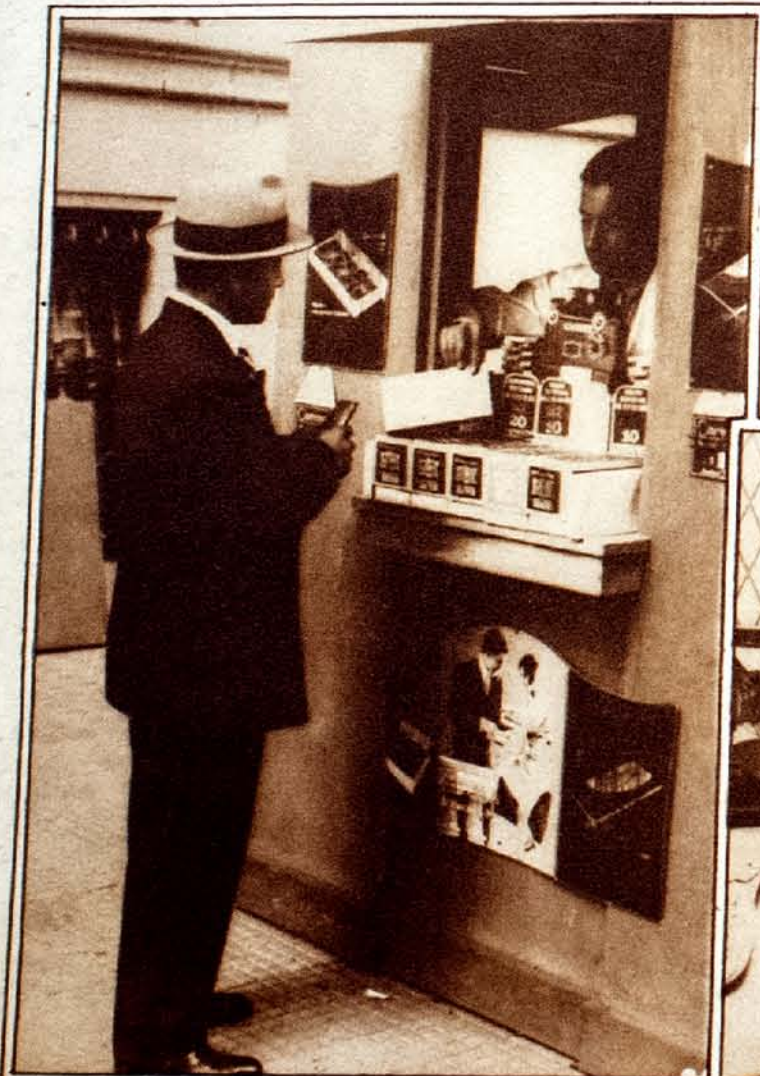


Globos y más globos, con su variedad de colores recorrieron los barrios en las últimas fiestas, llevando a los niños huérfanos de juguetes, la atracción de aquellos cuerpos esféricos.

La Navidad ha pasado y Santa Claus se olvidó de llegar en su excursión hasta el lecho de estos niños. Pero la fantasía infantil no se da por vencida y frente al panorama mágico de las jugueterías sueña con los Reyes Magos que compensarán la omisión.



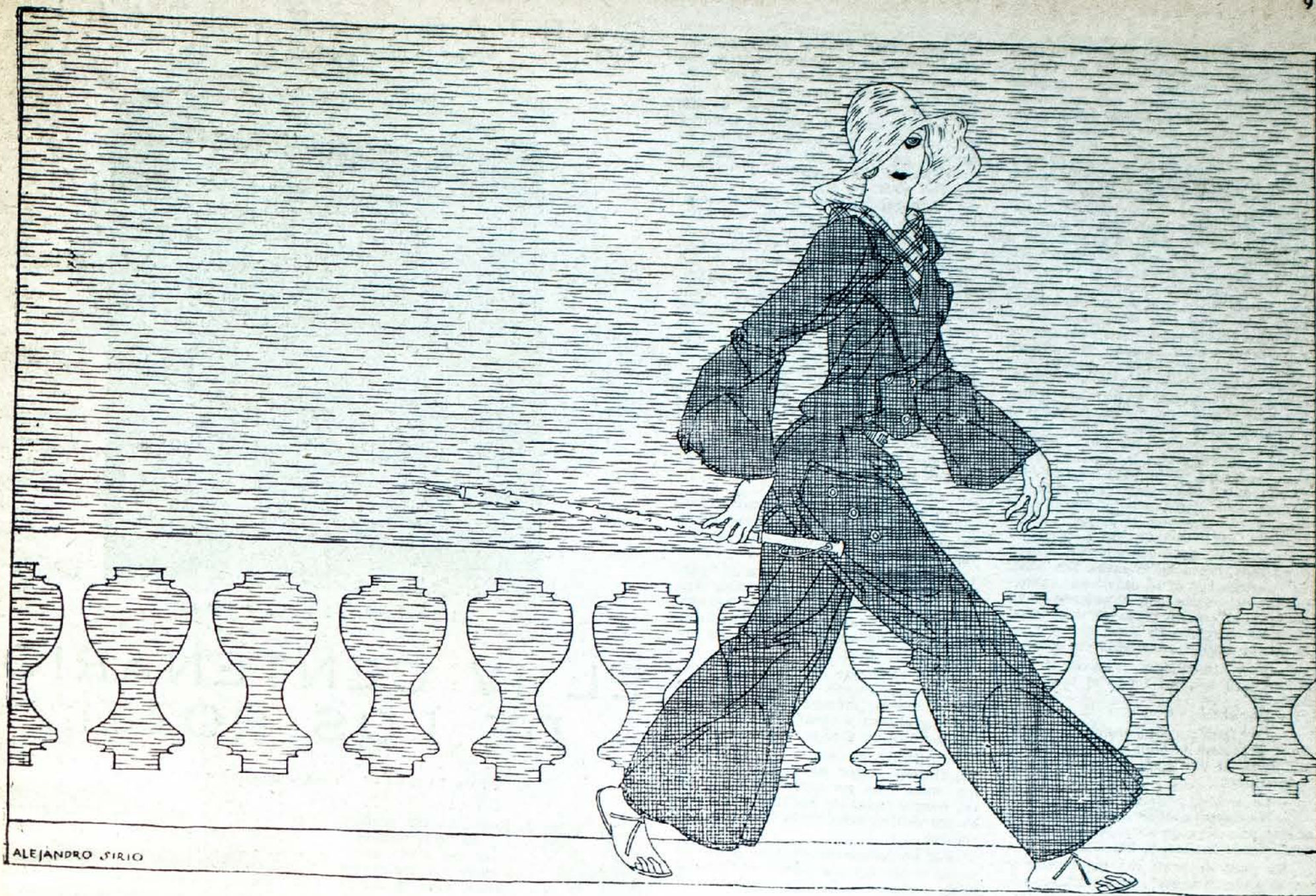
El jugador no pierde jamás la esperanza de ganar. Este ciudadano que "naufra" con los dos millones, renueva la dosis de cábalas ante los billetes de la jugada de Reyes (¡500.000!).



Los kioscos instalados en las esquinas centrales, ofrecen la facilidad de quedar bien por poco dinero, aprovechando el pretexto de "la novedad".

La rebaja de tarifas de las agencias cablegráficas con motivo de fin de año, parece, en esta época de crisis, una contribución al plan de abaratamiento de la vida y permite económicamente unir a los amigos o parientes.





La dama del pijama verde

Por Julio Dantas.

ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO SIRIO

TRES horas nacía que estaba yo en Biarritz. Me había hospedado en el Chateau des Falaises, tomando mi baño, almorzando como un príncipe frente a las anchas ventanas que se abrían sobre el océano cantábrico — lago de cobalto en que se alzaba, negra y abrupta, la Peña Virgen — y me disponía a salir para volver a ver la pequeña ciudad vasca, que es aun, poco más o menos, lo que era hace quince años, una risueña aglomeración de casas de campo y de chalets, rodeada por el formidable bloque internacional de los Palacios y los Casinos. Hacia un calor horrible, mil veces peor que el de San Sebastián. La atmósfera, que me dió la impresión de oro fluido, ardía y cegaba. Bañistas retardadas, unas de pijama, en automóviles lujosos que las traían de las piscinas de la Chambre d'Amour — otras a pie, con mallas, atajándose el sol con sus pequeñas sombrillas chinas — y casi todas fumando — pasaban, bronceadas, insexuadas, indiferentes, de regreso a los hoteles. La exhalación ardiente de los jardines próximos impregnaba de un sabor de rosas el aire salino y yodado del mar. Se adivinaban orquestas lejanas. Oíanse gritos de pavones. Fué, en verdad, vibrando con el placer de vivir — y, sobre todo, de alegría incomparable al sentirme un desconocido en medio de las gentes — que bajé la calle Mazagrán, bajo las llamaradas vivas del sol, camino de la playa grande.

Cuando yo rodeaba la Plaza Bellevue — maravillosa explanada sobre el océano magnífico — una mujer alta, escultural, vistiendo un "strand" pijama de seda verde, un fieltro verde en la cabeza, los pies desnudos dentro de

esas pequeñas sandalias de cuero dorado que han hecho furor en Deauville, iba atravesando, apoyada en un fino bastón, dirigiéndose hacia la Avenida Victor Hugo. Me detuve a observarla. Era realmente interesante el espectáculo de aquel cuerpo armonioso, cuya desnudez revelaba la transparencia de la seda del pijama, como si se lo viese al través de un vidrio verde, y que marchaba, admirable de ritmo, de belleza, de serenidad, de orgullo, dándonos la impresión de una Venus brotada, en ese mismo instante, de la espuma argentada del mar. Al principio creí que sería una francesa. Aquella elegancia, aquella "morgue" me parecían muy parisienses. Después, a medida que se aproximaba, tuve que reconocer que su complexión atlética, sus hombros cuadrados, el tono rubio de sus cabellos y, sobre todo, sus extremidades — pies y manos — largas, robustas y sólidamente modeladas, pertenecían, más bien, al tipo anglosajón. Tal vez porque yo la observaba con insistencia, se fijó en mí; entornó los párpados para ver mejor, entre la claridad ofusadora de la tarde, quién era aquel observador demasiado insistente; y, de pronto, como si hubiese encontrado a uno de sus más íntimos amigos, sonrió, se detuvo, le iluminó la cara una expresión de jubilosa sorpresa, y, tras de un momento de vacilación, se dirigió resuelta y sonriente a mi encuentro:

— ¡Buenos días, mister John Clark! ¿Por qué no me dijo que también vendría a Biarritz?

Confieso que, ante aquella sugerente mujer, que me sonreía y me hablaba en el inglés particularmente suave de las "yankees", tuve infinita pena por no llamarme John Clark. La penetrante voluptuosidad que exhalaba de aquel cuerpo, de aquel pijama, de aque-

lla piel dorada a fuego por el sol de la playa, de aquellos ojos de antilope, vivos e inquietos como dos pequeñas llamas azules, me perturbó. No porque mi interlocutora fuese positivamente bella; por el contrario, su perfil no tenía nada de clásico, y la boca me pareció demasiado grande, aunque expresiva y bien pintada; pero la estatua era admirable, el color sorprendente, la expresión diabólica, y todo, en aquella impresionante hija del Uncle Sam, a pesar de su musculatura vigorosa y de sus actitudes imponentes, respiraba frescura, juventud, alegría, sencillez, encanto femenino, pura gracia sensual, como si fuese una de esas rubias y atléticas bailarinas de Tesalia, que, al alzar los brazos robustos para hacer resonar sus címbalos de plata, mostraban dos pequeños senos virginales y delicados de criatura. "Las americanas 'up to date'" — me decía una vez cierto diplomático amigo mío — son excelentes muchachas que se beben media docena de "cocktails" uno tras otro, se fuman tres paquetes de cigarrillos sin parar, y no creen que sea indispensable, para besar a un hombre, que éste les haya sido previamente presentado". No era ése, sin embargo, el caso de la escultural "yankee" que se me dirigiera de modo tan efusivo. La pobre joven, que aun apretaba mi mano entre las suyas, era evidentemente víctima de una confusión, y me tomaba por alguna persona de su amistad. Aunque tales confusiones son siempre agradables, cuando las comete una mujer bonita, me apresuré a disipar el engaño:

— Yo no soy Mr. John, señora.

— ¿Está usted seguro de que no es Mr. John?

— Por lo menos, hasta hace un momento, no lo era. Pero pasará a serlo, sonará, si eso, la campana.

La americana la encaró fijamente, me recorrió después con la vista de arriba abajo, y convencida, al fin, de que no era la persona que ella suponía, sonrió, inclinó la cabeza y se alejó, serena, olímpica, envuelta en la llamada verde del pijama:

— "Excuse me"...

★ ★ ★
Por la noche vestí "smoking" y, con la esperanza de volver a ver a la americana, fui hasta el Casino de Bellevue.

El gran salón restaurante estaba casi desierto. Dos orquestas — el "jazz band" de los negros y la orquesta de los gauchos — tocaban alternándose para que cuatro o cinco parejas, desparrramadas por las mesas, admirasen a otras cuatro o cinco parejas, que bailaban en el centro del salón. Por las grandes ventanas abiertas sobre el océano se veía, en la oscuridad de la noche, la pulsación luminosa centellante del faro de Saint-Martin. Los mozos vagaban soñolientos. Me senté, y mientras bebía una de esas horribles copas de Porto que nos sirven en Francia — tan falsificado como la novela que M. Claude Farrère acaba de escribir sobre Portugal — me entretuve en observar las mujeres, algunas de ellas interesantes, que paseaban por la sala, porque hoy, en los grandes casinos europeos, bailar es apenas pasear, más o menos agradablemente, al son de un violín. La desnudez casi completa de los bustos, como compensación al largo excesivo de las faldas, daba a casi todas aquellas bellezas internacionales el aire de la Afrodita de Melos, sólo vestidas de la cintura para abajo pero — al contrario de la Venus del Louvre — con maravillosos brazos, "plus beaux que des jambes". Una de ellas, alta, fuerte, escultural, llamativamente rubia, vestida,

mejor dicho, desvestí a de negro, los hombros desnudos, los brazos desnudos, las espaldas desnudas hasta la cintura, los senos cubiertos por un pequeño triángulo de terciopelo, que una ancha cinta negra, cruzándole el busto y pasándole sobre el hombro derecho, como si fuese la gran cruz de la Estrella Polar, mantenía en su sitio — me pareció, desde luego, la americana. Bailaba con un joven flaco, rubio también — treinta años, tal vez —, que vestía el "smoking" con cierta distinción y que llevaba un pañuelo azul de seda atado a la muñeca. ¿Sería ella, en efecto? Esperé a que se sentaran para verla mejor. Pero un bello mantón de Manila, que entró en la sala sobre unos hombros más bellos aun, distrajo mi atención; los metales del "jazz", sin que yo reparara en ello, tocaban las últimas notas de "fox-trot" que se estaba bailando; cuando recordé a la americana, ella y su compañero ya estaban sentados ante una de las mesas, mirándose con insistencia. No cabía duda: era la misma dama del pijama verde, que yo había encontrado por la mañana. Volví los ojos a otra parte, para no hacer un saludo quizá inoportuno, y porque, en verdad — lo confieso — el mantón de Manila, que acababa de llegar, me interesaba más. Cuando iba a encender un cigarrillo, noté que alguien estaba a mi lado, cerca de la mesa. Me volví. El "partenaire" de la americana, risueño, tímido, afable, con el pañuelo en la muñeca, el cabello rubio cortado como el de los colegiales de Eton, me preguntó con la mayor amabilidad del mundo:

—Pero, realmente, ¿no es a Mr. John Clark a quien tengo el honor de hablar?

—No, señor.

—Lo lamento sinceramente. Nosotros le estamos muy agradecidos a Mr. John. Mister John es un verdadero "gentleman".

—Lo siento, pero no soy yo.

—No importa. Miss Ana le pide que acepte una copa de champaña, como si usted fuese realmente Mr. John.

No pude dejar de sonreír. Frente a mí, el joven "yankee", algo confuso, esperaba mi respuesta. Cuando yo iba, por supuesto, a declinar aquella singular invitación, la americana, cuya desnudez magnífica, bajo la lluvia de oro de la luz, tenía, a un mismo tiempo, la firmeza marmórea de las estatuas y la opulencia de color de las Venus venecianas, me lanzó una mirada que me convenció. Para beber una copa de champaña junto a semejante mujer, valía la pena de ser, durante algunos minutos, Mr. John Clark. Me puse de pie, pagué mi Porto, recogí de una silla mis guantes que olvidaba, y le dije al joven americano, que me miraba perplejo y amable:

—Estoy a sus órdenes.

★ ★

En efecto, de allí a poco, me encontraba sentado cómodamente a la mesa de miss Ana Valoon y de Mr. Fred Hoobs, neoyorkinos, ante una botella de Veuve Clicquot, que esperaba en la heladera de Christofle, el momento de ser solemnemente abierta.

Con una sencillez encantadora, verdaderamente americana, miss Ana Valoon me contó su viaje a Europa y me dijo el motivo porque se encontraba allí. Ella y Mr. Fred Hoobs eran novios. Habían sentido una recíproca atracción; pero, dominándose, al mismo tiempo, un gran recelo del casamiento (en su calidad de católicos, el matrimonio era para ellos indisoluble), hesitaban en unirse. Encontraron, entonces, a un gran amigo del senador Ridgway — el parlamentario norteamericano que, para combatir el divorcio, lanzó la sensacional idea de los "casamientos de ensayo" — y aquel excelente hombre les aconsejó que realizaran durante mes y medio, en un viaje al Viejo Continente, su experiencia prenupcial, viviendo en común, conociéndose de cerca, observándose en la familiaridad íntima, conjugando el verbo "to spoon" con cierta libertad, pero sin hacer imposible, en el caso de fracasar el ensayo, cualquier futura experiencia de miss Ana con otro "gentleman" medianamente escrupuloso. Si les fuera bien, se casarían; en caso contrario, "chacun sa vie". Era, en realidad, una tentativa practicable. Dos amigos suyos, Clay Russell y Josefina Haldeman, ya habían realizado, con

buen éxito, un casamiento provisional de quince días. Fred y Ana, pensaron, combinaron, se decidieron, sacaron los pasaportes, tomaron los pasajes, arreglaron los baúles, partieron para Europa, y, primero en las "cabines" de lujo del transatlántico; después, en Londres, en una "suite" opulenta del Carlton; en seguida en París; por fin en Biarritz averiguaron, con perfecta comodidad, en una vida en común, en "deshabillé" (aun que, bajo ciertos aspectos, cautelosa), si, en un casamiento definitivo, podrían ser felices. El plazo fijado — mes y medio — para su mutua observación, expiraba aquella noche, al dar las doce. Y miss Ana, en la ostentación soberbia de su busto, al mismo tiempo virginal y atlético, busto glorioso de Antiope emergiendo de las aguas azules del Termoodon, exclamó, mientras que el mozo destapaba el champaña, que espumó en las copas:

—¿No se imagina! La experiencia ha dado el mejor resultado. Estamos contentísimos.

—Entonces, ¿cuándo se casan?

—Estamos contentísimos, porque ya no nos casamos.

—¿De veras?

—Nos habíamos equivocado. Cualquiera de los dos es muy diferente de lo que el otro se suponía. ¿No es cierto, Fred?

—Muy diferente — convino el "yankee". Yo me imaginaba que miss Ana tenía ciertos defectos, que me agradaban mucho, y, al fin, he descubierto en ella cualidades que no me agradan absolutamente nada.

—Yo creía que Fred era un americano brusco, áspero, violento, y resulta que es de tal manera atento, que, si nos llegáramos a casar, yo tendría todos los días un ataque de nervios.

—Además de eso — prosiguió el americano — me he dado cuenta de que miss Ana no tiene confianza en mí, porque todas las noches se encerraba por dentro, echando la llave con dos vueltas.

—Y yo deduje que, si Fred sabía que yo me encerraba por dentro, era porque había tratado de abrir la puerta de mi cuarto.

—Mi intención era ver si miss Ana roncaba. Y tuve el disgusto de comprobar que miss Ana ronca como un saxofón.

—Y, además, Fred no sabe besar. Para mí, un hombre que no sabe besar como se besa en el cinematógrafo, no es un americano...

La orquesta de los gauchos atacó un tango. La sala se llenó de mujeres, cuyos torsos desnudos, bajo la luz mordiente, daba la impresión de una dosada bacanal de Giorgione. Creí oportuno intervenir, para que aquellos dos "yankees", a un mismo tiempo cándidos y leales, prácticos e idealistas, sensatos y extravagantes, ejemplares perfectos de un pueblo en cuyo seno se está formando una moral nueva, no prosiguieran haciendo públicos, en aquella mesa del Casino, pormenores quizá más sugerentes todavía de su ensayo prenupcial. Y, encendiendo el cigarrillo de miss Ana, le pregunté con el natural interés que me inspiraba el hombre misterioso, tan parecido a mí:

—Pero, en fin, ¿qué tiene que ver con todo esto Mr. John Clark?

—¿Mister John? Fué Mr. John quien nos aconsejó la experiencia que hemos hecho. Si no fuera por ese "gentleman" providencial, sólo hubiéramos descubierto nuestro error al día siguiente del casamiento. A estas horas seríamos desgraciadísimos. De modo que, cuando den las doce, Fred y yo nos despediremos como dos buenos amigos, y cada cual seguirá su vida. Ha sido Mr. John quien nos ha salvado.

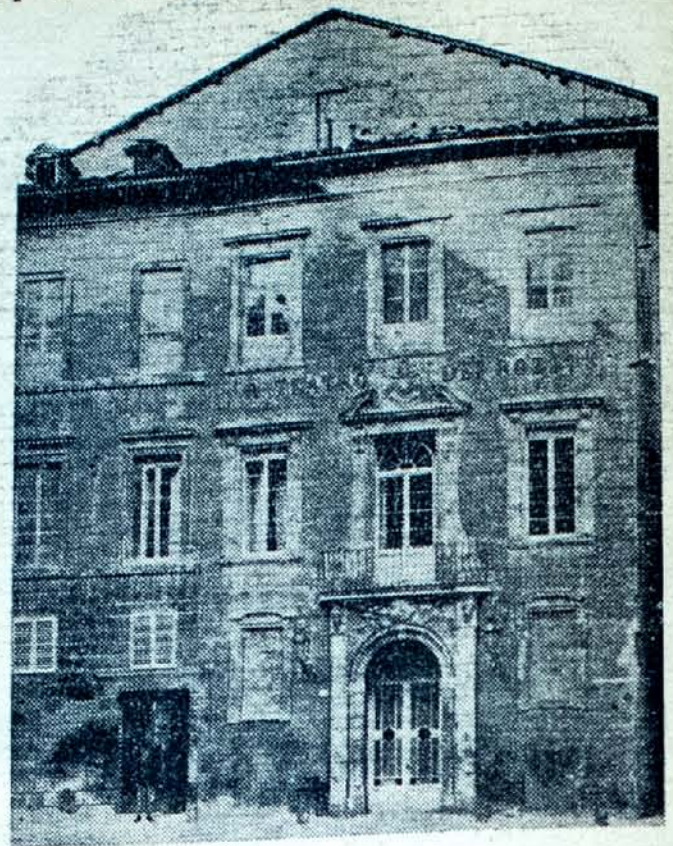
Y la encantadora americana alzó su copa mirándome y, como si yo hubiese sido su magnífico salvador, exclamó apoyada en seguida por el risueño entusiasmo de Fred:

—¡Viva Mr. John!

—¡Hip, hip, hurrah!

Agradeci, en nombre del desconocido Mr. John Clark, aquella efusiva manifestación.

En verdad que ahora se vive de sorpresas. Lejos estaba yo de suponer, cuando, aquella misma tarde, encontré en la Place Bellevue a la ornamental dama del pijama verde, que el casamiento de ensayo diera tan buenos resultados y que, en fin, fuera tan fácil de hacer felices a dos americanos.



El frontispicio del Teatro del Rozzi

EL IV CENTENARIO DE LOS ROZZI

(Para LA NACION) SIENA, noviembre de 1930.



El Renacimiento produjo en Siena no sólo un despertar del gusto clásico entre los doctos, los artistas, los hombres nobles y cultos, sino que también produjo en el pueblo mismo una marcada predilección por todas las manifestaciones artísticas, y de este modo floreció en Siena un nuevo género de representaciones de acuerdo con el carácter festivo y burlón de sus ciudadanos, los cuales, conservando el anónimo, improvisaron églogas, comedias, villancicos y escenas rurales, que recitaban en las plazas públicas, especialmente durante el Carnaval, alentados por el favor del público inculto.

Algunos campesinos, autores de estas composiciones en prosa y en verso, alcanzaron tal renombre, que fueron llamados a Roma, a la corte pontificia, para representar sus producciones de vivaz humorismo ante el mundano Papa León X. Y hay quien dice que también recitaron ante el emperador Carlos V.

Más tarde, en 1531, aquellos campesinos, que hasta es muy posible tuviesen ya desde 1500 alguna forma de organización, se reunieron todos en una congregación, estableciendo sus estatutos y escogiendo por enseña una "suvera" (1) seca — símbolo de humildad y de rudeza —, de cuyas raíces brotaba un verde retoño que venía a representar la esperanza y la intención de llegar a recobrar, con el auxilio del arte y de la naturaleza, aquellas virtudes que el árbol seco parecía haber perdido. Este escudo, que todavía existe, lleva entre las ramas el siguiente lema: "Chi qui soggiorna acquista quel che perde".

Hacia la mitad del siglo XVII y al ir decreciendo el aprecio en que se tenía a las representaciones rústicas y la poesía pastoral, muchos de los "Rozzi" se inclinaron a estilo y a argumentos más elevados, y esto dio lugar a una corriente de renovación, de tal modo que los "Rozzi" se dividieron en menores y mayores, tomando el nombre de Accademia en el 1665.

En el vestíbulo del Teatro Académico, al lado de la lámpara en bronce que recuerda a los "Rozzi" que cayeron en la última guerra, se han grabado en el mármol los nombres de los modestos

artesanos fundadores de la congregación, los cuales habían adoptado curiosísimos apodos.

"Doce ciudadanos del pueblo" — escribe la moderna Accademia que de la antigua congregación conserva la forma y continúa las tradiciones — sucesores de los cómicos sieneses que recitaban en Roma sus rústicas comedias, en la Corte de León X, deseosos de ennoblecerse por medio de los amenos ejercicios literarios y dramáticos, fundaron la Congregación de los Rozzi y establecieron los primeros estatutos. VII octubre-MDXXXI.

La Accademia de los "Rozzi" posee una biblioteca de cerca de dos mil volúmenes y numerosos manuscritos de obras teatrales desde el siglo XVII en adelante.

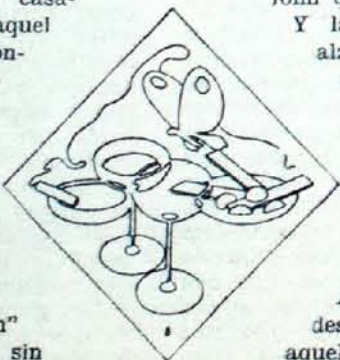
En el atrio del señorial teatro dedicado casi exclusivamente a teatro de prosa, y construido en 1836 por el arquitecto Doveri en el palacio propiedad de la misma Accademia, se ha colocado la lista de los socios honorarios, entre los cuales se ven los nombres de los actores más ilustres que pisaron las tablas del teatro académico durante los últimos cincuenta años; son éstos: Giovanni Emmanuele, Francesco Pasta, Eleonora Duse, Cesare Rossi, Ernesto Rossi, Virginia Marini, Giacinta Pezzana, Gustavo Salvini, Vittorio Pieri, Flavio Andò, Claudio Leigh, Ermete Zacconi, Camillo Pilotto, Irma Gramatica, Dina Galli, Teresa Mariani, etc.

Actualmente los socios son cerca de 700 entre académicos propiamente dichos y agregados, y a ellos les está reservado el acceso a las salas, en donde pueden distraerse con las danzas, los juegos y las amigables conversaciones.

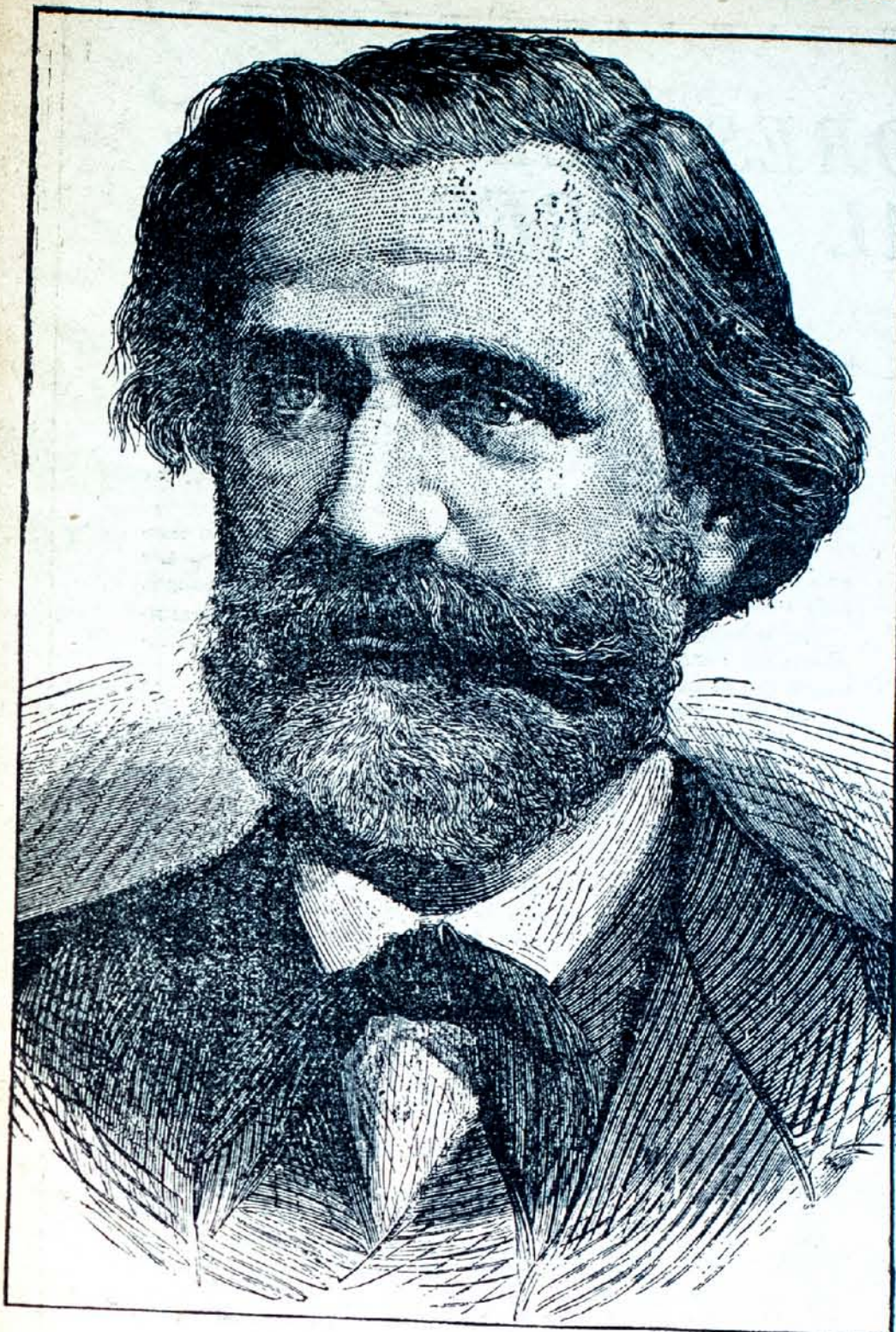
Presidida por un "arcirozzo", la Accademia publica desde hace muchos años un boletín periódico de Historia Patria, en el cual colaboran los estudiosos y entendidos del arte de Toscana.

La Accademia de los "Rozzi", que es probablemente la más antigua de cuantas existen hoy día en Italia, celebrará en el próximo año de 1931 el cuarto centenario de su fundación con manifestaciones y actos, a los que contribuirán las entidades más importantes y las más sobresalientes personalidades del mundo intelectual italiano.

(1) ¿Suvera?



La divisa de la Accademia dei Rozzi



POR OLINDO MALAGODI

(Para LA NACION)

ROMA, noviembre de 1930.



Es admisible en una obra de arte y sobre todo en la novela, mezclar la fábula con la historia; los hechos que realmente ocurrieron con aquellos únicamente inventados; los personajes que pasaron por el gran escenario del mundo con aquellos que vivieron tan sólo en la imaginación del poeta y en la penumbra de su alma? Esta fue una cuestión literaria que se planteó y discutió con ahínco hace unos cincuenta o sesenta años a propósito de la novela histórica, y es interesante hacer notar que el mismo Alejandro Manzoni, autor de la más importante de las novelas históricas de la época romántica, mantuvo un criterio resueltamente negativo, condenando por lo tanto de este modo, su propia obra maestra.

Los hechos más tarde aparentaron confirmar esta austera sentencia, porque desde entonces la producción de las novelas históricas, tan abundante durante la primera mitad del siglo XIX, fué disminuyendo y cediendo el puesto a la novela puramente imaginativa.

No comparte, sin embargo, la

opinión de Manzoni, el conocido comediógrafo y novelista austriaco Franz Verfel; el cual cree factible no sólo el volver a utilizar el viejo sistema de la novela histórica, sino también el llevarlo hasta los más atrevidos extremos; y mientras que los viejos autores de este género de obras buscaban sus personajes en un pasado más o menos remoto, evitando así las contradicciones y las comparaciones con una realidad demasiado inmediata, y procuraban además, colocar dichos personajes en la penumbra de los segundos términos, él, Franz Verfel, elige como personaje principal, un hombre casi contemporáneo, Giuseppe Verdi, cuya vida y cuyo espíritu — debido a la publicación de sus cartas, de las memorias de sus contemporáneos y de los numerosos estudios críticos — han sido examinados y estudiados bajo todos los aspectos. Pero, además, Verfel, pretende descubrir y decirnos cosas nuevas, ignoradas y ni siquiera sospechadas, que se refieren no a la vida exterior, sino al espíritu mismo del maestro; justificando esta audacia, que muchos podrían calificar de irreverente, con una sentencia del mismo Verdi, que él pone como prefacio de su obra: "Imitar la verdad está bien; pero "inventar" la verdad es todavía mejor.

¿Cuál es esta verdad que Verfel pretende haber inventado como un prodigio imaginativo y no deducido por medio de un estudio crítico? El toma como base dos fechas: el año 1871 y el año 1887. En 1871, el maestro había lanzado al mun-

do "Aida", terminando con ello el ciclo de sus grandes obras románticas, tan ricas en inmediatas expresiones humanas, que comprende el "Nabucco", el "Trovador", "Rigoletto", la "Traviata", el "Ballo in maschera" y "Don Carlos". Con "Aida", Verdi, según el criterio del mundo entero, había llegado a la cumbre de su arte; y esperaban todos que, dueño absoluto de todos sus medios de expresión, él habría ofrendado al mundo toda una serie de maravillosas obras maestras, tal era en su último poema musical la fuerza creadora y la frescura de su espíritu. Pero a esta expectación respondió el maestro con un largo silencio que rompió tan sólo diez y siete años después con el "Otello", que es de todas sus creaciones probablemente la más fuerte; a este siguió pocos años más tarde el "Falstaff", que fué su último canto genial y en el cual Verdi hace a los setenta años un milagroso alarde de juventud.

Ahora bien; ¿cuál fué la causa de aquel largo intervalo de silencio, de aquel repentino eclipse del genio musical de Verdi? Verfel nos da esta respuesta:

—Fué la aparición sobre el horizonte musical del astro avasallador de Wagner, cuya música fué precisamente introducida en Italia poco después de 1870, con las representaciones de "Lohengrin" y de "Tannhauser". Y aquí empieza el novelista a dar rienda suelta a su imaginación; "inventando" un Verdi que arrollado por la ola de la música wagneriana y obsesionado por esta nueva y

LA "NOVELA" DE GIUSEPPE VERDI

potente voz, pierde el dominio de sí mismo y hasta su propia personalidad, y no consigue ya conservar aquella energía y facilidad de pensamiento y de creación de la que había brotado su última, tan fácil y tan gloriosa onda de melodía. Pero Verfel no se contenta con plantear de este modo un problema psicológico, el cual, aunque no respondiese a la realidad, podría tener en sí mismo una justificación, sino que inventa resueltamente hechos y circunstancias que jamás ocurrieron.

Supone que Verdi estuviese trabajando durante aquellos años en un grandioso poema musical, el "Rey Lear", que representa su mayor esfuerzo musical, esfuerzo que el mismo maestro destruye, porque, paralizado por su obsesión wagneriana, renuncia a su labor y quema su manuscrito. También hace realizar a Verdi un viaje a Venecia para ponerse en contacto con aquel mago que desde lejos lo ha ido envenenando con su influencia gloriosa y nefasta; le hace asistir a un concierto — que jamás se dió — dirigido por el mismo Wagner en el Teatro de la Fenice, y su desorientación es tan profunda que le inspira palabras como éstas, al hablar de Wagner: "—Ese hombre se sublimiza en cada momento y nadie es para él demasiado pequeño ni indigno de ser templado en su fuego. Hasta la piedra que él pisa al andar se convierte en su esclava...", etc. —. Lenguaje poco en armonía con el espíritu y el estilo de Verdi, que no lo habría ni siquiera entendido. Y para terminar, el novelista lo humilla, haciéndole que aceche en el rostro de su rival algún signo de aprobación cuando aquél asiste, en la plaza de San Marco, a la ejecución por la banda municipal de una fantasía sobre "Aida". Ante la impasibilidad de Wagner, Verdi "se siente sobrecogido y paralizado por una inmensa vergüenza y tiene desde aquel momento la sensación de la derrota".

No por esto se crea, sin embargo, que estas invenciones y estas palabras encierran una malévolamente intención hacia el protagonista, pues Verfel tiene una idea altísima del genio de Verdi y lo demuestra en muchísimas páginas de su libro en las que hacia Verdi, más que hacia su rival, van encaminadas sus más arraigadas simpatías. Para él, Verdi es el gran intérprete de los sentimientos comunes y universales, el poeta de la pura y sencilla humanidad; mientras que Wagner es el místico evocador e intérprete de los mundos fantásticos, el poeta de lo eterno y de lo absoluto. Y no cabe duda, que al hacer el contraste de estos dos genios, de los cuales el segundo eclipsa momentáneamente al primero, Verfel ha querido simbolizar el gran drama del espíritu contemporáneo: la lucha entre lo real y lo ideal, entre lo trascendental y eterno y lo humano. De este modo, y siguiendo la novela, tan sólo cuando Wagner desaparece, Verdi se siente libre de la fascinación que lo paraliza, vuelve a fluir en él la vena musical más clara y más potente que nunca y prosigue su obra, legando al mundo sus últimas y mejores obras maestras.

Sin embargo, a pesar del al-

to concepto en que Verfel tiene al arte de Verdi, los discípulos del maestro y los supervivientes que tuvieron la fortuna de tratarle, no pueden por menos de protestar de la fantástica imaginación del novelista. Ellos no pretenden negar que Verdi, espíritu estudioso y abierto a todas las nuevas manifestaciones de su arte, haya sentido la influencia de Wagner; del mismo modo que el gran mago germánico no negó ni disimuló la influencia que sobre él habían ejercido Beethoven, Rossini, Weber y Spontini; pero en cambio, se sienten ofendidos por la deformación que la personalidad de Verdi sufre en la novela. Después de haber conocido a Verdi con toda su fuerte personalidad que se mantuvo imperturbable a través de su larga vida; después de haberlo conocido como un hombre de antigua y rancia sencillez, que vivía constantemente en el campo, dedicado casi por entero a la agricultura, concediendo tan sólo a la música los sobrantes de su tiempo; después de haberlo conocido tranquilo, equilibrado, dotado de un buen sentido muy italiano; los que le conocieron no pueden tolerar el verse presentar un Verdi inquieto, neurasténico, obsesionado y reducido a la impotencia por obra de la envidia.

Aconsejan, en cambio, a Verfel, si es que quiere darse exacta cuenta de los verdaderos pensamientos y sentimientos del maestro respecto a Wagner y de su obra, que lea lo que el mismo Verdi sobre aquél escribió. No es una larga carta; son tan sólo cinco o seis renglones que él dirigió al editor Ricordi, al recibir la noticia de la muerte de Wagner. Helas aquí: "—¡Triste! ¡Triste! ¡muy triste! Wagner ha muerto. Al leer anoche la noticia me quedé petrificado. No discutamos. Es una gran individualidad la que con él desaparece. Un hombre que deja en la historia del arte una huella inborrable". Tal es el verdadero Verdi refiriéndose a Wagner; son palabras de un admirador que reconoce sin reservas la grandeza de su colega; sencillo y cordial pero jamás servil ni mucho menos aniquilado. Es un saludo, lleno de noble tristeza, de un genio hacia un hermano mayor que desaparece y sin embargo, queda entre nosotros para siempre.

Poder comer de todo

Constituye el ideal de muchos, que se ven obligados a prescindir de los manjares de su agrado por temor a las molestias gástricas, tales como dolor, ardor, acidez, etc.

Conviene saber a todos que estas molestias originadas por el exceso de acidez en el estómago se corrigen fácilmente mediante el bicarbonato cáttico, que neutraliza los ácidos, hace calmar al instante todo dolor y procura una digestión natural y la perfecta asimilación de lo ingerido.

El bicarbonato cáttico es un producto científico que no debe confundirse con el bicarbonato común, es de agradable sabor y de eficacia segura. Un folleto gratis se obtiene solicitándolo de los señores Litch y Rey, calle Belgrano 2544, Bs. Aires.

LOS AMORES DEL MARISCAL SUCRE



OS generaciones de los Sucre debían dar su sangre a la causa de la libertad americana, desde aquel comandante Vicente Sucre, que abandonó las banderas para incorporarse a los ejércitos patriotas después de las matanzas de Monteverde, hasta el último hermano del héroe.

José Antonio Sucre, que nació en Cumaná en 1794, no tenía aún diez y siete años cuando el clamor de los libertadores. Era en 1811. Ardía, como una hoguera inmensa, la guerra de la Independencia. Las ciudades estaban convertidas en campamentos y las legiones criollas marchaban por los caminos del Norte y del Sur.

Qué extraños y terribles pensamientos debieron arder en el cerebro del futuro vencedor de Ayacucho al pie de los patibulos donde se desangraban sus hermanos: Pedro, la primera víctima; Vicente, Francisco, fusilado en Cariaco; Carlos, asesinado en la fatídica ribera del Guiría...

¿Pensó acaso, en medio de su gloria, entre el fragor de las batallas, que él también había de morir así, bajo el puñal de los asesinos, en una encrucijada de su gesta?

La mirada penetrante de Bolívar seguía a Sucre a lo largo de sus hazañas. Grados y honores llovían sobre el héroe juvenil después de cada batalla. Porque el destino de José Antonio Sucre fué vivir y morir en medio de la muerte y de la sangre, y de la gloria.

Desde el Caribe hasta el Pacífico, desde el Orinoco hasta el Titicaca, iba jaloneando las jornadas de la epopeya. Apuré, Boyacá, Carabobo, no eran más que los ecos de sus dianas.

Allá iba con sus legiones por los inmensos ríos, por los profundos valles de Colombia, por las soledades hurañas de las montañas indias. Llegaban hasta sus vivacs los clamores gloriosos de Chile y del Perú. Y acaso se olvidaba de los cadalsos para soñar con la aurora de Pichincha.

Una mañana Sucre llegó a Guayaquil. Iba en busca de los ejércitos del Rey. Repicaban las campanas de las viejas iglesias coloniales; lo aclamaba la multitud. Las morenas guayaquileñas arrojaban flores a su paso. Una rosa hirió su mejilla, y al levantar los ojos, vió el héroe unos ojos negrísimo que lo miraban fijamente desde un balcón colonial.

Era Pepita Gainza.

Pepita Gainza no quiso ir la siguiente noche al baile con que Guayaquil agasajaba a su libertador. Su madre era española y realista. La misma Pepita había bailado la pavana en la Corte de Fernando VII.

Sucre, impuesto de lo que ocurría, vistió su más deslumbrante uniforme y presentóse en casa de la altiva española.

—Vengo a suplicarles que nos honren con su presencia, noble señora...

Hablaba el soldado con cortés acento. Los ojos de la hija refulgían.

Esa noche el héroe bailó la primera contradanza con Pepita Gainza. Brillaban sobre su casaca roja las condecoraciones de veinte batallas. En una de las figuras de la danza, la blonda que guarnecía el corpiño de la joven realista enredóse en los soles de oro del uniforme. Sucre, obedeciendo a un impulso extraño, se inclinó y le dijo al oído:

—Señorita: esto quiere decir que mis glorias le pertenecen...

Temblaba la mano del héroe al colocar los soles de oro sobre el níveo corpiño de la guayaquileña.

—Me casaré contigo, Pepita — le dijo más tarde —. Vendré a buscarte cuando los pueblos de América sean libres... Por ti y por mí ha de velar el Señor de las batallas...

Poco después la dejaba en la casona colonial. Pepita lo vió partir y tuvo un extraño presentimiento. Ya no había flores, sino lágrimas, lágrimas de amor, en el balcón colonial.

Marchaba siempre, al frente de sus legiones. Pasó por Babahoyo, por Yaguachi. La gloria lo esperaba en la montaña. Remontó luego las áridas cuevas de Angas y Guaragua, y en una madrugada llegó a Río Bamba. Las legiones del Perú se sumaban a los llaneros de Colombia y a los centauros venezolanos. Parecía que en la tierra ecuatoriana hubiese brotado de pronto una inmensa selva de lanzas.

Llegó la gloria de Pichincha: "la espada de Sucre brillaba, junto a

la del Libertador, entre los resplandores de las grandes victorias".
¡Pobre Pepita Gainza!

El tumulto de la gesta, el fragor de las batallas, había desvanecido su dulce imagen en los recuerdos del guerrero.

Otros ojos negros debían cautivar el corazón del héroe en otra ciudad de esa misma tierra ecuatoriana a la que su espada acababa de dar la libertad.

Eran los ojos de Mariana Solanda, flor del coloniaje, hija del marqués de Solanda. El Marqués había ido a saludar a Sucre cuando éste llegó a Quito, con los frescos laureles de Pichincha. Hicieron amigos.

En la primera visita, conoció Sucre a Mariana. Volvió a verla al siguiente día. Palidecía el soldado de Bolívar cada vez que sus ojos se encontraban con las oscuras pupilas de la marquesita.

No dejó de advertirlo el Marqués.

—¿Por qué no se casa usted con ella, general? Ella le ama. Hereda el mayorazgo, y no tiene madre... — le dijo una noche.

Nunca experimentó Sucre una turbación mayor que la de aquel instante.

—Marqués—contestó—; soy soldado y la guerra me llama... No sé cuál será mi destino. Si la suerte no fuere adversa, me casaré con Mariana...

Meses más tarde estaba combatiendo en los campos del Perú. Supo allá que el padre de Mariana acababa de morir, y que le había recordado su promesa en la agonía.

Me casaré con Mariana, se dijo. Las oscuras y húmedas pupilas de Pepita Gainza volvieron como un remordimiento a su recuerdo.

Y un día le escribió desde las soledades lejanas de Bolivia. Le habló de Mariana, de su promesa solemne, le suplicaba que diera por terminado su compromiso.

La pobre Pepita, allá en el silencio de su casona solariega, comprendió que aquellos otros ojos negros que soñaban sobre una tumba habían conquistado el corazón fugitivo que ella hizo estremecer un día.

Le contestó que "había obrado como un cumplido caballero, y que, para probarle que respetaba su compromiso, remitía a la marquesita la medalla que ella usara la noche del baile, y que representaban sus promesas nupciales".

Así salió para siempre Pepita Gainza, la dulce guayaquileña, de la tormentosa existencia del vencedor de Ayacucho.

Sobre los amores del mariscal Sucre debía pesar la melancólica fatalidad que ensombreció los idilios de los héroes.

Arrastrado por las tempestades de su vivir guerrero, mucho había de transcurrir antes que Mariana fuera la esposa del glorioso soldado.

La marquesita de Solanda también lo esperó pacientemente en su casa colonial, como lo había esperado Pepita Gainza en los días interminables de Guayaquil.

Hasta que una mañana llegó de las breñas remotas de Bolivia un oficial con plenos poderes del que ya era el héroe de Ayacucho: Sucre casábase por poder.

Largo tiempo fué a buscarla, en la misma casa donde la conoció. Pero ni el amor, ni el hogar, eran para el hombre que había vivido su existencia de gloria en los campos de batalla de medio continente.

Pronto tuvo Sucre que deshacerse de los brazos de su marquesita. Su vida conyugal fué un beso entre dos batallas, como su primer amor fué una sonrisa entre dos campañas.

Volvió a partir. Esta vez no iba hacia la gloria, sino hacia la muerte. Los traidores de la tierra a la que dió libertad, habían jurado su sacrificio.

"Sucre, que había paseado triunfante su pendón de guerra desde las márgenes del Orinoco hasta los confines del Cuzco, debía dormir el sueño de la muerte en las soledades de una montaña, teniendo como epitafio para su tumba las palabras que pronunciara al saber su triste fin el genio tutelar de América: "Se ha derramado la sangre de Abel".

El corazón de Mariana sangró en una carta famosa, una carta desgarradora que arrancó lágrimas a todas las mujeres del continente.

Dos años más tarde, en 1832, la viuda del mariscal Sucre se casaba con un oscuro general en el Alto Perú.



HECTOR PEDRO BLOMBERG

El no admirarse procede del saber en los menos; que en los más, del no advertir. —GRACIAN.

INICIACIÓN

SEIS de la mañana; tintineo luminoso del amanecer. Unos bocinazos prematuros, que se han adelantado a la cita. Acomodo a la diestra de mi amigo, que está agarrado ya al volante, con actitud volandera.

Atocha; Eguía; Loyola; Astigarraga; Hernani.

Todo recorrido con la mirada fruidora del renovado descubrimiento; con aderezo de recuerdos fugaces, que la memoria refrescada por la ráfaga húmeda de las horas primas va salpicando en el espíritu, como hitos instantáneos.

La carretera que nos lleva a Goizueta es torva y consiente, no sin contrariedad, que las llantas cauchutadas pretendan acelerar el paso lento, clásico y secular que exige su montaña. Los geniecillos montañeses invisibles erizan todas las noches de guijos afilados—como armas sutiles de la edad de piedra—el camino de los hombres apresurados. Al rodar los anillos de goma, apedrean la trasera del coche, y al mismo tiempo los seres invisibles que pueblan los bosques chillan: ¡calma!, ¡calma!, ¡calma!; ¡más despacio!, ¡más despacio!...

Los robledales y castaños y los acebos se bunden luceando por las noches, como hu-yendo en tropel, para que no descubramos su complicidad en las travesuras de los geniecillos perversos.

Goizueta, el pueblo carbonero y contrabandista, extiende la visera de sus aleros volados sobre las casas, ofreciendo el regodeo de dos construcciones de un tipismo substancial y categórico.

Allá en la reconditez de la casa de correos y abacería, un comedor limpio, insospechado, nos acoge con algarabía de gallinero, que se filtra por los muros espesos. Un "gizón" nos envuelve con raudales de campechanía. Estamos en presencia del que fué ayudante de campo del más formidable maestro en el fraude estatal y fronterizo durante la gran guerra. Nuestro amigo instantáneo es la firma de más solidez de la comarca. Tras sus ojos algo desorbitados hay una buena "cabeza". En las entidades bancarias donostiaras y pamploñesas saben algo de nuestro hotelero.

Unas magras de jamón serrano, como Dios manda, alegrando los enormes iris amarillos de dos huevos fritos, como fantásticos ojos asombrados. Un vino sólido, con apresto, que forra el fondo del vaso con una telilla escarlata, acompaña la función mañanera, nutritiva e indispensable.

—Se encontrarán ustedes un camión mío, cargado de leña, a un kilómetro, o cosa así—dijo nuestro huésped mirando su reloj—. También "crusarán" un camión cargado de plomo, que saldrá ahora para Rentería, de las minas que dejarán ustedes a la "izquierda". Después hasta "Leiza" tendrán libre—continuó nuestro ya definitivamente amigo.

Y la predicción resultó exacta. Si

no hubiese sido por un Ford, de los primeros que entraron en España, cargado con un cura y otras personas que bailoteaban en los asientos, no nos hubiéramos encontrado a nadie; después de los camiones, en veinticinco kilómetros de carretera.

Y llegamos a Leiza, lugar lleno de luminosidad cimera, donde se "componen" astenias ciudadanas, en el que hay

casas solariegas, sobre cuyas fachadas se derrama, desperdigada, una noble porción de hidalguía navarra, y cuyos fondos de montaña adquieren fastuosos matices, que prestan las horas y la atmósfera a las cumbres del Aralar.

Y deslizándonos después por la pen-

ya calcinada por los siglos de atmósfera brava.

Hay varias más cosas en Sangüesa, todas ellas hechuras de los hombres, que no pueden por menos de estimular nuestras posibilidades admirativas; por ejemplo: aquel alero ensombreciendo toda la calle suya, en un oasis agostado. Alero quimérico, de ménsulas zodiacarias hermanas de los capiteles per-

sas; colgantes tallados con motivos frutales y humanos. Hiperbarroco, con influencias quizá mayas y aztecas, tamizadas por un regusto colonial. Tan exuberante es el alero del palacio del Valle Santorum sangüesino, que cuando nos retiramos de su observación mi-

claridades en las laderas y en los pinos que se zafan en los hondones, pero que son descubiertos por la proyección oblicua de los rayos solares. El sitio es de los que frustran todo plan y os hacen variar el número de horas destinadas de antemano a permanecer en los hitos de vuestro plan madurado.

Navascués queda en pos, tras un rodeo, y ya el paisaje va suavizando sus desigualdades montañesas, extendiendo cada vez más horizontalmente

las capas de su estructura. Navascués, cruzado raudamente, deja la sensación de un pueblo de yeso; con sus eras, pero de yeso. Hace desear el agua.

El agua que se hace desear en Navascués no se halla lejos, y pronto la brinda e inhala por el ambiente el río

Salazar, que suavemente marca su presencia con el cauto deslizamiento de la corriente sobre un lecho extendido en llanada.

Los chopos agitan alegremente, sin estrépito, el bordón que esconden sus hojas; algunos mozos se bañan o pescan, quizá truchas, a pesar de la veda; y por la carretera las gentes del valle, limpias, de fiesta, exponen sus rasgos, ya típicamente navarros, a la curiosidad investigadora del viajero, poseedor de una preparación etnológica elemental, casi pàrvula.

OCHAGAVIA

CABEZA del Valle de Salazar. El río de este nombre ha marcado dos épocas en el desarrollo del poblado, y en una orilla se ven insinuaciones incolores de una modernidad pueblerina, y en la otra está lo

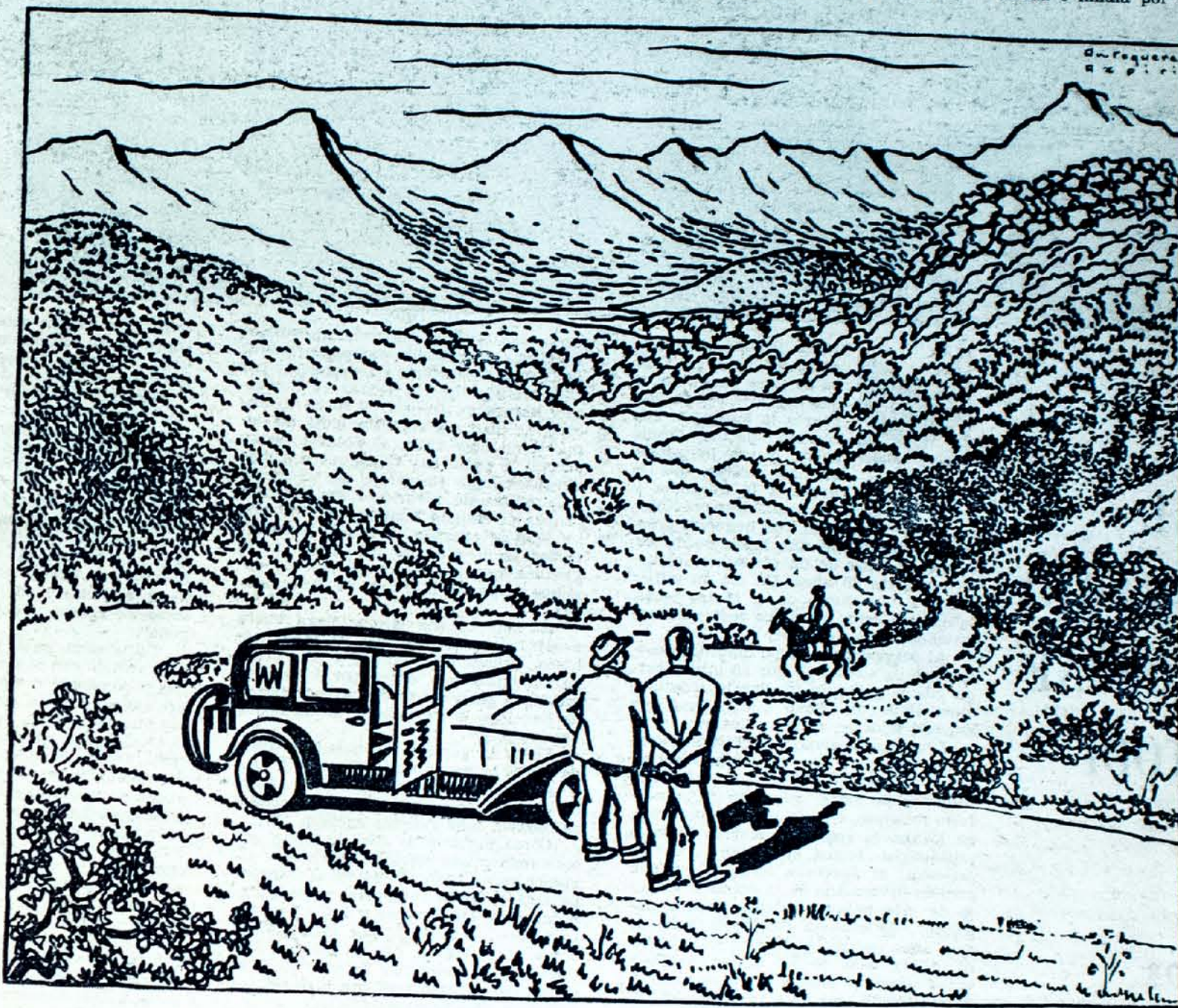
antiguo y tradicional, con ese apego a lo sombrío de los viejos pueblos vascos.

De retorno, dejamos un valle para entrar en otro, y serpenteamos por entre un paisaje de focas calizas, que a veces presentan efectos insospechados, de una belleza neta, sin lirismos, como la de algunas mujeres de canon característico de esta tierra del Romanzado.

Lumbier trepa carretera arriba a la izquierda, mientras nos lanzamos, atravesando Aoiz en plena algarada festiva, hacia los misterios penumbrosos de las Aezcoas, entre dos luces. Unas señoras sorprendidas por la noche hacen señales; indudablemente el pánico producido por la bárbara naturaleza del sitio ha vencido en ellas todas las timideces. Suben atrás, el coche rezonga un poco y en Oroz descienden, no sin darnos antes algunos datos útiles, salpicados de gracias reiteradas.

La noche cierra por completo y se impone un cambio de rueda. El gato maulla quedamente, pero aupa el coche lo suficiente para realizar la operación. Tres sombras se acercan agrandándose, y una de ellas, más sombra que las otras dos, nos saluda primero: es un cura. Charlamos y solicitamos datos y aclaraciones. Puesto de nuevo el auto en marcha, nos dirigimos por el interminable túnel de la noche a Garayoa, donde no encontramos, ni mucho menos, aquella afabilidad acogedora del Roncal, aunque después de todo, las camas están bien mullidas, y dormimos sin pestañear.

ARABESCO VIAJERO



diente de Iruzun, nos colamos, de rondón, en Pamplona.

HACIA SANGÜESA

TRATAMOS de ir desmenuzando todos los pliegues que presenta la tierra en su reflujo hacia el llano ribereño. Aragón se inmiscuye francamente en las cosas y en la vida de Navarra, y cuando llegamos a Liéde-

na, en realidad es muy difícil precisar si es en tierras de Navarra o de Aragón en donde nos hallamos. El coche se escapa retozón de la carretera jacetana, y con un esguince automecánico eliminamos la monotonía del pardal, que ahora ya se blanquea como bañado por una lluvia compacta que fuese proyectada por alguna fábrica de cemento. Cruzamos el río Aragón por un puente que marca la única presencia en el paisaje de signos europeos contemporáneos.

Y sin más preámbulos se nos presenta Santa María la Real, con sus estilizadas y esbeltas figuras en las jambas del pórtico; con una archivolta triple, maravillosa; con una elegancia que desbasta reminiscencias septentrionales un poco bárbaras, y con residuos verdes, azules de un dramatismo bizantino, como recuerdo de una policromía

nuciosa no tenernos ganas de ver más, empachados ya de formas torturantes.

Los pórticos de Sangüesa. ¿Por qué nos gustaron más en Barcelona que aquí? Arcano impenetrable. Quizá nos lo pudiera explicar aquel almacenaje—seguramente provisional, pero casualmente sorprendido—de unas buenas ringlas de recipientes para inodoros, todavía enjaulados algunos, que quitaban sabor—no hay que decir olor—local a la arcada famosa de lo que fué mansión real.

NAVARRA - ARAGÓN

Y A hemos salu-

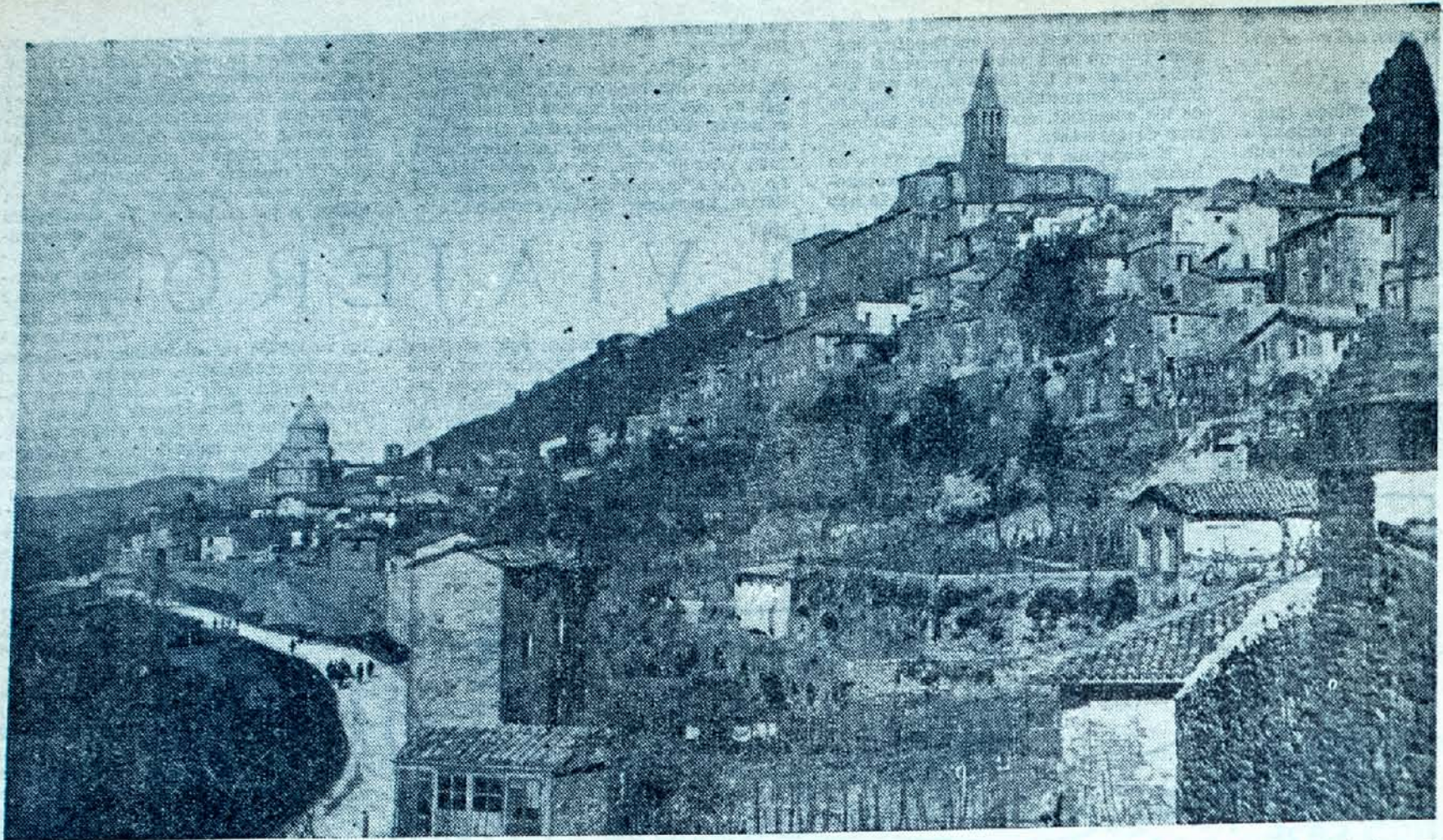
dado a la región aragonesa, y subimos hacia el valle del Roncal por su carretera, que tiene puestos un pie en Aragón—Sigués—y otro en Navarra navascués.

Burgui es el primer pueblo roncalés que se encuentra por la carretera, y a la izquierda, haciendo caso de un letrero que dice a Navascués, creo que 15 km., se asciende a un punto de rampa fuerte, hirsuto, en el que no hay más remedio que descender del coche para henchirse de aire recio y quemante, y admirar—admirar—el imponderable espectáculo que ofrecen las cumbres pirenaicas en una noble y magnífica emulación de rancio abolengo y regia grandeza. La luz de la tarde pone

TEXTO Y DIBUJO DE ANTEQUERA AZPIRI

(Para LA NACION)

SAN SEBASTIAN, noviembre de 1930.



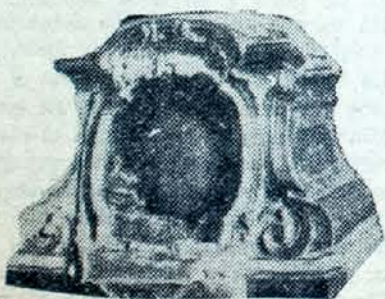
EL HERMOSO PANORAMA DEL LADO SUR DE LA CIUDAD DE TODÍ, VIENDESE EN LO ALTO LA IGLESIA DE SAN FORTUNATO, DONDE JACOPONE DE TODÍ ESTÁ SEPULTADO

EL CENTENARIO DE JACOPONE DE TODÍ

POR
GABRIELA MISTRAL

(Para LA NACION)

OSTIA DE PISA, noviembre de 1930.



URNA QUE CONTIENE EL CRANEO DE JACOPONE DE TODÍ EN EL TEMPLO DE SAN FORTUNATO



ESER Jacomo Benedetti nació en Todí, en 1230, en la clase burguesa, lo que le serviría para golpear a la burguesía con correas de su propio cuero; y tan burgueses son los padres, que le llevan a la abogacía y

paran con él nada menos que en Notario. Notario de Todí, con negocios prósperos, casado con una hermosa mujer, él vive la vida de un sedentario dichoso hasta los 38 años. Un día su mujer asiste a una fiesta en el teatro local; la madera ruidosa del palco cede; ella cae hiriéndose mortalmente.

Al desvestirse el cuerpo querido, Benedetti se da cuenta de que su mujer carga cilicio, y según lo dice la magulladura vieja, un cilicio que ha mordido muchos años en aquella cintura.

Mientras él mayordomeaba negocios y negocios en el día, mientras voltereaba — antes de Voltaire — en las tertulias de la noche, sobre cualquier misterio religioso, ella, la siempre presente, no alzaba la voz a su marido y no le reprochaba nunca el atropello de su creencia; se apretaba no más con una presión disimulada de la mano el manojito de crin brava, "satisfaciendo y pagando". El notario Benedetti, más de diez años casado, que creía saberlo todo de la vida de su mujer, venía a aprender en el momento de su muerte, la existencia doble de su compañera, aquella vida en escapulario visto de un solo lado en los tratos conyugales. Jacomo se pone a buscar la creencia mejor que a creer de una manera fulminante, como otros dicen; en este negocio suele ser mejor el camino desnudo por donde se busca que el sillón de brazos en donde se halló. El coge la novedad cristiana, él toma como quien dice, el "dossier" de Jesucristo, del que en su vida no había sentido ninguna gana. Hojeando el "proceso" jesucristiano con sagacidad de notario y ardencia de "retardado", él descubre que las piezas más embriagantes corresponden a las del franciscanismo. Allí se detiene su elección y decide hacerse hermano de la orden tercera de San Francisco. Diez años queda dentro de la mitigada fraternidad terciaria para pasar en seguida a la orden plenaria de fraile menor.

Como a Paul Claudel, con la fe le llega el don poético, y de tal modo, que parece que la cuerda franciscana se le vuelve un látigo caliente que azuza para hacer cantar y hacer cantar perdidamente.

Como él ha dejado su notaría, su casa y casi su época, llevará a la poesía un amor rabioso de lo popular y una decisión frenética de hacer folklore a lo divino.

El sí es un descastado, un arrancado de cuajo de su clase. Burgués de lengua, puesto que era un letrado de su pueblo, y de los finos; burgués de vida hasta el punto de ser un administrador profesional de bienes privados; burgués de familia, él ha hecho pedazos como nadie que sepan los papeles viejos, los "roles" jugados, sus costumbres y hasta sus gestos, para vol-

verse una criatura sin techo ni comidas regulares, vagabundo completo, cantor de Dios al descubierto y reprendedor por Dios cuando llega a entrar en las casas. Parece un frenesí: él se ha arrancado de un tirón el Adán viejo del alma y de otro tirón el notario de su cuerpo. Y como hay cosas que son más burguesas que el birrete de terciopelo y la pluma de notario, o sea el amor propio, el respeto humano que los más infelices se guardan, él decide transformarse en irrisión de todos, así de la gentuza que se encuentra por los caminos como de la gente de las ciudades.

El nombre con el que llega hasta nosotros es sencillamente un mote de burla. Grande de estatura, y más grueso de bulto que antes por el hábito burdo, él pasa de Jacobo a Jacobote, o de Santiago a Santiagote, de Jacopo a Jacopone.

Lleva la capucha franciscana echada hasta la nariz para provocar la risa y se deja la boca libre, porque hablando "disparates rimados" consigue echarse todavía más ridículo encima.

Otros juglares de Dios llevaban por los caminos una estampa correcta y algunas veces bastante estética; Jacopone será el bufón voluntario, el espantapájaros de los campos y las rutas, un Quasimodo deliberado, por más que carezca de la joroba, que se las ha compuesto para hacer reír de sí a quien le encuentre y castigarse con la mofa las antiguas vanidades notariales.

Cuidado con tomar la cosa como espectacular y cuidado con creer que bufoneando él se daba gusto. Todos los del tiempo le han llamado loco y ninguno farsante; de la locura — ma pazia — él lleva la pincelada en el único pensamiento y en la busca de lo absoluto.

Nos bastan sus romances para saber que no estaba loco; cada uno de ellos muestra la composición perfecta, la regularidad de los ritmos y la solidez clara de los conceptos. Se necesita que los profesores de literatura sean todo lo tontos que suelen ser, para que se vengán dando cuenta no hace más de treinta años, de que Jacopone es el primer poeta pre-dantesco; el segundo poeta medieval; el mayor poeta franciscano, incluyendo en el bloque a San Francisco, uno de los más grandes poetas del mundo, como dice Papini.

Nosotros, la pobre gente extranjera, informados por las Antologías cursis, adoctrinados por el medio-pelo literario que hace docencia, apenas si sabemos algo desde lejos sobre Jacopone de Todí. Es preciso limpiar con lija o buen limón la lengua que tenemos ensuciada por las pomadas académicas, para que lleguemos a gustar esta miel de avispas, de sabor dulce-ardiente, que es la poesía jacobonesca. Valdrán por el jugo de limón una lectura de nuestro Romancero o de nuestras coplas a lo humano y a lo divino, y cualquier folklore de otra parte. Purgados de esta manera y ayudados de un italiano que se sepa su lengua medieval, podemos sentarnos al disfrute completo de Jacopone. Así me lo voy leyendo yo, convirti-

dado a la lectura sobrenaturalmente, a causa de mi estada en Italia y del séptimo centenario del poeta, que está celebrando la ciudad de Todí.

Tenemos que decir algo sobre el clima del cristianismo jacobonesco. La creencia bajó en plomada sobre su cabeza y desde el cenit mismo del Evangelio; ella será peligrosa y fuerte como las materias puras y el cristiano miedoso se la mirará como el algodón del que se saca la pólvora o el azúcar que fermenta echando la llamita alcohólica. "Demasiado fuerte", dicen los desabridos; Ernest Hello habría dicho de él, con más razón que de San Francisco de Sales: "Hace calor en Jacopone".

Durmiendo bajo y sobre las heladas; vestido con ropas de veinte estaciones y comiendo como el camello amigo del ayuno, él solía ponerse a mirar con esa mirada redonda que es tan peligrosa, la totalidad de este mundo llamado cristiano, tenido por una pieza completa de Jesucristo, y en verdad fofa de paganismo en muchos pedazos y en otros con señales de disolución. Entonces le subían a Jacopone desde esa entraña vieja que nunca se pierde por entero, unas anchas cóleras, unas empenachadas cóleras santas. Tales cóleras dictaron las sátiras en verso contra dos Papas, que le valdrían una prisión de cinco años. La Iglesia, que ha perdonado al Dante sus Pontífices cocidos en el horno con colores de ladrillo, también ha perdonado a Jacopone las tremendas tiradas de versos en que dió a dos cuerpos santos una corrida de baqueta comparable al negocio dantesco.

Me acuerdo yo de haber visto en mi infancia unas flagelaciones voluntarias de fieles, al final de ciertas misiones rurales del valle de Elqui. Encima de esta visión, demorada en mi memoria, yo he puesto los poemas de los arrepentidos que conozco, y que valen por ellas, desde algunas "letanias de bajezas" que recitaban los pecadores en España, hasta las sabidas de Verlaine que son más suaves, como pasadas de mano española a mano francesa. Lo más terriblemente bello de este género flagelante es, sin embargo, el "Romance de las Enfermedades" del Jacopone. La lectura hace mal a nuestros pobres nervios de cobardones y de laxos. El misericordioso supo que esas seis páginas ponían los pulsos a batirse y un poco más allá nos regaló con unas insignes ternuras de la Virgen, que alivian y amansan.

Curiosa Umbria. Está a un lado de la Toscana y casi vence en gloria a la Toscana. En un paisaje aseado como por unos ángeles agrarios, en un campo pulido que, a comienzos de la primavera, llega a parecer un brocado al sol, allí se encuentran el Urbino de Rafael, el Asís del Pobrecito, la Perugia de Pietro Vanucci, el Perugino, el Foligno de la pasmosa Angela (1), el Todí del Jacopone. Tierra para caminada de rodillas, verdadera tierra en que el cielo empieza con un suelo más fino y con un aire nuevo.

(1) Angela de Foligno, mística.



El edificio del famoso Teatro Old Vic

Miss Lillian Baylis, M. A. Oxon (Hon.), que en el Old Vic desempeña las funciones de directora general, inspiradora, animadora y "madre de todos" en la conocida institución

John Gielgud, joven actor que trabaja desinteresadamente para el progreso artístico del Old Vic



mente se sentía algo ridículo en su situación en suspenso. Una jaula vacía, unos óleos de paisajes fantásticos, y un gran canasto de flores completaban el adorno del cuarto. Creí que era el escritorio de Lillian Baylis, hasta que una joven, abriendo la puerta—gran agitación del muñeco verde—, me dijo:

"Pase, miss Baylis la verá ahora por un ratito antes que comience la función." Me levanté apresuradamente, sin querer hacer perder un minuto a la enérgica y preocupada directora general del Old Vic.

"Si, la recuerdo muy bien" — dijo miss Baylis, después de estrecharme la mano cordialmente e indicarme que me sentara cerca de ella—. Fui con Angela Pickering, nuestra amiga mutua, a la reunión que Vd. ofreció en honor de Ninon Vallin el año pasado. Una gran cantante, gran artista, pocas como ella en Londres o en el Old Vic. Sin embargo, tenemos nuestras ambiciones y nuestros éxitos también—entre los artistas que se forman aquí han pasado ya varios a cantar en Covent Garden—, Gladys Palmer, Frank Sale, Constance Willis, Heddle Nash y Edward Leer.

"Pero Vd. quiere una historia completa del Old Vic, y es un pedido algo extenso para la corta entrevista que le puedo conceder. Dentro de unos minutos comienza la representación de "Henry IV" (primera parte), y supongo que a Vd. le interesará presenciarla. Le recomiendo el libro que escribí en colaboración con Cicely Hamilton para rellenar lo que la falta de tiempo nos obliga a pasar por alto.

"La historia del Old Vic se asemeja a la de todo teatro—debe agradar para vivir—, pero se distingue en ser un teatro con ideales bien precisos y tradiciones de las cuales nos enorgullecemos. Es el hogar permanente de Shakespeare y de la ópera en Londres, presentados de modo que interesan al público de bolsillo muy limitado; es decir, la poesía y la música ofrecidas a un precio que el más pobre puede pagar. Creemos que una melodía fina y el ritmo de un verso hermoso tienen que atraer forzosamente a millares cuya situación social y económica no les facilita la satisfacción de tales gustos, y a través de épocas buenas y malas ha sido esta nuestra política y nuestra fe.

"Tenemos actualmente setecientos asientos en la galería que se venden a 5 peniques cada uno. Localidades mejores se pagan a un chelín y dos peniques y dos chelines, y el teatro funciona desde septiembre hasta mayo anualmente.

"Empezamos esta temporada el día 13 de septiembre con la presentación de "Henry IV" para inaugurar el programa shakesperiano, y el 18 empieza la ópera con "La fuerza del Destino"; luego presentaremos "The Tempest", "Cavalleria Rusticana" y "Pagliacci". Más tarde vendrán "Carmen", "Madame Butterfly", "Lohengrin", "Mariage de Figaro", "Faust", etc.

"El origen de este teatro en el año 1816 se puede atribuir directamente a la edificación del Puente de Waterloo y el desarrollo del distrito adyacente al Waterloo Road. El viejo teatro pasó por innumerables dificultades, y es interesante hacer notar que ya en el año 1853 tuvo una mujer como empresario, miss Vincent. Cerca de 1870 otra mujer notable, miss Emma Cons, comenzó una campaña de diversiones sanas, y su larga asociación con el hasta entonces desacreditado Old Vic. Fueron sus trabajos prácticos para la edificación de viviendas decentes para la gente pobre, que la llevó a buscar también diversiones decentes para la misma. Por vía de los conventillos y de sus moradores de Londres, llegó a interesarse por las condiciones existentes en los "music halls". Cuando iba a cobrar sus alquileres los lunes, ojos en compota estaban en la mayoría. Al preguntar la razón de tal fenómeno se le informó que el sábado a la noche los hombres frecuentaban los "music halls" y bebían todo el tiempo que oían las canciones y veían bailar. Ebríos, volvían a medianoche a pegar a mujeres y golpear niños. Gracias a su propia energía e iniciativa, miss Cons inició sola la reforma, pero tuvo la suerte de hallar a mano un aliado poderoso en el

"music hall" era entonces grande en Londres, pues por cada teatro había ocho "music halls". La idea de convertir al Old Vic fue debida a John Hollingshead, del Teatro Gaiety, y confió el proyecto a miss Cons. Imagine las dificultades de esa empresa de conversión, pues en esa época la gente se refería al Old Vic como "el foco de toda forma de vicio" y "la trampa de tentación". Miss Cons tuvo el tino de rodearse de amigos y colegas poderosos: Arthur Sullivan, Carl Rosa y Julius Benedict. Se hicieron los cambios necesarios y el decorado a nuevo del teatro, presentándolo el 27 de diciembre de 1880 en su nuevo papel y con la plena intención de borrar su vieja y mala reputación. El programa de variedades ofrecido al público era muy parecido al que anteriormente se presentaba, pero había sido divorciado de la indecencia, del alcohol y los otros vicios que antes lo completaban. Una vez por semana había un concierto y una conferencia. El ensayo tuvo éxito en que el tono del público mejoró lentamente y el Old Vic comenzó a perder su mala fama. Los disturbios de los sábados, los arrestos y las escenas callejeras eran cosas del pasado, y ya se veían familias enteras tomando su té y su café con buen humor y ordenadamente. Por desgracia, el éxito financiero no fue igual. Después de ocho meses de un arduo trabajo había un déficit de tres mil libras. Gracias a la generosidad de Lord Mount Temple se garantizaron las deudas por un buen tiempo. Pero siguieron las dificultades, y en 1884, gracias a otro poderoso y generoso amigo, Mr. Samuel Morley, el Old Vic pudo salvarse de la ruina. Al fallecimiento de Morley, como un memorial, se compró al propiedad del Old Vic por subscripción pública con "la intención de que sería dedicado a beneficio y gozo del público en perpetuidad".

"Mientras vivió Emma Cons fue ella alma y cuerpo dirigente del teatro, y cuando murió en 1912, a la edad de 74 años, su autoridad pasó a mí, su sobrina, pues durante los catorce últimos años de vida de mi tía fui yo gerente activa del Old Vic."

Cuando miss Baylis tomó el timón del Old Vic en mano, la atracción principal que ofrecía era su programa de variedades, con ciertas noches dedicadas a conferencias, conciertos y ópera.

TEATROS DE LONDRES EL "OLD VIC" Y SU HONROSA TRADICION Por LUCIE WALKER-LEIGH

(Para LA NACION)
LONDRES, noviembre de 1930

Coffee Palace Association, que durante los primeros años de su campaña tuvo que luchar solo contra la influencia desastrosa de los despachos de bebidas alcohólicas. Tuvo entonces la idea miss Cons de ir un paso más lejos y ofrecer diversiones sin alcohol a un precio razonable. llamándolo Coffee Music Hall. La popularidad del "mu-

MAY en Londres un teatro que goza de la tierna y especial consideración de todos sus habitantes sin distinción de clase o de fortuna, y este cariño y prestigio singular lo tiene ganado gracias a sus tradiciones y a un ideal firmemente establecido y mantenido por el Old Vic y sus dirigentes.

En esta sala se reúne el público más atento y serio de Londres. Desde el momento que se entra en el teatro se respira una atmósfera de entusiasmo juvenil que emana de la escena, y el público está pendiente de lo que pasa allí exclusivamente. Va a ver, y no para hacerse ver, la gente que concurre a ese teatro, cuya situación geográfica, además, prohíbe la presencia de aquellos que por falta de localidad en otra parte se refugian allí.

A veces se describe al Old Vic como un teatro nacional, pero no es exacto, pues aun no existe un teatro nacional en Inglaterra.

Al hablar del Old Vic, en la misma frase todo el mundo habla de Lillian Baylis. Es ella la directora general, la inspiradora, la animadora, "la madre de todos", tanto del variadísimo público como del artista conocido, hasta el obrero o trabajador de más ínfima categoría, pues miss Baylis conoce a todos, se interesa por todos, y ella misma entrevista personalmente a todos antes de emplearlos en el teatro.

Miss Baylis tiene la distinción de llevar las siguientes letras detrás de su apellido: M. A. Oxon (Hon.), puesto que en 1924 la Universidad de Oxford le confirió este grado honorario, y fuera de los profesores universitarios de la misma Universidad, sólo la reina María ha recibido igual honor.

Fui introducida en una habitación de un carácter poco común, situada detrás del escenario del Old Vic, cuando llegué allí para entrevistar a miss Baylis. Tenía, es cierto, un escritorio y un gabinete-archivo, ambos reventando con papeles, pero detrás del escritorio, cerca de la ventana, había una numerosa colección de animales domésticos y mascotas varias en porcelana, trapo y materiales diversos. Colgado sobre la puerta que daba al corredor se veía un muñeco verde con piernas y brazos muy alargados, que evidente-

Se comenzó la presentación de óperas en el año 1889.

Actualmente el Old Vic atribuye su gran prestigio con el público general gracias a su presentación regular de las obras de Shakespeare.

"Llegué a la presentación regular de las obras de Shakespeare—prosiguió miss Baylis—por vía del cinematógrafo. Es en verdad sorprendente hacer constar que el Old Vic fué el primer "palace" cinematográfico de Londres. En esos días remotos, cuando el cinematógrafo era aún una novedad, los lunes por la noche se ofrecía un programa de "cine". Aun a precios baratísimos—un penique por asiento—, en los primeros dos años hubo una ganancia de 2000 libras esterlinas. Esto fué cuando los gustos del público eran mucho más sencillos que hoy, en la era pre hollywoodiana. La simplicidad cinematográfica no duró mucho tiempo y los niños que llenaban las galerías se deleitaban con vistas panorámicas, montañas, olas gigantescas. Mientras la industria se desarrollaba, y los cinematógrafos se multiplicaron, el mercado fué inundado con otra clase de películas: sentimentalidad barata y realismo violento. Ya no había cintas limpias y sanas, y decidí suspender el cinematógrafo. En 1911, Mr. Bridges Adams me propuso una temporada dedicada a las obras de Shakespeare en lugar del cinematógrafo, y finalmente, en el otoño de 1914, el proyecto shakespeareano se materializó.

"Aunque Shakespeare ha provisto la mayor parte de los programas dramáticos, se han producido obras de infinidad de otros autores. La política, desde el comienzo de la nueva era de este teatro, ha sido de presentar óperas y obras del gran bardo de Avon, como los números principales del programa de representaciones, pero también se dan obras clásicas de otros autores británicos y extranjeros."

De la carrera de Lilian Baylis y de su obra, quizá la mejor síntesis es la que aparece en su libro (sacada de una conferencia para el "broadcasting" que ella dió) "El arte de vivir y la necesidad del teatro":

"Mi convicción es que el teatro es nuestra más poderosa arma para el mal y el bien. El teatro no es una ocasión para lucir hermosos trajes y relucientes joyas; no es sólo una diversión para el negociante, el artista, el estudiante: es una necesidad imprescindible para el hombre y la mujer que trabajan y quienes deben tener la oportunidad de ver más allá de las cuatro paredes de sus oficinas, de sus talleres y de sus hogares: es un vínculo entre pobre y rico, es un lazo de unión entre las naciones y ayuda a gentes muy diversas a comprender los problemas peculiares de la vida en cada país."

Después de asistir a la representación de "Henry IV" (John Gielgud desempeñó el papel de Henry Percy, "Hotspur") regresé a casa, pensando en las declaraciones de miss Baylis y la personalidad excepcional de esa mujer, ya en edad madura, quien es el mismo espíritu del Old Vic, y al abrir el libro del cual es ella coautora, lei con gran asombro el párrafo siguiente:

"John Thomas Serres era una persona de alguna influencia: gracias a su posición en la corte como pintor marino del Rey, el nuevo teatro del lado del condado de Surrey, sobre la ribera este del Támesis, había obtenido el patronato de un personaje real, y como era la costumbre, agradeció la distinción, tomando el nombre de ese personaje, llamándose entonces el Royal Coburg. Coburg, como nombre, era en ese momento un aviso excelente. En el año 1816 la princesa Carlota de Gales, hija única del príncipe regente y nieta del rey Jorge III, era heredera del trono y habíase casado con el príncipe Leopoldo de Saxe-Coburg.

"Había una patética ironía en el hecho de que la cortina del escenario del teatro estaba adornada con una vista de Claremont. Claremont House había sido en la época de su casamiento la residencia de los protectores reales del Coburg. Su inclusión en el decorado era otra muestra de gratitud. Pero antes que el teatro se inaugurara, y que el público fuera admitido para admirar sus esplendores, la breve temporada de casamiento y de patronato había terminado para la princesa Carlota. Había muerto en Claremont en noviembre de 1817."

Hace pocas semanas escribí un artículo sobre Claremont, y al dirigirme al reinado de Lilian Baylis, jamás se me ocurrió que ese gran edificio cuadrado y gris, donde se reúne el público más democrático de Londres, pudiera tener vínculo alguno con la aristocrática mansión de Esher, tantas veces hogar de príncipes.



LAS obras de teatro duran lo que el ruido de un aplauso. En ninguna otra actividad literaria, en ninguna otra manifestación artística el éxito es tan ruidoso y tan efímero. La novela, el cuento cuando tiene envergadura o la crítica cuando tiene enjundia, todas las expresiones literarias que llegan al público a través del libro, llegan más despacio, pero arraigan más hondo. El libro es vehículo de lenta marcha, pero de largo andar. Su éxito empieza a inocularse poco a poco, a aumentar su radio de unos pocos lectores hasta abarcar el gran público, a formar atmósfera, que es el barómetro sensible de las consagraciones. Entonces la atmósfera se hace densa y persistente y sigue a través del tiempo, con la tenacidad de la fama. En cambio, en el teatro las obras viven noches vibrantes de triunfo; pasean unos años de un escenario a otro; corren vertiginosas en andas de todos los públicos, y de pronto, en muy poco tiempo, en unos pocos años, desaparecen de los carteles, desaparecen del comentario y hasta desaparecen del recuerdo. ¿Es que realmente llevan dentro de sí escasa vida? ¿Es que en verdad han envejecido? ¿Es ingratitud del público? ¿Es versatilidad del gusto y capricho de una moda, que en seguida da paso al capricho de otra moda? Es un poco de todo, es todo junto a veces y algo de eso en cada caso; pero la realidad, la innegable realidad es que las obras de teatro duran lo que el ruido de un aplauso.



Si algún autor ha encarnado la sentimentalidad francesa, hecha de poesía, de ternura, de resignación y de mundo, ese autor es Georges de Porto-Riche. Porto-Riche murió septuagenario, rodeado de respeto, pero del respeto fastidioso y pesado con que se mira a un viejo ídolo. Todos lo alababan, todos lo reverenciaban; pero ya rara vez las compañías francesas representaban sus obras. Para estrenar su última pieza, "Les vrais dieux", tuvo que hacer un peregrinaje por todos los teatros de París, y al final entregarse a una compañía de segundo orden. La última vez que vimos "Le viel homme" nos pareció siempre intensa y grande, pero ya larga y fatigosa. "Le passé", alguna vez que otra se representa. De las demás, ni se habla. Sólo "Amoureuse" parece sobrevivir un poco. "Amoureuse", que según el mismo Porto-Riche, es la fuente de todo el teatro de amor en la escena francesa contemporánea. Cada vez que se le llevaba a ver una obra de amor, de celos, de pasión o de adultério y se le reclamaba su opinión, Porto-Riche no decía nunca que era buena ni que era mala; se limitaba a susurrar en voz baja al amigo que tenía al lado: —Mon "Amoureuse"; toujours mon "Amoureuse".

Y esta "Amoureuse", fuente o no de todas las obras de su género que llenan un momento, un largo momento de la escena francesa, pero sin duda la más bella, la más inspirada y la más exacta de todas, ya apenas alguna noche la repone una actriz para lucirse en su beneficio. El teatro de Porto-Riche empieza a ser apenas muerto su autor, era ya antes de morir, una bella reliquia del pasado.



Si el éxito de Porto-Riche fué más calificado y más serio, el triunfo de Rostand fué más popular y más ruidoso. Momento hubo en que llenó la escena francesa con el garbo de sus personajes y la elocuencia teatral de sus versos. Renovaba, además, toda una tradición, que después de darse por vieja y enterrada, vuelve otra vez, de tanto en tanto, a renovarse. "L'aiglon" murió con Sarah Bernhardt. De "Chantecler" se habla de cuando en cuando en tono de simple curiosidad. Las demás ya no existen. Sólo "Cyran" sigue repitiéndose alguna vez. Pero "Cyran" es un caso de excepción. Su fuerza vital consigue prolongarse a pesar del envejecimiento de su forma, del reblanqueamiento de sus células escénicas, porque ha eternizado un personaje. Y sobre todo, porque sobrevive atado al recuerdo de su intérprete. Los que quieren recoger la herencia de Guitry, para probar sus fuerzas, hacen "Cyran". Y el único personaje de Rostand que sobrevive, sólo sobrevive en el intérprete.

Y el caso análogo del teatro español, salvando distancias, el teatro de Marquina, tiene también análogo y breve destino. El estro vibrante y artificial de Marquina suena diez años en la escena española. Después se diluye en la atmósfera, como el eco de un clarín. Los personajes que le dieron fama entran al definitivo silencio. Ni "Doña María la brava" ni el "Gran Capitán" vuelven a pasear por la escena su briosa altivez. Apenas quiere sobrevivirse "En Flandes se ha puesto el sol". Y aquí por el motivo opuesto: porque ya no tienen intérpretes. De todos modos, arte bien precedido el que depende de tantas contingencias.



BENAVENTE si todavía se sobrevive un poco es luchando desesperadamente por no envejecer. Pero envejece en sus obras viejas y más todavía en sus obras nuevas. Porque éstas son siempre repetición de las viejas. Va prolongando así una vida artificial, apuntalando, con lo último que hace, el recuerdo, ya casi estumado, de lo primero. Tendrán las piezas de ahora carrera escénica mucho más corta que las de antes. En cambio, entre éstas las ha habido de alto valor, muchas de ellas modelos en su género, lo que no obsta a que las contadas veces que se reponen nos lleguen con el aliento enmohecido de un olvidado cajón que se abre. Viendo "Señora ama", que es la pieza preferida por su autor, la hallamos ya lenta, estirada y, pese al filo de sus ironías, un poco ingenua. "Lo cursi", que impresionó en su momento como una comedia perfecta, como el modelo de la pieza de sátira social, también hoy aparece un poco cándida y otro poco endeble. Más todavía "Rosas de Otoño" y todos los reflejos más pálidos del mismo género. Ni que hablar de sus comedias verbosas, tipo "El mal que nos hacen", o polémicas estilo "Los malhechores del bien", que vinieron al mundo con el impulso fugaz de un discurso. Sólo dos obras suyas se diseñan con envergadura de posteridad. Todas señalan sobre todo una: "La malquerida". Pero a pesar de que todavía triunfa y de su intensa fuerza dramática, yo creo que en el andar del tiempo será uno de los tantos dramas rurales que han pasado por los escenarios del mundo. En cambio, veo una que tal vez quede: "Los intereses creados". Vuelta a ver, a través de veinte años, se mantiene intacta y fresca. Y como no tiene tiempo ni lugar y maneja sentimientos eternos, mejor dicho intereses, que son todavía más eternos y más invariables, tal vez sea la única que perdure en el tiempo.



BATAILLE es el autor que, en un momento, transportaba más encendido el entusiasmo de los públicos. Se explicaba que fuera así, porque manejaba dos resortes del éxito infalible y clamoroso: la pasión y el efectismo. Hacía prender en sus personajes la llama de un amor total, avasallador, desbordante, y los enfrentaba en situaciones del más estudiado efecto teatral. Tenía, además, y pese a lo que se le ha denigrado y a su artificiosidad innegable, un fino conocimiento del corazón humano y un soplo, potente y contagioso, de poesía. Fué el ídolo de todos los auditorios quince, veinte años. Cuando murió, ya empezaba a negársele. Hoy ni se le niega, porque se le ha olvidado. Aquella heroína de "La marche nuptiale", que inflamó tantas salas, resulta hoy anticuada. Su "Vierge folle" aparece falsa. Las compañías casi no lo representan y el público no lo pide. Y, sin embargo, y pese a todos sus defectos, yo hallo que el tiempo es un poco injusto. Hay mucho, la mayor parte, de efectismo en Bataille. Pero la sencilla, la penetrante emoción de "Poliche" muy pocos autores la han conseguido.

JUNTO a Bataille, Bernstein, compañero de época y de éxitos. Si lo ha sobrevivido en el mundo, sus obras, de análoga fecha, no han tenido más larga vida escénica. Bien es cierto que es muy inferior. Pero también hombre de teatro hábil, no ha tenido triunfos menores. Sólo que han sido tan efímeros. Más todavía, porque de ellos se ha borrado hasta el recuerdo. "Le voleur", "La Rafale" ya no podrían volver a verse sin fastidio. Últimamente vimos "Samson" y es ya falso y cansador. Su única obra que sigue representándose con alguna frecuencia es "La griffe", y precisamente para atestiguar todo lo que ha envejecido, en todos sus resortes anticuados. Ahora Bernstein ha querido renovarse. Pero cada autor tiene una manera. Querer renovarse es tan inútil como querer sobrevivir. Encontrar su nueva técnica es quimera tan irrealizable como la del alquimista que buscaba el elixir para prolongar la vida.



Y en Italia, lo mismo que en Francia y en España, para mirar a los tres teatros europeos que nos son más cercanos, Roberto Bracco fué el autor de principios del siglo, de obra más seria y reputación más sólida. El vigor de "Maternidad", la prédica de "Il piccolo santo" o la ligera intención de sus comedias, arrancaron el entusiasmo de todos los públicos y el elogio de toda la crítica. Hoy Bracco se sobrevive a su obra. Ninguna de sus piezas se representa en Italia ni fuera de ella. Aparte de los motivos de orden circunstancial que aducen algunos, y en los que no es el caso de entrar, yo veo, por encima de todo, que han pasado. Lo que no implica negarles valor y grandeza. Tienen la una y lo otro, de acuerdo con su época. Responden a un sentido del teatro y un gusto del arte que fueron acertados o erróneos, pero que ya no nos satisfacen. Ni nos interesan más que como un documento del pasado. Y en el teatro, treinta años, veinte, que es lo que tienen muchas de sus piezas, son ya un lejano, un venerable pasado.



Y en la misma Italia, el ejemplo más terminante y más increíble es Pirandello. Ningún teatro ha hecho una carrera más rápida; ninguno ha tenido un éxito más fulminante y una declinación más imprevista. En diez años nace, crece, se expande por el mundo y desaparece de la escena. En Italia apareció como una nota sensacional, como un nuevo sentido del teatro, como una nueva fórmula escénica. Si no todos lo aprobaron, todos fueron a verlo. Después París, un poco reservado; pero Berlín, sacudido en su gravedad, y los Estados Unidos, exaltados en su alboroto, lo aclamaron entusiastas. Hoy casi no se representa en Italia, porque cuando se da una obra suya el público no va. Pirandello se ha refugiado en el cinematógrafo. Ha abandonado sus propias obras al repentino olvido. Pero esto, que no tiene explicación, creo yo que será transitorio. Su primera vida se cortó de pronto, por haber sido demasiado vertiginosa. Pasados unos años, revivirá, porque tiene germen de posteridad. Y entonces su segunda vida será larga como una resurrección.



OCTAVIO RAMIREZ

Una mujer celosa

cuales ha prendido esta llama terrible ven, oyen y tocan, pues su imaginación delirante confiere un cuerpo material a los más leves fantasmas. Ella sabía, ella había visto. ¿Qué? Sí, su apretón de manos a la señora que lo acompañó en el baile le había descubierto todo. Además, aquella muchacha de ojos verdes, de cabellos dorados, lo había mirado con rara insistencia. Estaba segura. Luis Augusto se rebelaba contra estas sospechas, pero las lágrimas de Angelina desarmaban casi siempre su violencia. No podía hacer nada, a pesar de que las cosas habían llegado a su límite extremo. Su vida ya no era soportable. Sus ilusiones se habían desvanecido para siempre. ¿Qué haría de ahora en adelante?

Caminaba embebido en estas reflexiones, bajo la claridad de los balcones señoriales, ante las casas en las cuales se celebraba una noche feliz. Luis Augusto escuchaba las risas. Una canción volaba en alas del viento ligero, un trozo de música se desgranaba en el aire, mientras más allá de los tejados seculares, sí, más allá del cielo entristecido por el cuerpo sin luz de las nubes, el mundo celebraba el nacimiento del niño divino... El era el único hombre triste en el vasto tumulto. De nada valían sus esfuerzos, de nada valía su amor. ¡Ah!, ¿para qué se habría casado?

Una vez más deploró la trágica ironía de los sucesos humanos. Comprendió que en el mundo todo es absurdo. Por primera vez, a sus años, vio a su frente la máscara burlona de la vida. Y decidió separarse. Sí, desde ahora en adelante viviría solo, entregado a sus tareas, con la altivez silenciosa de las conciencias honradas. Pero, a pesar de esta resolución, una tristeza sombría oprimía su ánimo. Cansado, vagabundo, caminó, caminó. ¿Dónde ir? Entonces recordó a uno de sus más antiguos amigos en cuya casa apacible no se escuchaba jamás el rumor de una sola disputa. Quiso verlo. Media hora después llamaba a su puerta. Entró. La quietud del ambiente aumentó, por contraste, su invencible pesadumbre. Aquella casa, adornada de tapices antiguos, animada por viejas estampas, le inspiró la nostalgia del olvido y del sosiego. Encontró a Javier en su escritorio, fumando, leyendo. A su frente se veía una mesa con los cigarros y los licores. Ningún rumor exterior penetraba en las vastas y desiertas estancias. Este hombre, que no se alteraba jamás, parecía poseer el secreto completo de la dicha. A su izquierda, a su derecha, a su frente, se veían libros, manuscritos preciosos, infolios remotos, que perpetuaban en sus páginas el recuerdo de las épocas abolidas.

—¿Qué oportuna idea la de venir a verme! ¿Qué quieres tomar?

—No te molestes; me serviré yo.

Al tomar la copa de su mano advirtió que su amigo había bebido. Tenía las pupilas ligeramente enrojecidas, la voz le temblaba con lentitud. ¿Dónde estaría su esposa? Y como si hubiera adivinado su pregunta mental, Javier advirtió:

—Luisa no está en casa. Se la llevaron sus amigas. ¿Y tú?

—Pues Angelina no se encontraba bien. Entonces vine a verte.

—Hace frío, ¿verdad? ¿Quieres repetir? Es un licor que nos entona sin dañarnos.

—No, gracias. Pero qué agradable se está aquí. ¿Cómo se comprende que tú vives una noche feliz!

Nuevamente miró las bibliotecas atestadas de libros, las paredes pobladas de imágenes, los cuadros magníficos. Esta sala evocaba el recuerdo de una época gloriosa. Pero su amigo interrumpió sus reflexiones para decir con la inflexión de una triste ironía:

—Sí, una noche feliz!

Quedóse pensativo. Sobre sus labios flotaba una sonrisa burlona que expresaba a la vez la mansedumbre y la piedad. Entonces miró a Luis Augusto, y con una voz sin desfallecimientos agregó:

—No te habrías asombrado poco si no hubieras venido a verme. Dentro de unos días sabrás que me he separado de Luisa. Pues bien, quiero que lo sepas antes por mí.

—¿De tu esposa? ¿Y por qué?

—Sí, no ha sucedido nada, no he tenido un solo disgusto.

Se había levantado y empezado a pasearse. Hablaba ahora con vehemencia, inclinada la frente, abstraído en sí mismo, las manos temblorosas.

—No ha sucedido nada, pero no puedo moralmente sostener mi situación ante ella. ¿Cómo obligar a una mujer a que nos ame cuando no nos ama? Es imposible. Tú no conoces esto. Cuando nos casamos, Luisa fue franca conmigo: no me amaba. Se casó, acaso, con la esperanza de amarme y por complacer a su madre. A mi vez, yo esperé que el hogar, esta intimidad del hogar, la inspirara el amor que no sentía. Hace cinco años. Pues no, no ha sido así. Me lo dice todos los días, me lo dicen sus pupilas, me lo prueba su invencible indiferencia. Se diría que mi persona la inspira la violencia de la intimidad. Y desde hace unos días he observado que se oculta para llorar. ¿Por qué llora? Yo lo sé. Lloro porque su vida interior se halla destrozada. No puede amarme ni tampoco amar a otro.

—¿Entonces?

—Pues bien, puedo haber cometido el infantilismo de casarme, pero soy incapaz de retenerla. No, no puedo. Mi naturaleza protesta. Durante noches y noches he luchado conmigo mismo y acabado por resolverme a la única solución honorable. Yo mismo la propuse la separación. Ella aceptó. Y desde entonces ya no llora, sonríe, es feliz. ¡Ah, tú no comprendes el martirio de verla pasar, silenciosa y exquisita, y saber que se va, que se va para siempre!

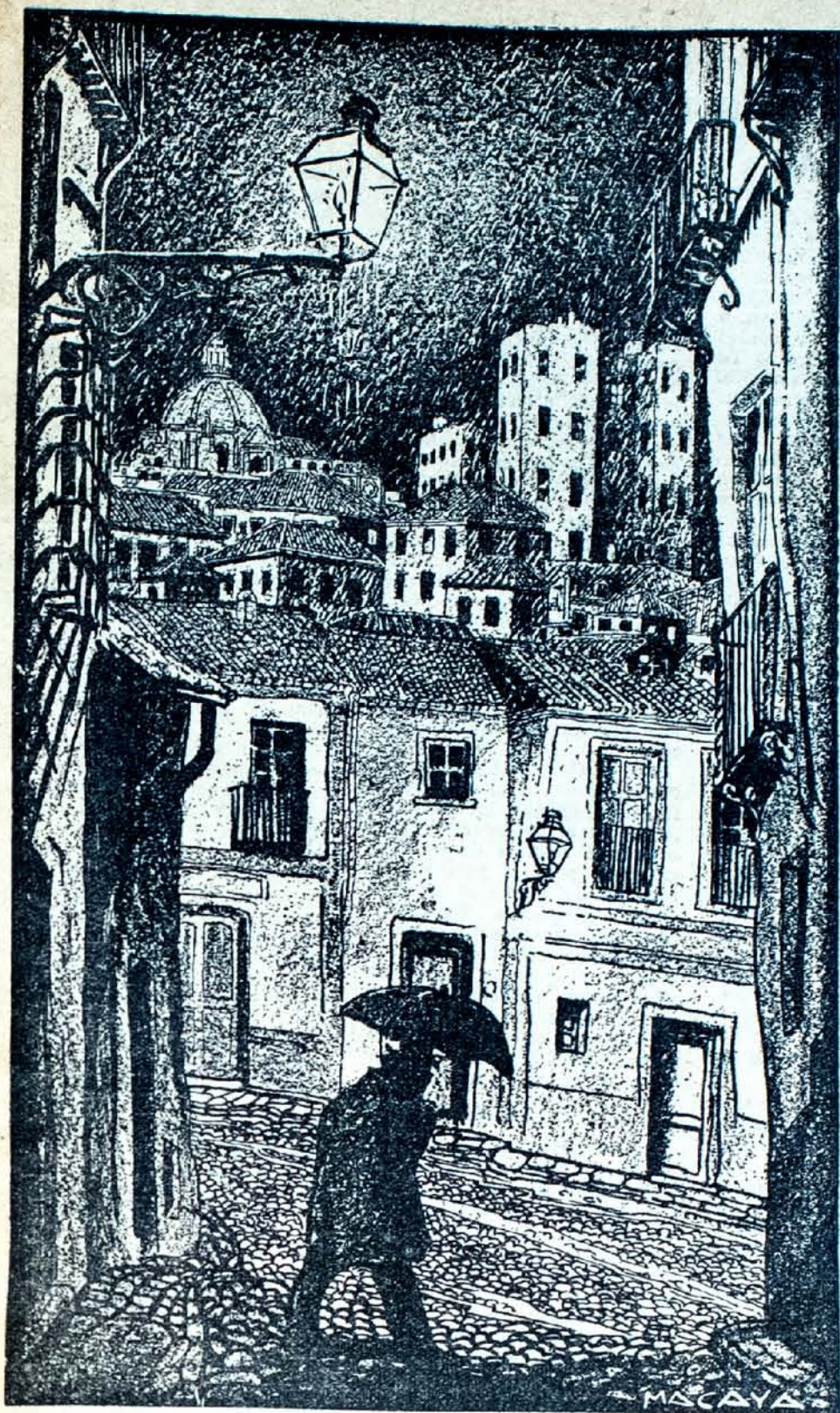
Se dejó caer en la butaca, rendido. Todo estaba lo mismo, pero Luis Augusto tuvo la sensación de que todo había cambiado. Miró hacia la calle. A través de los cristales, bajo la claridad de un foco cercano, se advertía que empezaba a llover.

Luis Augusto Pellerin regresó ya tarde a su casa. Mientras abandonaba las calles apartadas, para reintegrarse al ruidoso tumulto de las avenidas, sintió por su amigo una infinita piedad. Por segunda vez, en el espacio de unas horas, vio a su frente la máscara impenetrable y burlona de la vida. Por segunda vez el destino rompía las emociones de su alma con desconcertante frialdad. Evocó una vez más a Angelina y la vio transportada por el furor irresponsable de los celos. Pero la vio asimismo, en el fondo de su recuerdo, transfigurada por su ternura imperiosa. Esta alma profunda lo había amado demasiado. Esta era su culpa. Pero para él, como para el mejor de los seres humanos, había sido el pecado irremisible por excelencia...

El cielo despedía ahora un vasto y leve resplandor, mientras en el horizonte huían las nubes con la rapidez silenciosa y fugitiva de las sombras. Había cesado de llover. Un viento frío traía desde lejos el aliento glacial de la nieve. Sin saber por qué, al ascender a su departamento, Luis Augusto experimentó el temor invencible que Angelina no lo esperara ya en el ambiente perfumado de la alcoba. Sí, él se había separado con acritud y ella bien podía haberse reintegrado a la casa de sus padres. ¿Era posible? Ahora deploró, con una angustia no menos ardiente, haberse comportado con violencia. Si esto había sucedido, ¿qué haría? Subió las escaleras con prontitud y un minuto después se encontraba en el "hall", rodeado de tinieblas. Escuchaba el rumor de su aliento. Su mano buscó, temblorosa, la luz. Y al llegar a su alcoba, y ver acurrucada a Angelina en su lecho, se sintió tan feliz que rozó con los labios su frente, blanca y fría como la nieve...



Ilustración
Luis Macaya



Por
Armando Tagle

LUIS Augusto Pellerin, abogado, agregado a la legación argentina en Madrid, abandonó su departamento de la calle Felipe IV con el ánimo entristecido por la hostilidad de su esposa.

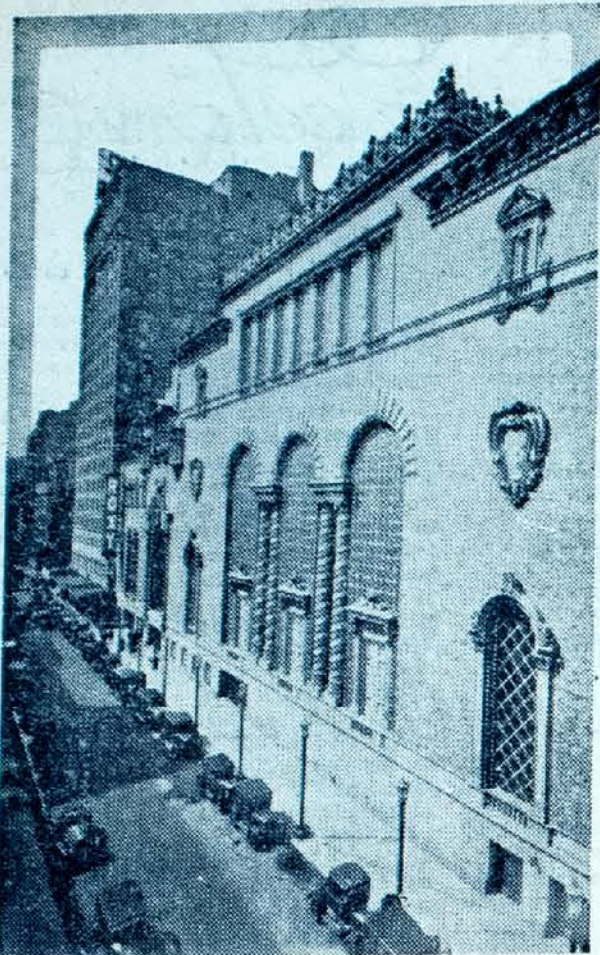
Nunca había experimentado, como esta noche de diciembre, la amarga ironía de los sucesos humanos. Después de un disgusto casi violento, se había lanzado a la calle, desorientado, aturdido, impaciente. Aquella noche de Navidad, bajo los pórticos seculares, en las plazas en que circulaba el aire frío de invierno, trajo a su memoria el recuerdo de la noche en que desposó a Angelina. Hacía tres años. Por un capricho curioso, su memoria no había olvidado las ideas que concibió mientras el sacerdote pronunciaba a su frente las palabras rituales. Ante la luz temblorosa de los cirios pensó que no se vería ya solo en su departamento de la calle Alcalá, pues un alma grave y pensativa iba a animar, desde entonces, sus vigiliat solitarias. Era huérfano. Su infancia y su primera juventud habían transcurrido en Buenos Aires. Luego, un corazón generoso lo agregó a la embajada argentina en Madrid. Diez años vivió solo en la vieja y vasta ciudad. Descendiendo de un hombre prestigioso por la sutileza de su inteligencia y por el decoro de su alma, se consagró desde entonces a sus tareas con la silenciosa energía de un corazón perseverante. Mas al cabo de diez años sintió que sus energías interiores desmayaban. Experimentó en el recogimiento de su vida

la soledad y el vacío. Su alma sintió esa fatiga de los hombres que durante diez años, todos los días, semana por semana, respiran en su alcoba el frío que dejaron las manos indiferentes... Pero el azar que preside los acontecimientos humanos lo vinculó a Angelina, a cuyo lado comprendió sin esfuerzo la augusta belleza de los sentimientos exquisitos y profundos. Luis Augusto Pellerin no dudó jamás de la armonía de sus días futuros, pues estaba seguro de la comprensión de su esposa y de su ardiente ternura. De este modo se unieron para siempre, una tarde de diciembre, bajo la bóveda de la iglesia de los capuchinos, mientras del cielo se desprendía la lluvia silenciosa de los copos.

Mientras caminaba, ahora, abstraído en reflexiones amargas, se sintió solo, como hacía cuatro años, cuando solía volver a su departamento de la calle Alcalá, bajo el frío húmedo de las noches de invierno. Deploró, en la intimidad de su conciencia, la tristeza de su suerte. Desde que se había casado no había tenido sino una serie de disgustos. Angelina provocaba estas escenas penosas por el único motivo que una mujer apasionada no perdona jamás: por los celos. Los celos la herían, los celos la desgarraban. Los celos hacían de la vida de esta mujer un martirio constante. ¿Cómo remediarlo? A cada una de las recepciones a que asistía sucedía irremisiblemente un triste disgusto. Era imposible desvanecer sus inquietudes con palabras cariñosas o con ademanes energéticos. Las mujeres celosas no escuchan. Las almas en las

GLOSAS DE NUEVA YORK

Por ANTONIO PEREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA



El lujoso cinematógrafo Roxy



El rascacielos de la "Standard Oil"



El puente de Brooklyn

CINEMATOGRAFO

PARA el viajero que llega por primera vez a Nueva York, los aspectos de la ciudad múltiple se presentan a su curiosidad como escenas e imágenes de una fabulosa película viviente. Todo es motivo de admiración: el tráfico inverosímil, los "aéreos" que corren sobre esas monstruosas osamentas de hierro que multiplican el tráfico de las avenidas, los rascacielos que taladran el gris compacto de las nubes, los subterráneos que tragan y expulsan, en ejercicio interminable, los millones de seres humanos que convergen al centro comercial de la urbe.

La vida de Nueva York parece agigantarse para asombro del mundo. El vértigo tiene aquí su rotación más infinita. La voluntad, su más firme sostén. El materialismo exaltado, su afirmación más elocuente. Pero hay algo donde el espíritu reposa. Porque no todo es materialismo. Atrás de cada puerta, sea de comercio, vivienda o sala de espectáculo, el arte nos sale al encuentro con su belleza tamizada. Porque el arte, en la grandiosa y opulenta capital de la Unión, no es privilegio exclusivo de ciertas minorías. Aquí el arte se cultiva, se compra y se difunde para que alcance a todos el reflejo de su belleza.

Una tarde de invierno, la nieve y la ventisca nos han arrinconado en el pórtico de la Paramount. Hemos pensado que la sala de este flamante cinematógrafo podría constituir un refugio abrigado contra las inclemencias del tiempo. Y nos hemos hecho conducir a ella sin sospechar la magnificencia de su conjunto, que supera en la actualidad a todo lo existente en locales de esta naturaleza.

Las salas cinematográficas carecían, salvo visibles y honrosas excepciones, de decorados suntuosos. Apenas lo indispensable para hacer de cada recinto un lugar vistoso, y hasta de discreto confort. Son salas donde el espíritu de los espectadores vive despierto entre las sombras. Todo el interés se concentra en el rectángulo blanco donde se copian las imágenes, y en esos ruidos, no siempre armónicos o evocadores, que la orquesta suele arrancar a sus cansados instrumentos.

En la Paramount todo tiene novedad de cosa dispuesta para recreo de los sentidos. También las uniformadas y lindas jóvenes que nos señalan el asiento. También la luz que acentúa el claroscuro de la sala. La materia noble luce asimismo con auténticos esplendores; el terciopelo es sedoso y suave, los mármoles pulimentados de la más legítima procedencia, el oro de una pureza por demás evidente.

¿Todo esto es necesario? Sí. Lo es, por que en Nueva York tienen las cosas una finalidad superlativa. El público que paga un dólar—precio del espectáculo—, está capacitado aquí para percibir y disfrutar los más contradictorios aspectos del arte, que contribuyen a la evocación y despiertan las sensaciones del espíritu. El cinematógrafo alimenta ensueños imaginativos con sus historias representadas y fugaces. Pero el espectador disfruta también en esta sala de otros gozos sublimes. La orquesta está integrada por un centenar de músicos, y hay aparatos que reproducen la voz humana con precisión y claridad, y órganos de voz profunda que multiplican el sonido, dando vida al silencio.

Cantantes y bailarinas alternan en el escenario. Las ga-

lerías y vestíbulos ofrecen a la curiosidad del público hermosos cuadros antiguos y modernos. Algunos escultores de reputación universal están también representados con figuras de singular belleza. Y hay salones de descanso y conversación donde las más finas maderas lucen en muebles de clásico estilo, tapizados en Aubusson, brocado y patinados terciopelos. Finas alfombras persas ahogan el rumor de los pasos, y el resplandor de las arañas devuelve la luz en las aristas del cristal, que se hacen infinitas al copiarse en las lunas de los espejos.

Es inútil amontonar detalles. Esta suntuosidad, podemos afirmarlo, no fué acumulada para satisfacer vanidades de pueblo poderoso. Es un ejemplo de cultura, de fina y auténtica cultura, puesto que tiende a refinar el gusto y a crear en la multitud algunas necesidades encomiables de carácter estético.

No es todo materialismo en Nueva York. Los filántropos fundan hospitales, invierten millones en empresas científicas, organizan centros de estudios prácticos para la juventud. Y esto no les cierra la bolsa a otras aspiraciones. Donan bibliotecas, organizan museos y contribuyen con el dinero acumulado en grandes industrias y fabulosas especulaciones, a que el pueblo modele su sensibilidad con los tesoros de arte arrancados a la pobreza monetaria de los antiguos pueblos.

LOS MILLONARIOS

¿Millonarios? Sí, de los legítimos, de los verdaderamente millonarios, de los que compiten en magnificencia con la estatua de la Libertad y en carácter de ricos con los más altos rascacielos. Esos, cuya fortuna causa verdadero estupor a las burguesas candorosas y que son universalmente conocidos por sus actividades mercantiles, su generosidad o sus extravagancias regocijantes.

Los millonarios de esta parte de América no se conforman con la realidad de sus millones, puesto que procuran por todos los poderosos medios que pone a su alcance la propaganda moderna, que el mundo se percate de que el nombre de ellos no es una representación de la avaricia, sino un símbolo de esperanza para los desvalidos. El oro entra y sale de sus depósitos bancarios con un flujo y reflujo parecido al de las mareas. Ellos flotan en esta continua borrasca de millones, y aunque a veces se sabe de alguno que naufraga impelido por el viento de la mala suerte, la mayoría de estos crescos contemporáneos no llegan a sentir el peligro ni a estremecerse por el lastre perdido.

Los ricos norteamericanos no suelen abandonar las actividades que fomentaron su riqueza ni constituyen, como en otras partes, una casta con determinados privilegios. Se consideran socialmente democratas, porque la democracia los hizo ricos, y porque en el país los aristócratas no tienen todavía realidad de seres representativos, sobre todo cuando el nombre no va unido a alguna de esas grandes empresas con talleres como ciudades, con ejércitos de trabajadores y con todo un estado mayor de financistas, directores y técnicos. Los millonarios de la Unión se encuentran en todas las clases de la sociedad y cultivan las actividades más pintorescas y contradictorias. Los hay rubios y morenos, egoístas, filántropos, deportistas, puritanos y hasta infractores de la ley seca. Todos están de acuerdo con las leyes establecidas en el Imperio nórdico,

pero a veces ponen su voluntad sobre las leyes. Y es que las leyes las hacen y las deshacen ellos mismos, y aunque no las deshagan, se saben rodear de recursos para que no les resulten incómodas o perjudiciales. Recordemos que con la ley prohibicionista es continuo el éxodo de potentados a La Habana, en cuyos dancing y clubs nocturnos demuestran continuamente el humorismo de que son poseedores, su alegría desbordante y, sobre todo, el ansia contenida de trasegar bebidas espirituosas.

Lo que pasa es que todo lo hacen en grande. Lo son como financistas, como negociantes, como filántropos, como viajeros, como organizadores, y hasta como faristas. Y conste que esta última condición no disminuye la seriedad del título de millonarios, ni perjudica ninguna de sus otras virtudes; pues si bien el hombre rico de la Unión suele olvidarse de la ley seca, se somete gustoso al precio de las consumaciones clandestinas, que es lo verdaderamente prohibitivo, y practica este deporte no como vicio sino como algo inherente a su condición de millonario. La ley seca se ha instituido para que no pueda embriagarse el obrero y el hombre sin fortuna. Para los infractores de esta categoría ha inventado la química rebajes de color y gusto diferentes, que envenenan sin apelación a los viciosos contumaces. Tal vez no sea éste el propósito de la ley, pero resulta un medio de gran eficacia para terminar con los pobres.

De la generosidad de los potentados hay pruebas concuentes. Recordemos de paso las donaciones de Henri Ford, las empresas científicas de Carnegie, las actividades beneméritas de los Rockefeller, padre e hijo, las subvenciones para educación escolar de Payne Whitney y la ayuda francamente regia de James Couzens y Julio Rosenwald en beneficio de los agricultores y los niños. Filántropos de esta naturaleza existen miles en los Estados Unidos, y miles son también los millones de dólares que invierten en obras científicas, culturales y de beneficencia, no sólo en su país sino también en el resto del mundo.

En el grandioso Museo Metropolitano de Nueva York se exhiben en lugar preferente las antigüedades artísticas, coleccionadas durante muchos años por el famoso Pierpont Morgan, valuadas en veinte millones de dólares. El espíritu de esta importante donación se fija con caracteres breves en un pequeño obelisco recordatorio: Morgan cedió estas colecciones al pueblo de los Estados Unidos para su instrucción y recreo. Estas palabras son suficientes para honrar la vida de un hombre y exaltar su memoria. Verdadero principio moderno, no pudo crear para su gloria un arte, como aquel Lorenzo de Médici, el florentino, pero ha dotado a su país de algunos testimonios valiosos que contribuyen a despertar la sensibilidad del pueblo y a elevarlo sobre las cosas materiales.

RASCACIELOS

En el centro de Nueva York, los edificios representan el sentido moderno de la arquitectura. Flanqueando las avenidas tumultuosas, cerrando la perspectiva de las plazas, asomando sus torreones, cubos y mansardas sobre las arboledas del Central Park, del Riverside Drive o del Battery Place, los rascacielos neoyorquinos levantan esta ciudad multitudinaria y multiforme a una categoría (Continúa en la pág. 28)

EL CENTENARIO DEL PACTO FEDERAL



El preámbulo de la Constitución argentina establece que el Congreso que la sancionó se reunió "en cumplimiento de pactos preexistentes".

El inmediato anterior es el pacto o acuerdo suscripto por los gobernadores de las provincias, en San Nicolás, a raíz de la caída de la tiranía. En él se invoca el famoso pacto federal de 4 de enero de 1831. Por cerca de veinte años se apeló a él como si fuera el "palladium" del federalismo; y el mismo pacto de San Nicolás recién mencionado declara que el acuerdo se celebra en virtud de lo dispuesto por aquél.

En realidad, la política de los pactos interprovinciales fué iniciada, como todo lo orgánico en la República, por el genio político de don Bernardino Rivadavia. El pacto o tratado cuadrilátero de 1822, promovido por él, ligó a las cuatro provincias del litoral argentino, preparando así la organización de un pacto más amplio que un día las vinculara a todas. El propio Rivadavia, tratando de prevenir, aunque en vano, la suspicacia de quienes le atribuyeran fatalmente el propósito de concentrar en su mano el poder de todas las provincias, las invitó a que realizaran pactos parciales que prepararan la Constitución nacional. Algunas de ellas así lo hicieron. Pero las complicaciones políticas con el Brasil, provenientes de la provincia Oriental, obligaron a precipitar la reunión de un Congreso general y a centralizar el poder en un presidente de la República sobre la base del concepto orgánico de la unidad de soberanía, para afrontar así la dirección de la guerra con el Imperio, estallada con anterioridad a la aludida sanción del Congreso.

La incomprensión o la pasión ciega, que no es sino otra forma de incomprensión, no admitió que el honor y el interés nacionales imponían esa solución. Tan la imponían, que por haberla destruido los caudillos, dirigidos por el coronel Manuel Dorrego, la República perdió el territorio de la llamada provincia Oriental o de Montevideo. A ello condujo el espíritu de partido, que no se paró en medios. Ese espíritu de partido contribuyó a la clasificación simplista de federales y unitarios, en que muchos creen todavía. Federales fueron los caudillos. Unitarios fueron los hombres del círculo de la Capital, que constituyeron una "élite". Federal fué Rosas; unitarios, todos los que no se plegaron ante su voluntad omnimoda. Bastó que cualquiera levantara la voz contra la tiranía para que fuera clasificado de unitario y de salvaje y asqueroso por añadidura, así se tratara del propio general Urquiza, libertador de la tiranía. De la misma manera se ha entendido por muchos que fueron "unitarios" los hombres que se opusieron al acuerdo de San Nicolás, mantuvieron por varios años la secesión de Buenos Aires por una razón de principios y obtuvieron la reforma constitucional de 1860, que consolidó la unidad

nacional sobre bases mucho más autonómicas que las fijadas en 1853. A todo eso lleva el llamado espíritu de partido de que tantos y tantos son instrumento sin saberlo.

Es así también que en la lucha enconada de los partidos políticos, el famoso "Pacto Federal" jugó por largos años un papel tan prominente. Presentado como la expresión de los ideales federalistas del pueblo argentino y como un elemento de concordia y de organización nacional, no fué en la realidad de los hechos más que una expresión sobre el papel. Las eminentes personalidades que lo suscribieron no pudieron nunca verlo cumplido, merced a la acción más o menos directa de sus propios comitentes. Ello no obstante, se le ha invocado con reiteración como base de la organización federal, aunque los hechos rectamente interpretados impongan la conclusión contraria.

Recordemos brevemente sus antecedentes y las disposiciones que contiene. Después del fracaso de la revolución unitaria de 1828, y como un medio de contrarrestar el "Supremo Poder Militar" que nueve provincias otorgaron al general Paz, Rosas y Estanislao López resolvieron formar una liga entre las provincias del litoral. A tal efecto nombraron sus representantes, que lo fueron, respectivamente, don José Ma-

ría Rojas y Patrón y D. Domingo Cullen, víctima este último, pocos años después, del puñal de los restauradores. El gobernador de Entre Ríos quedó representado por D. Domingo Crespo.

Reunidos los tres representantes en

la ciudad de Santa Fe, suscribieron el 4 de enero de 1831, el llamado "Pacto Federal", mediante cuyas cláusulas se habría llegado ciertamente a cimentar la organización constitucional si hubieran sido cumplidas. Ellos disponían, en sustancia, que quedaba constituida una alianza ofensiva y defensiva entre las provincias representadas y que: "Mientras no se estableciera la paz pública de todas las provincias de la República, residiría en la capital de Santa Fe una comisión compuesta por un diputado por cada una de las tres provincias litorales, cuya denominación sería: "Comisión representativa de los Gobiernos de las Provincias Litorales de la República Argentina".

Por el artículo 16 se establecía que dicha comisión estaría facultada para: "Invitar a todas las demás provincias de la República cuando estén en

plena libertad y tranquilidad a reunirse en federación con las tres litorales, y a que, por medio de un "congreso general federativo", se arregle la administración general del país bajo el sistema federal, su comercio interior y ex-

terior, su navegación, el cobro y distribución de las rentas generales", etc.

Desde 1831 hasta 1852, muchas veces estuvieron en paz las provincias. Paz de muerte, pero paz. Rosas imperaba. Sus enemigos habían sido sometidos. No había obstáculos para conservar el congreso general federativo de que hablaba el pacto. No se hizo, sin embargo, nueva convocatoria. El pacto fué así, ante todo y sobre todo, base sustentadora de la tiranía.

Después de Caseros, cuando el general vencedor convocó a los gobernadores a San Nicolás y recibió de ellos el cargo de "Director Provisorio", en el pacto que se suscribió se dijo textualmente, en el artículo 10.: "Siendo una ley fundamental de la República el tratado celebrado el 4 de enero de 1831 entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, por haberse adherido a él todas las demás provincias de la Confederación, será religiosamente observado en todas sus cláusulas, y para mayor firmeza y garantía queda facultado el Excmo. señor encargado de las Relaciones Exteriores para ponerlo en ejecución en todo el territorio de la República".

No obstante lo terminante de la disposición, que manda observar religiosamente el pacto federal en todas sus cláusulas, en lugar de la comisión representativa se creaba el cargo de Director Provisorio, con facultades de tal extensión que provocó el rompimiento del nuevo pacto por parte de Buenos Aires, bajo las inspiraciones de Mitre, Sarmiento y Vélez Sarsfield. El primero dijo en su discurso de las célebres jornadas de junio: "El tratado de 4 de enero de 1831, invocado por el acuerdo de San Nicolás como ley fundamental de la República, y que lo es en efecto, ha sido violado en la letra y en su espíritu por el hecho de crear una autoridad que él no reconoce ni autoriza y que inviste mayores facultades que las que por ese pacto deben depositarse en la comisión representativa de los gobiernos".

El pacto federal, en efecto, no quedaba cumplido en realidad. Fué ello, sin duda, un error político de graves consecuencias. Si se hubiera dado cumplimiento estricto a sus disposiciones, seguramente no se habría producido la disidencia que mantuvo sin consumarse la organización nacional por nueve años más. Sin dejar de reconocer que es de valor relativo toda deducción sobre cuál habría sido el curso de los hechos si alguno de ellos no se hubiera realizado, lo cierto es que el pacto federal no fué cumplido en todos sus extremos. Por lo tanto, él no fué la causa de la segregación de Buenos Aires y de la nueva efusión de sangre. Sea así reconocido en homenaje al noble propósito que lo inspiró por parte de quienes lo redactaron y suscribieron, los que no pueden ser responsables de los culpables extravíos de quienes lo desvirtuaron desde el día siguiente de haber sido suscripto. Fué por eso una expresión sobre el papel que se la invocó generalmente con falta de sinceridad y siempre con falta de exactitud.

Romance de la niña enamorada

—Desde que quieres a ese hombre, tus palabras son el eco de sus engañosas frases que están vibrando en tu pecho.

—Desde que le quiero, madre, mi vida es un dulce sueño.

—Como en palabras sagradas crees en sus juramentos, sin ver que en cada promesa está el demonio en acecho.

—Déjeme tranquila, madre, que si de amarle padezco, no hacen faltan sus reproches para acrecentar mi duelo.

—Si de tanto amarle sufres, hija, tu amor no comprendo; que en mis tiempos de muchacha no era el amor tan complejo.

—Usted no lo habrá sentido, madre, como yo lo siento; que el dolor de los amantes es dolor de todo tiempo.

—Cuando más quiero entenderte tu inquietud comprendo menos; echas el alma en suspiros, duermes en lecho de fuego, y tanto ríes o cantas como lloras en silencio.

—Cada minuto que pasa mi amor parece más nuevo, y yo me siento más bella para darle más contento; que alegre estoy de ser casta de los veinte años que tengo y de que amor tan profundo se albergue en tan lindo cuerpo.

—¡Ay, hija, qué poco valen a tu pasión mis consejos!...

(Pero la niña no atiende más que a su encendido anhelo; que la razón es poca agua cuando es de amor tanto fuego).

Luis Cané

EL VESTIDO DE TARDE

POR

LA MARQUESA DE SAN CARLOS

DIBUJOS DE
REYNALDO LUZA

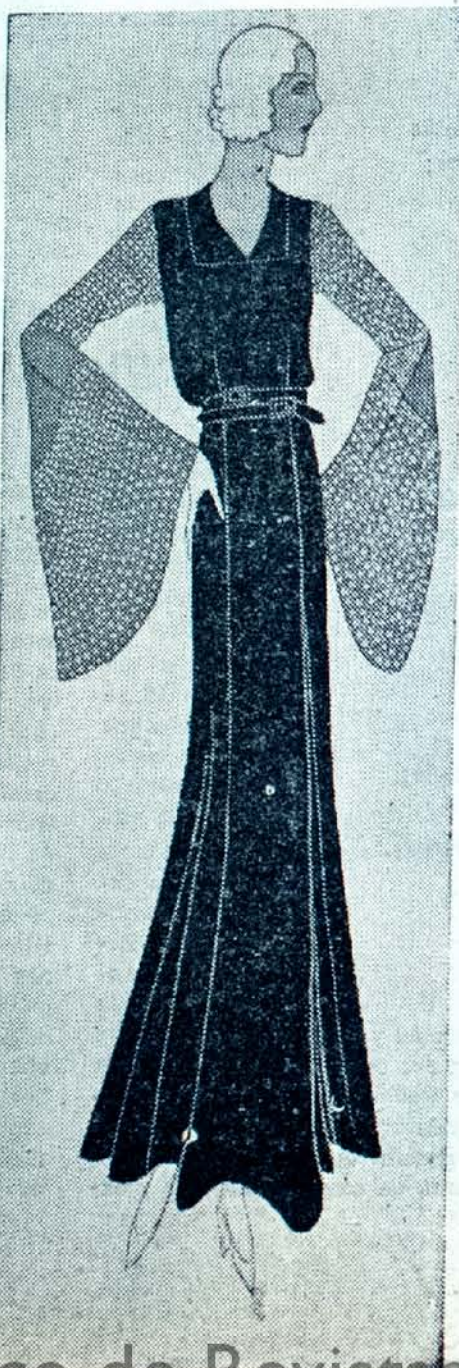
La moda es para la mujer como una segunda naturaleza que tuviera la misión de aumentar sus dones. De nada sirve ser joven y bella sin ser elegante. Dejémosnos sorprender y seducir por las mil cosas que París encierra y que simbolizan su buen gusto, la fantasía y la imaginación mezcladas a esa especie de nostalgia que el lujo arrastra consigo... Seamos fútiles reconociéndolo: nada más lógico que la futilidad que nos hace felices.

He recogido algunas impresiones sobre la moda, y creo posible llegar a formar un juicio exacto diciendo que hemos vuelto a una época sorprendente en la que se imponen el lujo y la suntuosidad en el atavío de las señoras, y prueba de ello son los innumerables cambios que marcan esta evolución realizada en el curso de poco menos de dos años. Ha vuelto la necesidad indispensable del vestido de tarde y ya muy rara vez se ven a la hora del té las mismas toilettes que hemos llevado por la mañana o para un almuerzo íntimo; esto nos procura la ocasión de usar el vestido más elegante llamado "de vestir", el cual había desaparecido bajo la influencia de las tristes circunstancias de la guerra, cuando la parisiense, haciendo abstracción de todo lujo, impuso como nota de buen gusto la humildad y la pobreza, pero aun entonces encontró los medios para conservar su personalidad y exquisita elegancia, creando dentro de esa moda de pobreza una nueva muy característica de aquellos años, a la que le tomamos gran afecto. La influencia de esa moda ha durado hasta la evolución que acabamos de señalar y ahora escribo estas líneas bajo la impresión que nos causa el contraste de riqueza y de detalle que nos ofrece la moda de hoy día, y podríamos creer que, como en un cuento de hadas, se ha descorrido el velo que cubría tantas maravillas.

La colección de Augusta Bernard es muy bella, y seguramente una de las mejores, en la cual la extraordinaria pureza de línea y una extrema sencillez son obtenidas por un corte muy notable. El talle en su sitio. Para la tarde muchos conjuntos; vestidos sencillos pero muy trabajados de recortes y losan- ges, dando la amplitud; cuerpos flojos, drapés y abrigos ligeramente en forma en el bajo y muy cruzados. Para la noche, vestidos largos tocando el suelo regularmente, escotados sencillos en punta por detrás y mucha amplitud en las faldas. Abrigos de noche muy largos guarnecidos de zorro y algunas capas; recordamos en especial una muy linda de terciopelo verde. Es, en resumen, una colección muy parisiense que nos ofrece el encanto de poseer gran número de modelos muy fáciles de poner. Su última novedad es el uso que hace de flores pequeñas (rositas o gardenias) colocadas en forma de collar o a veces cosidas sencillamente al borde del escote del vestido. En la mayoría de estos casos, el vestido es negro, como el que aquí reproducimos, de "crêpe romain", con el collar de florecitas blancas. Tiene mangas medio cortas; la manga con tendencia a acortarse es otra novedad de la colección de Augusta Bernard.

MARY NOWITZKY

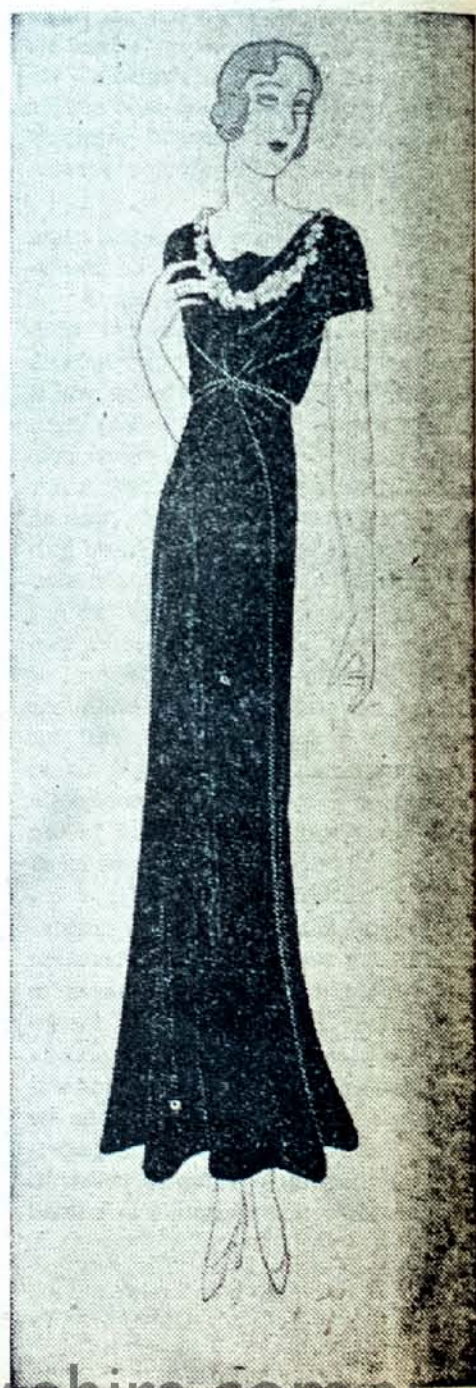
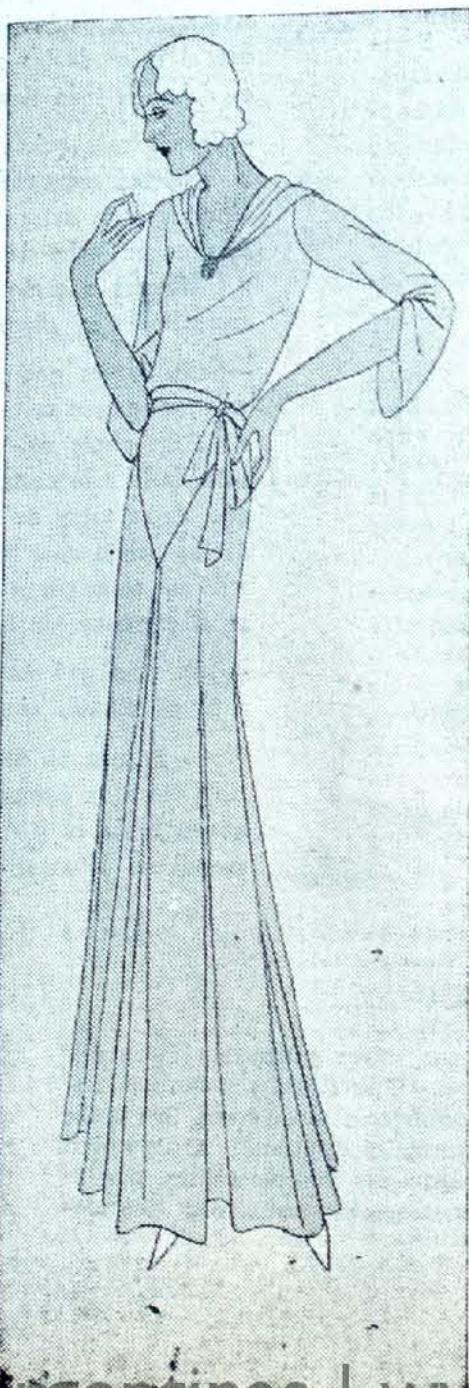
Traje de interior en "crêpe georgette" crema con aplicaciones de flores en crema oro y verde. Este modelo se usa sobre todo en los momentos de intimidad.



Lanvin. Muy "de vestir" es este vestido de "crêpe de Chine" marrón de un tono dorado. La novedad en las mangas marca la nota personal de esta colección.

Augusta Bernard. Nada más elegante para la hora del "cock-tail". Es de "crêpe romain" verde fuerte y presenta una línea muy bella.

Una encantadora idea de Augusta Bernard la interpreta con estas rositas blancas, adornando el cuello de este vestido de "crêpe romain" negro.



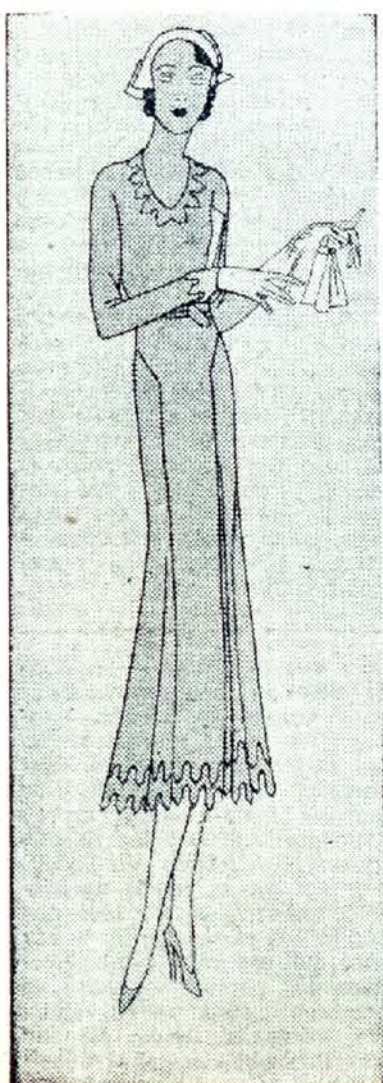
LELONG

Traje de noche en "crêpe" de seda blanca o negra de gran pureza de líneas, llevando como único adorno las incrustaciones en forma de moños en la misma tela, en las bocamangas.



Vestido de "crêpe" de lana verde claro. Interpreta la nota de sencillez de Molyneux y tiene un "chic" muy parisiense.

Este es el conjunto práctico que caracteriza la elegancia de la colección de Molyneux.



De Molyneux hemos escogido un traje y un vestido que marcan la distinción característica de esa casa. El largo de las faldas no ha cambiado. Su colección nos enseña, como gran novedad, el echarpe de lana o tweed que coloca sobre los trajes o vestidos de lana, y van guarnecidos de piel. En combinación con estos echarpes, existen manguitos hechos también de lana o tweed con adorno de la misma piel. Usa con predilección un nuevo tweed inglés y un jersey cuya especie es la más reciente invención a causa de sus dibujos y mezclas de colorido. Los vestidos de noche de esta casa son de gran belleza y poseen una línea distinta a las de las demás casas. Dicen que Molyneux parece haberse dejado influir por las modas de la Revolución Francesa, pues recuerda lo que el público llama de la época del Directorio; pero, en realidad, es la interpretación del a moda de 1930 tal como él la ha concebido. Molyneux no ha olvidado una nota muy personal de sus colecciones y nos enseña preciosos "tea-gowns".

"Magique" es el nombre de este lindo vestido de Lanvin, cuyo colorido posee ya de por sí un gran encanto. La nueva colección de Mme. Lanvin nos hace suponer que la gran artista se inclinaria a abandonar los grandes efectos en sus vestidos de tarde y que, por lo tanto, acentúa una tendencia a transformar su uso convirtiéndolos en lo que llamamos más fáciles de poner. Nos presenta los vestidos debajo de suntuosos abrigos muy voluminosos y adornados con piel de zorro o de astracán. Muchos de estos vestidos son negros, con cinturones bastante anchos de color verde esmeralda, y otros en colores pálidos con cinturones y guantes negros. Los guantes han tomado un lugar muy importante en la colección de Lanvin y admiramos la originalidad de los guantes de satén negros llevados con un vestido de noche de satén blanco y negro. Muy características son sus blusas, o por mejor dicho, largas túnicas bordadas con cuentas que se llevan sobre faldas sencillas y debajo de largas chaquetas; estas toilettes son prácticas y de gran elegancia.

Las niñas encontrarán siempre en el gusto exquisito de Madame Lanvin el vestido de su primer baile.

LA CONSTANTE SOLAR

Por JULIO HELLER

(Para LA NACION) BERLIN, noviembre de 1930



ENTRE las definiciones del trabajo que rinden las máquinas se destaca una que por lo breve y precisa es un acierto; según ella, la máquina produce "tiempo". Al decir esto y estar convencido de la verdad que se enuncia, conviene establecer esa producción en cifras y trazar simultáneamente el cuadro de la ruda labor que debería realizar el hombre si las fábricas y los mecanismos de fuerza no existiesen. Llamada a ofrecernos ese cuadro en guarismos, la estadística nos dice que para substituir la energía que producen las fábricas mencionadas en el mundo, se necesitaría la de 338.000.000 de obreros; para efectuar el trabajo de las locomotoras, la de 127.000.000; el de los accesorios agrícolas, la de 73.000.000; el de las máquinas industriales, la de 70.000.000, y el de las de minería, la de 18.000.000. En total son, pues, 626.000.000 de seres humanos que entran en el cálculo, equivalencia relativa, después de todo, porque la suma de fuerza de tantos hombres, sin el auxiliar mecánico, no podría desarrollar la velocidad de 500 kilómetros por hora obtenible con ciertos motores de aviación. Y ello viene a demostrar, en primer término, que la máquina realmente produce tiempo.

Sin embargo, dadas las fuentes de energía de que nos valemos en la actualidad, surge la reflexión de que no se trata de producir tiempo, sino de aprovechar el tiempo acumulado, por así decir, en el carbón y el petróleo, combustibles de origen prehistórico. Sabido es que toda energía, incluso la contenida en las caídas de agua, procede del sol. Es indiferente el que ella se deposita en las "selvas de helechos" de hace cien millones de años o en los abetos de sólo mil siglos atrás, y es indistinto, asimismo, que ahora la gastemos en la forma de antracita o de carbón fósil. Lo importante es que los combustibles representen tiempo acumulado, un capital que estamos dilapidando y algún día se agotará. La energía solar misma, la actual, no disminuye y es la fuente directa; un precepto de economía muy lógico dicta al hombre su aprovechamiento y la conservación, si es posible, del capital de fuerza acumulado. De lo que ha sido y sigue siendo tal fuerza de radiación directa nos da cuenta la constante solar. Trátase de una cifra que indica la energía irradiada sobre la extensión de un metro cuadrado de la superficie terrestre al ser perpendicular la posición del sol con relación a ella y despejado el cielo.

De numerosas observaciones que se han hecho se desprende que el valor medio de esa energía es de 1850 vatios, y toda vez que conocemos las dimensiones del globo terráqueo, mediante un cálculo sencillo fácil es establecer que del sol a la tierra fluye constantemente una fuerza equivalente a 235.000.000.000 de kilovatios. Tal cifra escapa a la comprensión corriente, pero su trascendencia puede ser captada por el detalle siguiente: la cantidad de carbón de piedra que se extrae anual-

mente de las minas y debe cubrir la mayor parte de los requerimientos de la humanidad para sus fines industriales y de calefacción, contiene una suma de energía igual a la emitida por el sol en unos cuatro minutos. Más aun; de aceptarse el concepto de que los depósitos carboníferos alcancen para abastecernos de combustible durante mil años más, se puede calcular su energía en una equivalente a la que el sol envía a la tierra en tres días.

No se trata de hacer juegos malabares con cifras gigantes, sino de facilitar la comprensión de lo pobre que son las fuentes de energía acumulada de que dispone el hombre si la compara con la fuerza poco menos que inmensurable del sol; éste envía a cada metro cuadrado de la superficie terrestre la energía constante de 1 HP., una parte ínfima de su rendimiento total, calculado en 500.000.000.000.000.000 HP. Ni siquiera una pequeñísima fracción de esa fuerza enorme puede aprovechar el hombre económicamente, a pesar de que ella es tangible, por así decir. De esa labor se encargan las plantas y ellas acumulan sólo una cantidad mínima del acervo solar. Ello no obstante, el progreso del saber humano sería muy grande si se diese con la fórmula del proceso químico que se opera en los vegetales y produce esa acumulación. Aunque existe la esperanza de lograrlo, por ahora ocurre con la energía lo mismo que con toda abundancia de la naturaleza. Junto a ella el hombre, que sólo necesita ocho gramos de nitrógeno para su nutrición diaria, vive rodeado por millares de toneladas, sin poder aprovechar el caudal, salvo valiéndose de bacterias, de plantas, si quiere ensayar la extracción de materia para su sustento de la atmósfera.

Pero volviendo a la energía de nuestro lumínar mayor, no estará demás recordar que la misma dimana de una pérdida constante de su peso. De acuerdo con las fórmulas matemáticas de Einstein, tal pérdida importa 4.000.000 de toneladas por segundo. A la dispersión de la materia solar responde, pues, el rendimiento de fuerza expresada más arriba en la cifra fabulosa de HP., y además de los 235 mil millones de kilovatios que hieren el globo terráqueo, otros 50 millones quedan en la atmósfera, donde son causa de tormentas y descargas eléctricas antes de que su energía entre en reposo en forma de calor distribuido. Y son precisamente estos fenómenos los que tienen importancia inmediata cuando se aprovecha el valor dinámico solar, ya en la simple vela propulsora de la lancha, ya en el complicado proyecto de valerse de la diferencia de tensión eléctrica en la atmósfera con miras a la producción de corriente.

La irregularidad que presentan las corrientes de aire dificultan su aprovechamiento; la tormenta y la calma alternantes no permiten una explotación racional y económica, y si bien es cierto que en algunas



CERCA del interesante problema de la antigüedad del globo terráqueo, los geólogos y palaeontólogos aun no se han podido poner de acuerdo. Los físicos, a su vez, terciaron en la controversia, y para facilitar la solución ofrecieron un concepto nuevo: el de la transmutación espontánea de las sustancias radioactivas. Sobre tema tan interesante disertó el Dr. Hahn, descubridor del mesotrio y director del Instituto de Química de la fundación Kaiser Wilhelm, en un congreso de médicos y naturalistas que se celebró en Königsberg recientemente.

El Dr. Hahn hizo notar que, según los geólogos, la edad de la tierra se puede calcular en 100 millones de años; los palaeontólogos, en cambio, le asignan más de 10.000.000 de centurias, basándose para ello en la astacólita o petrificación de ciertos crustáceos. Mas, si se ha de escuchar a los físicos, es preciso creer que dos mil millones de años representan la antigüedad del globo terráqueo. En el sentir del Dr. Hahn, el recurso de valorarla mediante las sustancias radioactivas supera en mucho a los empleados hasta ahora, en lo que se refiere a exactitud. Basta con tener en cuenta detenidamente la libre transformación de dichas sustancias al hacer el cálculo.

Así, por ejemplo, es sabido que a través del mesotrio, del radiotrio y otros productos, del torio resulta el plomo de torio, cuyo peso atómico es 208. Por grados y de acuerdo con un proceso supeditado a reglas fijas, del uranio se deriva el radium, éste da origen a la emanación radioactiva, quedando luego como producto final e inactivo el plomo de uranio con un peso atómico de 206.

Tanto se puede apelar al plomo como al helio para determinar la antigüedad de los minerales radioactivos, pues por mucho que la de éstos se ignore, se conoce aproximadamente la de los depósitos geológicos donde han sido hallados.

Hay minerales que por cada gramo de uranio presentan 500 cm. de helio. Para que esa cantidad se formase debieron transcurrir 1500 millones de años. De ahí que ese espacio de tiempo constituya la antigüedad mínima del mineral que se encuentra en las estratas más antiguas que se conocen. Pero es lógico que los océanos, dentro de los cuales se han formado dichas estratas, sean más antiguos todavía, y así resulte necesario buscar la antigüedad máxima.

Ahora bien; suponiendo que todo el plomo existente en la superficie terrestre es producto de los procesos radioactivos, el cálculo acusa 3000 millones de años a partir de la época en que esa superficie se hallaba en incandescencia.

Como antigüedad probable de la tierra, pueden admitirse, pues, 20.000.000 de siglos, y ella es—dice el Dr. Hahn—extraordinaria si se la compara

regiones se podría obtener un término medio de rendimiento de cinco a diez millones de HP., el costo sería excesivo.

El propósito de explotar la diferencia de tensión eléctrica de la atmósfera, que es de 250 voltios por metro de altura, tampoco da resultado alguno por ahora. De manera que ante los esfuerzos de la ciencia y de la técnica, la constante solar no es más que un concepto harto teórico en lo concerniente a su aprovechamiento pleno y económico. Predomina ya el convencimiento de que no sólo debe explotarse el valor térmico, eventualmente

derivable de la energía que nos llega del sol, sino también y en mayor grado, el fotoeléctrico. Es decir, no basta recoger el calor con un espejo y calentar el agua para obtener vapor con miras al accionamiento de un generador de corriente. Percibimos los campos electromagnéticos como radiación térmica a baja temperatura y como luz a partir de 500° C aproximadamente; la fuerza luminosa y el calor de una estufa son, pues, fenómenos electromagnéticos por igual. No es muy difícil comprender que la energía en potencia de 1850 vatios por metro cuadra-

OSWALD FALKE

(Para LA NACION)

BERLIN, noviembre de 1930

con la del género humano, y relativamente breve si se pudiese abarcar el tiempo pleno del devenir cósmico, ya que en el modo de ver de numerosos astrónomos, la antigüedad del sol es de billones de años, y de astro gigantesco que fué ha venido a parar en algo así como un pigmeo, cuando unos 2000 millones de años atrás se produjo el magno e insólito suceso del nacimiento de nuestro sistema planetario. Otra estrella fija pasó entonces junto al sol y parte de la masa de nuestro astro rey lanzóse dividida hacia el espacio, dando cuerpo



y giro a los planetas. Sobre el nuestro, tras un largo periodo de enfriamiento, se inició el desarrollo de la flora y fauna, de la vida, que a través de millones de centurias culminó en la especie humana.

Tres mil siglos — añade el Dr. Hahn — han transcurrido desde que el hombre hizo su aparición sobre la tierra, sólo tres desde que se dió cuenta que ella no es el centro del universo, y hace treinta años apenas pudo comprender cuál es la base de la permanencia infinita del devenir cósmico.

Sin embargo, la permanencia infinita a que alude el sabio químico, y también la base del devenir comprendido, parecen ser conceptos harto elásticos si se quiere. El universo está condenado a perecer, a morir de frío, precisamente por la pérdida de la materia radioactiva, tesis que el conocido astrónomo y físico inglés Sir J. H. Jeans ha vuelto a plantear en contra de la hipótesis de Arrhenius, Nernst y Wiechert, que Hahn seguramente tenía en cuenta.

Al igual que Nernst, Jeans supone la existencia de materias radioactivas desconocidas, más pesadas y más ricas en fuerza que el uranio, a fin de explicar la inconcebible energía

que por radiación virtualmente dilapidan las estrellas, cuya vida se calcula en 5 a 10 billones de años. Es imprescindible asumir la existencia de tales fuentes de energía, porque aun si el sol hubiese consistido en uranio puro, su radiación actual sólo la habría podido mantener la mitad del tiempo necesario para la formación de las estratas geológicas y el desarrollo de la vida, es decir, 2000 ó 3000 millones de años; tiempo brevísimo si se lo compara con la vida de los astros.

Pero los elementos desconocidos, de peso atómico mayor, no pueden ser descubiertos, ya porque se halla muy adelantada su descomposición, ya porque debido a su peso, no se encuentran en las capas de vapor incandescente sobre la superficie de las estrellas, y es sólo en ella que el espectroscopio puede distinguir los elementos químicos.

Jeans admite como una fuente más de energía, la destrucción recíproca de los componentes primitivos y elementales de la materia, el protón y el electrón. Al chocar dos de esas partículas de cargas eléctricas opuestas, desaparecen para siempre; mas en el instante de hacerlo, lanzan al espacio un rayo de energía imperecedera. Con todo, tan escasa es la materia en la extensión cósmica, que aun la destrucción total de la misma, es decir, el trueque en energía irradiada, comportaría una temperatura de sólo 262 grados.

Ello no obstante, se podría suponer que el espacio se saturase de esa energía: al destruirse luego más materia, aumentaría la radiación, y debido a ello se formaría materia nueva en otros sectores del espacio. Se puede comparar el proceso con el del azúcar que se echa al té demasiado dulce ya y produce la cristalización del que se había disuelto en la taza anteriormente.

Sin embargo, hecho el cálculo, se desprende: para que ello ocurra, la temperatura de radiación del espacio debería ser entonces siete billones y medio de grados. Para llegar a tanto, un número inconcebible de universos como el nuestro tendrían que disolverse en radiación. ¿A qué dar la cifra? Basta imaginar un 3 con 47 ceros a la derecha.

En resumen, todo ello presenta el cuadro de un universo moribundo. El fin será un montón de elementos livianos, cenizas o restos de aquellos otros pesadimos y altamente radioactivos que fueron en un tiempo; la ley isotérmica se habrá cumplido y la temperatura compensada será algo menos que 273 grados bajo cero, es decir, muy cerca de cero absoluto.

No sabemos si el sabio inglés está o no en lo cierto, pero pensar en el devenir cósmico y su permanencia, o es mucho optimismo o cosa de tiritar de frío. Por fortuna, las cosmogonías no son tan longevas como el universo; no es difícil que dentro de una década o dos surja otra como la de Arrhenius o Nernst, más promisoras y menos frías.

do a que se refiere la constante solar es más aprovechable en el trópico que en las regiones frías, al tratarse de producir vapor, pero podrá prestar servicios importantísimos si se lograra transformar la luz en corriente útil. Gracias al elemento fotoeléctrico de Lange, hoy día ya se puede aprovechar un vatio de los 1850 que nos brinda la constante. Y por poco que ese vatio luminoeléctrico nos parezca, preciso es tener en cuenta que es veintidós veces la fuerza de luz transformada en electricidad útil que se podía obtener el año pasado.



El misterioso crimen del escarabajo

Por S. S. Van Dine

Ilustración de Pedro Delucchi

(Viernes 13 de julio, 1.30 tarde)

mirada de desprecio, pero Vance se volvió hacia él con evidente interés.

—¿Por qué sabe usted, Hani, que sus huellas dactilares no aparecerán en la estatua? ¿No fué usted quien la colocó ahí arriba ayer?

—Sí, "effendi" — respondió Hani sin dejar de mirar a Dubois —. La coloqué ahí arriba... pero con el debido respeto. Cuando la desembalamos la limpié y froté bien toda, y luego la tomé en mis manos para ponerla donde Bliss, "effendi", me había ordenado. Mas cuando lo hube hecho así, advertí que mis dedos habían manchado la bruñida figura y me apresuré a frotarla de nuevo con una gamuza a fin de que permaneciera pura y sin mácula mientras su espíritu vagaba dolorido sobre los tesoros robados que llenan esta sala... No había en la estatua huella ni marca alguna cuando salí de aquí.

—Pues ahora sí las hay, amigo — declaró Dubois con indiferencia al tiempo que, provisto de una poderosa lupa, concentraba su examen en los muslos de la figura —. Y clarísimas, ¡vive Dios!... Parecen dejadas por algún tipo que hubiese querido levantar la estatua... Se ven perfectamente los dedos de ambas manos... Páseme la máquina, Bellamy.

Bliss había prestado poquísima atención a la llegada de los peritos, pero cuando Hani empezó a hablar salió de su letargo y siguió atentamente las palabras del egipcio. Y luego, cuando Dubois anunció la existencia de huellas dactilares, clavó los ojos en la estatua con intensa avidez. Hubo en su semblante un cambio crispado. Daba la impresión de un hombre presa de pronto de terrible pánico. Y antes de que Dubois hubiese terminado de exponer su descubrimiento, se levantó de un salto y nos miró con expresión de trágico terror.

—¡Santo Dios! — gritó, y el acento de su voz me produjo un hondo calofrío —. ¡Esas huellas dactilares son mías!

El efecto de esta confesión fué anonadante. Hasta el mismo Vance perdió un segundo su calma habitual y dirigiéndose a la mesa aplastó en el cenicero el cigarro que acababa de encender.

Heath fué el primero en romper el silencio tenso que siguió al angustioso grito de Bliss. Se apartó de los labios el pucho del habano y apretó los dientes.

—¡Claro que son tuyas! — lanzó con acritud —. ¿De quién iban a ser, si no?

—Un momento, comisario — le interrumpió Vance recuperada ya la sangre fría —. No olvide usted que no hay nada que induzca tanto a error como unas huellas digitales, y que el hecho de que ellas aparezcan en un objeto cualquiera no significa necesariamente que el que las dejó allí sea un asesino. Lo que importa ante todo es conocer cómo y en qué circunstancias fueron dejadas estas huellas.

Se acercó a Bliss, que permanecía con la vista fija en la estatua de Sakhmet, como galvanizado.

—¿En qué se funda usted, doctor, para afirmar que esas huellas son tuyas? — preguntó amablemente.

—¿En qué me fundo? — repitió Bliss con voz incolora.

Parecía haber envejecido diez años en un minuto allí mismo, y sus pómulos lívidos y salientes prestaban a su rostro rasgos cadavéricos.

—Pues en que... en que... ¡Oh, Dios mío!... en que las hice yo... Las hice anoche... o, mejor dicho, esta mañana a primera hora... esta madrugada... antes de retirarme a descansar. Tomé la estatua... por los muslos, con las dos manos... exactamente como ese señor declara que las huellas están...

—¿Y por qué lo hizo usted, doctor? — interrogó Vance.

—Fué sin pensar... Me había olvidado de ello por completo hasta que oí hablar ahora de huellas digitales — respondió Bliss con energía febril, cual si estimara que su vida toda dependía de que fuese creída su explicación —. Cuando terminé el informe financiero, a eso de las tres de la madrugada, bajé aquí al museo. Había comunicado a Mr. Kyle la llegada del nuevo cargamento y quería asegurarme de que todo se encontraba en orden para que él lo inspeccionase... Dependían muchas cosas de la impresión que el tesoro recibido le causara... Examiné los objetos contenidos en la vitrina última aquella y luego corrí otra vez la cortina. Cuando me disponía a subir a mi habitación advertí que la estatua de Sakhmet no había sido colocada en el centro exacto de la parte superior del armario, sino un poco a un lado. Y entonces la corrí hacia la izquierda tomándola de los muslos con las dos manos...

—Perdóneme usted que intervenga, Vance — exclamó Scarlett avanzando un paso y dando muestras de gran turbación —. Puedo asegurarle a usted que esta manía del orden y la exactitud es una de las características del doctor Bliss. Todos nosotros solemos gastar bromas afectuosas por ello. No nos atrevemos a dejar nada fuera de su sitio, porque el doctor se pasa la vida llamándonos la atención sobre nuestros descuidos y arreglando siempre las cosas por donde los demás vamos pasando.

—¿Así, pues, Scarlett — preguntó Vance —, que si una estatua fuera colocada torcida, por ejemplo, resultaría lo que pudiéramos llamar fatal, inevitable, que el doctor Bliss la colocara en su debida posición? —

—Sí... Creo que la conclusión es razonable.

—Muchas gracias — añadió Vance volviéndose de nuevo hacia Bliss —. ¿Afirma usted, entonces, que corrió un poco la estatua de Sakhmet tomándola de los muslos con las dos manos y que en seguida se retiró a sus habitaciones?

—¡Esa es la verdad! ¡Lo afirmo por la salvación de mi alma! — exclamó el doctor Bliss buscando exaltadamente con la mirada los ojos de Vance. Apagó las luces y subió a mi dormitorio. Y no he vuelto a poner aquí los pies hasta que usted golpeó en la puerta de mi despacho.

Unas huellas digitales comprometedoras

CAPITULO XI

HANI descendió momentos después.

—Estoy a las órdenes de ustedes, caballeros — dijo mirándonos reaciosamente.

Vance había aproximado una segunda silla a la que utilizó para examinar el borde superior de la vitrina. Se volvió hacia el egipcio y sonrió.

—Apreciamos en todo lo que vale su espíritu entusiasta de cooperación, Hani — respondió. —¿Sería usted tan amable que quisiera subirse a esta silla e indicarme exactamente el lugar donde puso usted anoche la estatua de Sakhmet?

Observaba yo fijamente a Hani y casi podría jurar que le vi contraer levemente las cejas. No vaciló, sin embargo, en acceder a la petición de Vance. Hizo una reverencia lenta y profunda y se acercó al armario.

—Sobre todo — le advirtió Vance — no apoye usted las manos en la madera ni toque la cortina.

Con alguna dificultad, a causa del estorbo que le suponía el largo y flotante caftan, Hani subió a una de las sillas y Vance se encaramó a la otra.

El egipcio paseó un segundo la mirada por encima de la vitrina y luego indicó con un sarmentoso índice un punto situado cerca del borde.

—Ahí exactamente, "effendi" — dijo —. Si mira usted de cerca podrá ver perfectamente la huella que la base de la estatua dejó en el polvo.

En actitud de concentración aparente, Vance estudiaba sin pestañear el semblante del egipcio.

—En efecto... — convino—. Pero si usted mira más de cerca todavía podrá ver asimismo en el polvo otras huellas... —

—Tal vez el viento al penetrar por las ventanas... Vance chasqueó la lengua.

—"Blasen ist nicht flöten, ihr müsst die Finger bewegen"... como diría Goethe... Su hipótesis, Hani, es un poco poética en demasía.

Indicó un punto situado en el mismo borde de la moldura.

—Y dudo mucho — continuó — que su simún, o samun, si usted lo prefiere (no se me alcanzan las razones de que Vance añadiera este inciso, como no fuera porque la palabra simún viene del árabe "samma",

que significa ser envenenado, y porque creyera que Hani habría de entender mejor el vocablo en su forma etimológica correcta), dudo mucho de que tuviera fuerza suficiente para hacer esta raspadura, a menos, claro está, de que hubiera usted dejado caer la estatua con extraordinaria violencia...

—Es posible, desde luego, pero no probable.

—No probable, naturalmente, si se toma en cuenta el respeto supersticioso de usted por la leonina dama — confirmó Vance bajando de la silla —. Y, sin embargo, amigo mío, todo induce a creer que Sakhmet se encontraba al borde mismo de la vitrina cuando Mr. Kyle llegó esta mañana para inspeccionar los nuevos tesoros.

Le contemplábamos todos llenos de curiosidad. Heath y Markham se mostraban especialmente interesados, y Scarlett, serio e inmóvil, no le quitaba los ojos de encima. Hasta el doctor Bliss, que parecía totalmente abrumado por la tragedia y se mantenía en actitud de inconsciencia y alejamiento, alzó la cabeza y siguió el episodio con expectativa. Se hacía evidente que Vance había descubierto algo de importancia. Le conocía yo demasiado bien para no comprender lo que significaba su insistencia, y esperé con emoción a que nos revelara por fin su hallazgo.

Markham no pudo contener la impaciencia que le dominaba.

—¿Qué quiere decir todo eso, Vance? — preguntó con irritación —. Me parece que no es éste el momento más oportuno para mostrarse reservado y espectacular.

—Estoy especulando simplemente con las sutiles posibilidades de este caso fascinador — respondió Vance —. Soy un espíritu complejo, querido Markham, y tengo la desgracia de no poseer una mentalidad sana y rectilínea. Me declaro enemigo jurado de lo evidente y lo sencillo... ¿Recuerda usted lo que el joven manco dijo al salmista? "Las cosas no son lo que parecen"...

Markham sabía ya interpretar en su acepción verdadera las gárrulas evasivas a que Vance apelaba en ocasiones, y se abstuvo de preguntar más. Por otra parte, en aquel momento ocurrió algo que iba a añadir al problema tintas y complicaciones más siniestras aun.

Hennessey abrió la puerta del museo y el capitán Dubois

y el detective Bellamy, peritos del Gabinete Policial de Identificaciones, se precipitaron escaleras abajo.

—Perdone usted que le haya hecho esperar, comisario — dijo Dubois estrechando la mano a Heath —. Me tuvieron enredado con una fractura de caja de caudales en Fulton Street.

Miró en torno suyo y añadió tendiendo la diestra al juez de instrucción:

—¿Cómo le va, Mr. Markham? ¿Y a usted, Mr. Vance?

Dijo esto último cortésmente, pero sin cordialidad. Me pareció que el palmetazo que Vance le había dado cuando el asunto de "la Canario" le escocía aún.

—Pues aquí no vamos a enredarle a usted mucho, capitán — exclamó bruscamente Heath —. Se trata sencillamente de que examine usted esa cosa negra.

Dubois cobró en el acto una fría actividad profesional.

—Cuestión de un minuto — repuso inclinándose sobre la estatua de Sakhmet —. ¿Qué es esto, comisario? ¿Una de esas obras futuristas que no quieren decir nada?

—Para mí no quiere, desde luego, decir nada — gruñó el policía — a menos que descubra usted en ella unas cuantas huellas dactilares.

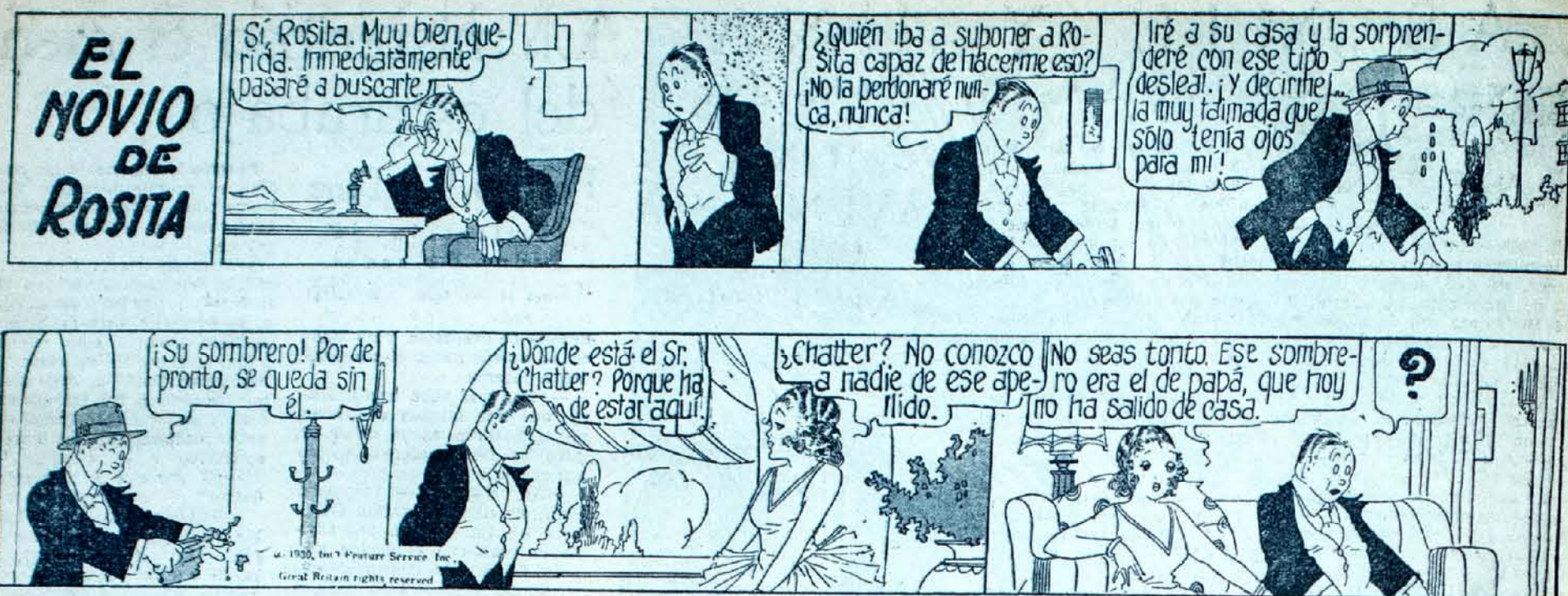
Dubois hizo una seña a su ayudante Bellamy, y éste, que había permanecido impassible en segundo plano durante el cambio de saludos, se acercó y abrió un maletín negro que portaba. Valiéndose de un pañuelo grande y de las palmas de las manos, Dubois alzó cuidadosamente del suelo la estatua y la dejó, de pie, sobre una silla. Luego sacó del maletín una perra de goma e insufló con ella sobre toda la escultura unos finos polvos de color azafrán pálido. Sopló suavemente el exceso de ellos, se ajustó al ojo derecho una lente de joyero, se arrodilló, y comenzó a examinar con minucioso detenimiento la figura.

Hani presenciaba con hondo interés la maniobra. Fué acercándose poco a poco a los peritos hasta colocarse a su lado y, rígido, apretados los puños a los costados, contempló el proceso técnico.

—No hallarán ustedes en Sakhmet huellas dactilares mías, caballeros — exclamó de pronto en voz baja y seca —. Las borré todas... Tampoco hallarán huellas de nadie para auxiliar su pesquisa. La Diosa de la Venganza actuó sin necesidad de otro intermediario que su propia voluntad y su poder. No precisa de manos humanas para realizar sus actos de justicia.

Heath lanzó al egipcio una

POLVO
VASENOL
ANTI-SUDORAL
PARA LOS
PIES, MANOS
y AXILAS



EL REMEDIO RESULTO PEOR

Dibujos de GEO McMANUS



LAS MIL Y UNA AVENTURAS



ADIE sabía en Lima de mí más que el que había emprendido viaje al Sur, con el propósito de alistarme en la revolución. Los

que me tenían preso podían impunemente hacerme desaparecer, sin que nadie se enterara de mi suerte. La comisaría de Bellavista era entonces famosa por los fusilamientos que diz que se ejecutaban en las orillas del Mar Bravo.

Al escuchar el propósito de nuestro traslado, mi corazón dió un salto y un golpe de sangre ha de haberme enrojecido el rostro. Mi compañero, en cambio, palideció y me dijo en voz cavernosa: —¡Nos van a fusilar...! —¡No se atreverán! —le repliqué con verdadera ira. El miedo a la muerte se había vuelto en mi indignación.

Yo gritaría por las calles al ser trasladado a Bellavista, yo lucharía con mis puños contra quienes pretendieran fusilarme, yo arrebataría una bayoneta a cualquiera de los soldados para defenderme con ella y vender cara la vida que a los diez y ocho años querían arrebatar-me. Abrí las alas de mi fantasía al soplo huracanado de mi indignación, y mientras que mi compañero, sentado en una silla que crujía, apoyaba la cabeza reflexiva sobre ambos puños cerrados, con los codos fijos en las rodillas, arqueando toda su figura en una actitud como de etcétera (&), yo me paseaba, incesantemente, de un lado a otro, con la impaciencia colérica de una fiera enjaulada.

—Si se pudiese hacer saber en Lima que yo estaba preso en el Callao e iba a ser trasladado a Bellavista, me habría salvado; porque, en efecto, por temor al comentario público, no se atreverían a fusilarme—. Así pensaba yo, sin que la indignación me ofuscara. Los minutos eran angustiosos para dar la noticia, que horas después ya llegaría tarde.

Entonces tuve por un momento la ilusión de que el milagro de Daniel en el foso de los leones se repetía. El guardia que dragoneaba de cabo se llegó a mí y me dijo:

—Señor: ¿usted no es el poeta?—Un rayo de luz vino, desde lo más alto de mi arte, a iluminar mi vida.

—¿Cómo te llamas?—Díjome un nombre vulgar y un apellido extraordinario, que no he podido olvidar nunca: se apellidaba Piélagos.

Era este un hombre blanco, enjuto, nervioso, sumamente locuaz. Díjome conocerme, gustar de la lectura de mis poemas, tenerme honda simpatía. Se me ofreció a hacer saber de mi familia lo que yo quisiera. Le insinué un telegrama que debía ponerse sin pérdida de tiempo, dando noticia de que estaba preso y de que iba a ser trasladado a Bellavista... Le di una moneda para ello. El entonces me propuso conseguirme papel para que yo escribiese el telegrama. Tal respuesta me lo hizo sospechoso. —Es un espía que han comisionado para befarme—pensé; y negándome a escribir nada, le volví las espaldas bruscamente, no sin decirle antes: —Pon el telegrama como te parezca, y si no quieres, no lo pongas. Te regalo el dinero.

Mi compañero, que desde su asiento había escuchado el diálogo, aplaudió mi soberbia. —Eres muy inocente—me aseguró—. ¿Cómo podías confiar en la buena fe de un cabo de guardia?

No sé yo si las antenas espirituales—de que los poetas nacemos dotados—empezaron a funcionar, recogiendo mensajes de lo desconocido; pero la cólera en mí se había cambiado por una como elevada serenidad, que en vez de ser de depresión resignada, era de sublimación desdeñosa.

(PAGINAS DE UN LIBRO CONTINENTAL)

¿Qué hacer? No tardó en ser cambiada la guardia que nos custodiaba. Pedí hablar con el oficial, y éste se me excusó, mandándome a decir que sólo después de las doce de la noche podría hablar conmigo.

—Estamos perdidos, completamente perdidos. —¿Para qué intentas nada?—me decía a veces mi compañero, haciendo crujir la silla en que retorcia su angustia.

—¡No se atreverán!—le replicaba yo con toda la fuerza y la seguridad de que era capaz la fe de mis diez y ocho años.

Las horas transcurrieron aceleradamente, como si en el tic-tac de los relojes pusieran nuestras venas su pulsación febril.

Cuando la torre de la Iglesia Matriz dejó caer sus doce campanadas, como esferas metálicas que rodaran en el silencio de cristal, mi compañero y yo nos vimos las caras trasluzadas, cruzamos una larga mirada de inteligencia y nos dijimos al mismo tiempo los dos: —Ya.

En efecto, el oficial de guardia—que alcanzó después alta graduación militar, pero cuyo nombre no me parece discreto dar porque ha muerto—cumplió su ofrecimiento: se presentó a hablar conmigo, a la vez que con mi compañero.

Con gran comedimiento, nos dijo:

—Tengo que cumplir órdenes. El mayor Almirón sabe que no puedo dejar de cumplirlas. Mi deber militar está sobre la voluntad mejor dispuesta que yo pueda tener para con ustedes. Se me ha ordenado trasladarles a Bellavista, haciéndoles atar para evitar la menor resistencia y amordazar para que no intenten dar voces, a menos que ambos me empeñen su palabra de honor de no resistir a la fuerza pública que va a conducirlos, así como de no hacer escándalos que resultarían infructuosos.

—¿Quiere decir, entonces, que se nos lleva a fusilar?—pregunté yo con cierta altanería.

—Ni lo sé, ni lo deseo. Es todo lo que puedo responderle. Mientras tanto, necesito que ustedes se comprometan como caballeros conmigo a no resistir, ni a dar voces, para evitar-me el desagrado de cumplir las órdenes que he recibido en caso negativo.

Ambos dimos nuestra palabra de honor, con la caballerosa resolución de cumplirla.

El oficial, como con ánimo de persuadirnos a ello, nos dijo entonces:

—Aunque yo estoy bien seguro de que, como caballeros, sabrán ustedes cumplir con su palabra de honor, he recibido órdenes para acompañarme de un tambor y de un corneta que apaguen las voces que pudieren dar mientras se procede a atarles y amordazarles.

—Retiro mi palabra de honor—le dije vivamente al oficial—, puesto que se me ofende con dudar así de ella.

—Yo no dudo. Sólo explico por qué se me ha ordenado acompañarme de un corneta y de un tambor. Por tratarse de un asunto político, dada la situación creada en el país, se han tomado todas las precauciones para que no trascienda. Esta es mi opinión personal. Y respecto a un posible fusilamiento, he dicho que ni lo sé ni lo deseo.

El oficial hablaba con tono mesurado y exagerando las maneras, que me parecían de una cortesía sospechosa.

—Hay que prepararse para emprender la marcha.

—Estamos listos.

UNA AVENTURA CON LA MUERTE (II) POR JOSE SANTOS CHOCANO

(Derechos adquiridos por LA NACION)



El poeta a los 18 años, cuando iba a ser fusilado en las playas del Mar Bravo de Bellavista, en el Callao

Una docena de soldados se puso en movimiento, formando cuadro, terciados los rifles con la bayoneta calada. En el centro íbamos los dos presos. Por delante del grupo marchaba el oficial con el corneta y el tambor.

La calle estaba desierta. La campanada de la una nos cayó encima como una pelota que, rebotando, me hizo el efecto de irse a perder al mar...

★

A poco se desvaneció la esperanza de ser vistos por algún transeúnte que nos reconociera: se nos llevó por calles extraviadas y lugares deshabitados, hasta que entramos en una pampa de no menos de medio kilómetro cuadrado, cuya extensión se dilató a mis ojos separando Bellavista del Callao, en forma que las construcciones de ahora hacen difícil apreciar.

La pampa aquella se me ofrecía como la página de un aguafuerte de Doré, arrancada al primer tomo de la "Divina Comedia". Sobre la desolación de la pampa, el vasto hervor de estrellas de la Vía Láctea alargaba su S como un río de misterio, en que la media luna podía ser la barca de Caronte...

El instante era propicio para que al margen se perfilasen las figuras de Dante y de Virgilio, a ver pasar al poeta de diez y ocho años que, entre un pelotón de soldados, iba camino del Infierno.

Mi compañero, con la convicción profunda de nuestra suerte irremediable, llevaba la cabeza doblada sobre el pecho. Yo la levantaba, como buscando con los ojos el refugio de las estrellas. De vez en cuando el reflejo de la media luna hería las bayonetas, que se alargaban hasta el cielo...

En el silencio de la noche en la Pampa se duplicaba en un eco lejano el acompasado taconeo de la marcha monótona de los soldados.

★

Llegamos, por fin, a Bellavista.

Ni mi compañero ni yo conocíamos tal villorrio.

El ruido del Mar Bravo se fué apoderando de nuestros ánimos... Una tras otra ola venía a reventar furiosamente en el fondo de mi corazón estremecido de sublimidad... La voz ronca y colérica del mar en tal noche sonaba como pudiera sonar, en un eco cavernoso, la suma de todas las voces de los personajes de Esquilo.

Atravesamos una callejuela, doblamos una esquina, volvimos a doblar otra y seguimos, hasta que, al concluir una de tantas callejuelas, nos encontramos ante el mar. Jamás olvidaré las dos impresiones que a la vez en ese instante recibí: la seguridad entonces de mi fusilamiento ya inminente; y la belleza del espectáculo maravilloso con que la Naturaleza se había preparado a servir de teatro a mi tragedia.

Un largo calofrío me sacudió, pero en seguida rompí el cuadro de soldados que de pronto se detuvo, salté hasta el oficial y le cogí la mano con que ya había desnudado su espada, gritándole con desesperación:

—¿Por qué nos ha engañado?

Unos soldados me separaron, mientras otros retenían a mi compañero.

El oficial entonces ordenó que nos ataran, y sin inmutarse nos dijo:

—Yo no los he engañado. Sólo he recibido órdenes de conducirlos hasta aquí y entregarlos a quien en nombre de la autoridad me los reclame. No sé hasta ahora si se les va a fusilar, ni tengo por qué desearlo. ¡Guarden silencio!

En ese instante, como vomitada por la misma callejuela por la que habíamos llegado a la orilla del mar, se presentó una sombra que avanzó resueltamente hacia nosotros. Aunque el aparecido estaba embozado, el quepis hacía reconocer en él a un jefe militar. "Es el comisario"—articuló en voz baja mi compañero. Mis ojos se paseaban enloquecidos por el cielo y el mar: las estrellas innumerables se derramaban como una fuga de pavor y la media luna cobraba un sentido de amenaza cortante; el mar arqueaba sus olas relinchantes como potros encabritados que, salpicando espumas, caracoleaban por la gran playa pedregosa... La Naturaleza me poseía, pero el pensamiento se sublevaba contra la muerte.

Recordaba a mis padres y a mi hermana, que habían de suponerme en viaje. Recordaba a la mujer primera que correspondió siquiera con sonrisas mis suspiros, y que ese mismo mar se llevó de mis ojos para siempre. Recordaba a la mujer última que, impresionándome de amor, sólo había visto yo por un instante, como una anticipación del misterio...

Ajeno a lo que de cerca me rodeaba, me sorprendió de pronto el que nos desataran. El cuadro de soldados volvió a formarse. El oficial dió orden de marcha y empezamos a regresar por donde habíamos venido. Era evidente que ya no nos fusilarían. Una sensación de alivio me hizo respirar con la plenitud de quien despierta de una pesadilla... Podía pensar que si la fantasía hizo de Dante el hombre que había vuelto del infierno, la realidad me hacía el hombre que había regresado de la eternidad. Volví los ojos como para despedirme del mar y tuve la visión de que la muerte se perdía en las nubes y de que

la media luna era la hoja de la guadaña de la muerte...

★

Pasamos la noche en la comisaría de Bellavista.

Hay que suponer la locuacidad nerviosa de dos resucitados.

Sonó el clarín del alba. Entonces nos vimos—las caras ojerudas y lacias; pero nos sonreímos... ¡Vivíamos! y, por lo mismo, soñábamos...

Muy de mañana sonó el timbre del teléfono. Averiguamos. Íbamos a ser trasladados a Lima.

De pronto apareció mi padre: tenía en la mano un telegrama. Piélagos me había salvado.

A pesar de mis dudas desdeñosas y de mi gesto de soberbia, el modesto cabo de guardia—que decía gustar de mis poemas y tenerme honda simpatía—no sé cómo había cumplido a tiempo con telegrafiar a mis padres. Curioso era que el telegrama, por extenso, tuvo que costarle dos y tres veces más que el escaso dinero con que yo hube de ofrecerle "regalándoselo"... Hay que esforzarse para imaginar cuánto hice por encontrar después a ese hombre; no supe más de él. Como si se hubiera escapado de una historia extraordinaria de Edgardo Poe, casi a los treinta años de mi aventura con la muerte, cuando yo volví a Lima, tras de diez y siete años de ausencia, en medio del tumulto que entre aclamaciones hubo de recibirme, se acercó a mí alguien que me dijo al oído: "Yo soy Piélagos..." Le estreché entre mis brazos y le rogué buscarme: él me lo ofreció; pero volvió a perderse en el misterio. Sin noticias suyas, espero una tercera oportunidad trascendental, en que vuelva él a hacer su aparición definitiva.

Cuando mis padres recibieron el telegrama eran las doce. Mi padre corrió hacia las autoridades. Mi madre acudió al arzobispo. El arzobispo Bandini era un viejecito nervioso que gozaba de gran ascendiente sobre el gobierno militar, pues había ayudado mucho al glorioso "Soldado de la Breña" en todas sus campañas. Cualquiera madre puede suponer lo que la mía llegó a hacer y decir, a tales horas, hasta decidir al arzobispo Bandini a abandonar su lecho e ir personalmente a interponer sus influencias.

El teléfono suspendió en la comisaría de Bellavista la orden de mi fusilamiento, próximo a ejecutarse en el Mar Bravo.

Piélagos y el arzobispo Bandini se habían puesto de acuerdo sin saberlo...

Es así como el Arte me salvó la vida para que se la diera dos veces a mi madre.

(Continuad)



El remedio de actualidad para el cabello canoso es el COLORANTE ALEMAN "NEUGEBAUER"

El verdadero producto científico. Resultados incomparables. Tonos naturales sin reflejo rojizo o verdoso! Inofensividad atestiguada por autoridades. Venta y aplicación por especialistas de la

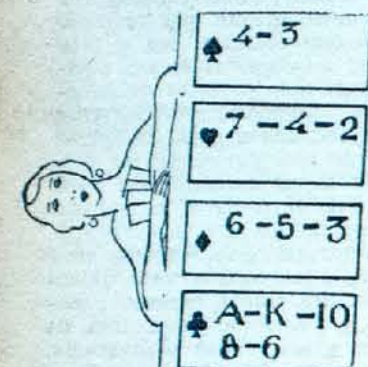
CASA WEISS, Callao 714

Bs. As. U. T. Plaza 4100



A convención Vanderbilt ha entrado tanto en el mundo del bridge que son pocos los aficionados que conciben la posibilidad de jugar contrato sin hacer intervenir la ya muy célebre convención. Las declaraciones convencionales como un nuevo sistema dentro del principal han conseguido fascinar hasta a excelentes jugadores que pretenden que el contrato sin convenciones no es más que un auction aumentado artificialmente.

A mi entender, el error de la mayoría de los jugadores que creen indispensable usar de las convenciones para modificar substancialmente el viejo remate, consiste en que no han conseguido todavía establecer la diferencia del mecanismo entre la declaración de auction y la del contrato. El contrato no es un auction glorificado, y el aficionado que no se da cuenta de ello pretende erróneamente aplicar para el nuevo remate su antiguo método de declarar en el auction.



De ahí el primer fracaso y la necesidad, una vez descubierta y aprendida la convención Vanderbilt, de asirse a ella como única tabla de salvación.

Creo, y trataré de demostrarlo, que las convenciones en general no son indispensables para el buen juego. Diré más: entiendo que lo desnaturalizan, y por ello las considero viciosas, pues tratan de normalizar irregularidades, creando situaciones artificiales y contrariando la lógica.

La verdadera finalidad de la convención Vanderbilt no puede ni debe ser otra que ayudar al jugador novicio, facilitándole el desarrollo del juego con una nueva ampliación del sistema informativo.

★

Cuando sólo conocíamos el auction, nuestra intervención en el remate para corregir o sacar una declaración del compañero tenía un fin determinado: "mejorar" la declaración inicial: un palo menor por uno mayor o uno mayor por sin triunfo. En ciertos casos, por excepción, el buen sentido nos dictaba la necesidad de un cambio, negando el palo del compañero como una medida de precaución.

Al aparecer el contrato, seguimos en un principio el mismo método, corrigiéndolo poco a poco, según nuestras observaciones, hasta llegar a declarar menos automáticamente. Hasta que un día llegamos a conocer el verdadero secreto del remate en contrato, que reside en saber informarse mutuamente entre compañeros para llegar a la obligación máxima que reporta el mayor beneficio. El jugador que declara debe revelar toda su fuerza sin compulsión para el compañero.

En el auction, el sentido de la declaración defensiva era muy restringido; resultaba un atentado, casi un crimen, cambiar una declaración del compañero teniendo ayuda normal en triunfos (tres cartas del palo declarado). En el contrato es inadmisibles cerrar el remate abierto por el compañero, sin revelar la capacidad de su mano, y que se entregue un partido capaz de ser defendido en buena posición aun a costa de una pequeña multa.

BRIDGE

COMENTARIOS
SOBRE LA
CONVENCIÓN
VANDERBILT

♠ 10-8 5	♥ J-6 5	♦ Q-9 2	♣ Q-7 5-3
-------------	------------	------------	--------------

NORTE			
Score: cero a cero. Oeste ha dado las cartas y declara un trébol (no convencional). Este declara en su oportunidad sus dos palos (corazón y diamante), pero Sur obtiene el contrato con cuatro piques. Oeste abre el juego con el rey de trébol, y como Este sirve el nueve, Oeste continúa con el as del mismo palo y después el diez. ¿Puede Sur cumplir su contrato, y cómo debe jugar?			
(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)			
SUR			

♠ A-K Q-J 7-6 2	♥ 9-3	♦ A-8	♣ J-4
--------------------------	-------	-------	-------

Obtener el remate, lo más barato posible, era fundamental en el auction. En cambio, en el contrato hay que declarar el máximo si se vislumbra una posibilidad de ganar el game.

★

Ahora bien; el objeto de la convención de trébol es advertir la existencia de una fuerza determinada, compulsando así al compañero a una intervención forzada, información y obligación artificiales.

Hemos visto que la diferencia substancial entre auction y contrato consiste en que en el remate de este último debe ser declarada la fuerza íntegra de una mano, teniendo en cuenta las declaraciones y pases anteriores de adversarios y compañero. En el contrato, cada declaración debe ser una nota de aliento para que el compañero continúe el remate, quedando así eliminados del todo los toques de atención al peligro que existían en el auction.

Si este programa es aceptado, respetado y puesto en práctica con lógica, no será necesaria la intervención de ninguna convención indicativa de fuerza, con el beneficio de que el resultado del remate regular será preciso y cierto sin compulsión para el compañero. Las convenciones, resultado de arreglos previos, nunca podrán dar la seguridad y consistencia que

resultan de las buenas declaraciones.

★

Hay quienes sostienen que la declaración de un trébol convencional es insubstituible como indicación de fuerza, pretendiendo que, sin su aplicación oportuna, habría manos que no podrían ser declaradas.

No soy de esta opinión. No existe tal dificultad cuando se sabe aplicar la vieja declaración informativa de palos de cuatro cartas, a base de tres quick-tricks. Se puede reemplazar la declaración de trébol Vanderbilt por la de un trébol real, un diamante o cualquier otro palo con cuatro cartas por A J 10 o K Q 10, y una baza en otro palo, en ausencia de un sin triunfo. Resulta mejor que estas declaraciones puedan hacerse con un palo débil para permitir la intervención cómoda del compañero en el remate y esperar entonces la segunda vuelta para pronunciarse definitivamente. En todo caso, el compañero del jugador que ha iniciado el

remate no debe abandonarlo en lo posible, pues tiene que comprender que quien ha provocado la lucha lo ha hecho con elementos discretos y sin temor a perder el game. Vemos así reproducido el viejo sistema usado en el auction, con la amplitud y la libertad de los procedimientos propios del contrato.

Soy un convencido de que la necesidad resultante de la convención que obliga al compañero del convencionalista a mantener abierto el remate contra su voluntad puede dar lugar, con juegos medios, a malas interpretaciones e innecesaria pérdida de puntos. En cambio, con la declaración informativa, si el compañero no tiene elementos que le permitan hablar, pasará y el abridor conocerá su pobreza, sabiendo a qué atenerse.

De la declaración de un trébol Vanderbilt no resulta siempre un game, y menos aun un slam, sobre todo si el compañero ha respondido un diamante. ¿Qué ventaja da, pues, la convención sobre el sistema regular del remate?

Las manos con una fuerza extraordinaria tienen también una manera de declararse dentro del remate regular. Dos sin triunfo, tres de un palo, son indicaciones evidentes de pretensiones al game y hasta al slam, en un caso cualquiera de correspondencia de elementos con el compañero. Dos sin triunfos indican más de cinco quick-tricks repartidos en cuatro palos; dos de un palo quieren decir abundancia sólida de un triunfo y alguna ayuda lateral. Son estas declaraciones, dentro del remate regular, las que invitan al compañero a no cerrar el remate de una manera natural y sin los artificios viciosos de la convención.

En la práctica del juego no he visto todavía casos que justifiquen el empleo insubstituible de la convención. Y otro argumento a favor de mi tesis es el de que los grandes jugadores americanos, país de origen de la convención, no la utilizan jamás en la serie de test match que periódicamente realizan.

Recientemente el Portland Club ha recomendado a sus socios que abandonaran el empleo de la convención Vanderbilt.

FRITZ KORTNER

Entre los elementos representativos del teatro alemán que empiezan a dedicarse al film hablado, figura el notable actor de vanguardia Fritz Kortner, cuyo arte y carácter, personalidad y carrera ofrecen un cuadro de vivísimos contrastes.

Nació en un suburbio de Viena en mayo de 1892. Feo, taciturno, sin interés por la lectura y la sociedad de sus condiscípulos, se le creía un retardado. Al cumplir los quince años de edad le regalaron una entrada para el Burg, de Viena. Asistió por primera vez a una representación de "Los bandidos", de Schiller, y tan intenso fué el efecto que sobre él ejerció la obra, que regresó a casa con fiebre. Hubo de guardar cama y sus padres le prohibieron volver al teatro. Pero una vez restablecido, el muchacho resolvió consagrarse a las tablas. Entre sus compañeros de liceo la confesión de tal propósito suscitó el consiguiente escepticismo. Su fealdad, su postura de caviloso, su andar descompasado y su dicción defectuosa no eran condiciones histrionicas. Más aun: cuando le tocaba recitar en clase la hilaridad solía ser tan intensa que los maestros no podían reprimirse. Hasta entonces todo eso había dejado indiferente a Kortner, pero determinado a hacerse actor, en dos noches aprendió de memoria el "Uriel Acosta", obra que declaró ante sus amigos. Ello fué una revelación y el entusiasmo de los muchachos tan grande, que le facilitaron el dinero para los derechos de examen del Conservatorio Teatral de Viena, que entonces dirigía Ferdinand Gregori.

Y Gregori, profundamente impresionado por el temperamento fogoso de Kortner, aprobó su ingreso, a pesar de que aun no tenía la edad exigida por el reglamento de la institución.

Al hacerse cargo Gregori de la dirección del Teatro de Mannheim en 1911, le ofreció el primer contrato. Kortner no permaneció mucho tiempo al lado de su maestro. En Berlín su talento le abrió las puertas del Deutsches Theatre, pero su fealdad seguía siendo un grave obstáculo para la interpretación de los papeles de protagonista. Después de haber visto a Bassermann en escena, el joven actor comprendió que todo lo que él había aprendido en el Conservatorio de Viena y en el teatro de Mannheim estaba de más, era lastre. Y a partir de ese momento Kortner se declaró en rebeldía contra toda errónea tradición y todo lo que tuviese asomo de convencional. Rompió con el pasado y creando interpretaciones nuevas de los personajes centrales de varias obras clásicas, se abrió camino hacia un éxito increíble y un arte nuevo, que han consagrado los críticos más eminentes de Alemania.

Forma la base de tal arte el mismo carácter de Kortner, su rebeldía vehemente. Ejemplo de ella es una incidencia con el Koenigliches Schauspielhaus, de Berlín, que lo había contratado en 1913. Al enterarse Kortner de que era preciso tratar de Vuestra Excelencia al director del Teatro Real, pues tal era el Schauspielhaus, rescindió el compromiso. Ese espíritu de

rebeldía llevó a Kortner a crear un verismo cerebral e interpretativo que se destaca con extraños e impresionantes rasgos de sobriedad. Se ha dicho que en todas sus caracterizaciones alienta el heroico precepto de que el derecho debe primar sobre el amor, y de haberse podido anular su imaginación e impedir que siguiese la carrera teatral, Kortner hubiera llegado a ser un abogado de temible elocuencia, un abogado al que acudiesen los desheredados del derecho día y noche para pedir consejo y perrecharse de réplicas y contraréplicas en su demanda de justicia.

Y es precisamente eso: justicia, lo que piden las interpretaciones de Kortner; aun el monstruo que es el zar Pablo I, en "El Patriota", nos lo muestra como a un desheredado del derecho a la miseria humana, el monstruo en pleito con la gracia divina que ya lo desheredara en el seno materno.

Como ya se ha dicho, a Kortner la naturaleza, poco pródiga, le ha denegado casi todo aquello que en un tiempo fué condición esencial para el arte de las tablas. Ni su semblante ni su voz impresionan. Sus creaciones son cerebrales y se ajustan a la fórmula de lo sobrio y de lo exacto. De Schroeder, un célebre actor alemán del siglo XVIII, se cuenta que podía emocionar al público recitándole el abecedario. A Kortner le ocurre todo lo contrario. Sólo posee el don de expresar el sentido íntimo, profundo, de las cosas, después que ese sentido arraigó en su fuero interno. No comulga con el arte de maquillaje exagerado, ni con los matices excesivos de caracterización y la abundancia del gesto.

La suya es una sobriedad llevada al máximo. Donde antes se recurría a lo patético para realzar la interpretación, Kortner agudiza la voz y sabe modular de tal manera que aun en los pasajes estridentes la fuerza vocal conserva su elasticidad.

Emplea la pausa con maestría, a fin de excitar la imaginación del espectador y llamar la atención del brillo de sus ojos, que es vivo pero frío; ello constituye una ventaja, pues le da margen para ciertos pequeños excesos que resultarían insoportables en un actor de mayores bríos. Las frases líricas parecen responder a una dicción cerebral y aun allí donde la explosión sentimental o emotiva es inevitable, hay un ritmo preciso, penetrante, casi mecánico; la escena parece inculcarse a golpes en la memoria.

Por extraño que parezca, también el personaje humilde en extremo interpretado por ese actor tiene un si es no es de agresivo que se graba, y claramente se ve que el estilo de Kortner no es producto del raciocinio sino modo de ser e interpretar a la vez del actor, que se ha posesionado de su papel cuando éste ya hirió la susceptibilidad emotiva interior e individual del hombre. Ahora bien; el hombre, ya lo hemos dicho, siempre parece vivir en pugna con alguien; es el eterno caviloso, el eterno rebelde. Es el intérprete de su época, y de ello deriva el éxito que ha tenido.



El gran actor en una de sus caracterizaciones

LEON
CASABAL

O L A F ANDERSON



Un pasaje de la película "Follies de 1930", donde intervienen El Brendel y Marjorie White

EL SEPTIMO ARTE

CARTA DE HOLLYWOOD

POR

WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, noviembre de 1930



Lillian Harvey, primera actriz de la opereta cinematográfica "El camino del paraíso", dirigida por Wilhelm Thiele



Jane Baxter y Charles Langton, en una escena de "Down River", nueva película sonora británica

NORMA Shearer, la popular luminaria de la compañía Metro Goldwyn Mayer, fué declarada la mejor actriz del año, por su excelente actuación en la película titulada "Divorciada". George Arliss, el notable actor inglés de carácter, fué aclamado el mejor actor de la temporada por su artística labor en "Disraeli", producción de la empresa Warner Brothers.

A la película "Sin novedad en el frente", editada por la compañía cinematográfica Universal, se le declaró la mejor producción del año, y a Lewis Milestone que con acierto manejara el megáfono durante la impresión del film victorioso, le correspondió la distinción de ser votado el mejor director del año.

A Frances Marion, la excéntrica y exuberante escritora, que con cada historia que escribe para la pantalla hace de la obra un "box-office hit", le correspondió el primer premio por su argumento cinematográfico titulado "The Big House".

A los "camaramen", Willard Vanderveer y Joseph Buckner, les fueron adjudicados el primer premio por la perfección y arte fotográfico, por sus tra-

bajos de la película que por título lleva el nombre de "Con Byrd en el Polo Sur".

★
GRETA Garbo reanudará su actividad histriónica frente a las cámaras en la historia cinematográfica a titularse "Mata Hari", argumento que hasta hace unos días debía servir para el debut cinematográfico de la actriz alemana Marlene Dietrich, con Joseph Stromberg de director. La estrella y el director teutónicos, junto con la colaboración artística de Gary Cooper y Adolfo Menjou, acaban de terminar el rodaje de "Deshonestos", que es el mismo asunto de espionaje y trágico en que la bailarina Mata Hari fuera la protagonista. Pues entonces tendremos dos versiones sobre el mismo tema, interpretados por dos celebridades del lienzo, que harán hasta lo imposible por superarse en la caracterización de la bailarina javanesa.

★
EL padre soltero, uno de los últimos éxitos teatrales del veterano empresario David Belasco, ha sido adaptado a la pantalla, e iniciado el rodaje en el "lot" de Culver

City, con Marion Davies en el papel principal femenino. Ralph Forbes, David Torrence, Nina Quartero, Quinn Williams, Doris Lloyd y Raymond Milland, completan el cuadro artístico que encabeza la admirada "comedienne" de la sábana plateada californiana.

★
MONSIEUR Yves Mirande, autor francés que acaba de ser contratado por la compañía Metro Goldwyn Mayer, es esperado en estos días en Culver City, donde ha de dar comienzo a sus tareas de adaptador, escritor, supervisor, etc., tan pronto como llegue.

Yves Mirande es uno de los más prolíficos y populares autores teatrales continentales. Sesenta de sus obras han sido puestas en escena en Francia en los últimos veinticinco años. Su obra que alcanzó más éxito en los Estados Unidos lo mismo que en el extranjero fué The Temperamental Journey.

Monsieur Mirande ha sido, entre otras cosas, político prominente y admirado periodista, habiendo llegado a desempeñar con Clemenceau el cargo de ministro del Interior.



"Raffles" en cinematógrafo: una escena de la obra famosa interpretada por Ronald Colman y John Rogers



GLOSAS DE NUEVA YORK

(Continuación de la pág. 18)

sin igual entre las grandes capitales del mundo. Gracias a los rascacielos, Nueva York tiene imagen característica y un semblante de coloso energético y adusto. Porque esta arquitectura de cubos y planos, de ángulos simétricos y de largas líneas verticales, tiene significación especial en el arte de nuestros días y parece formada, sin duda, por espíritus utilitarios y ambiciosos. Los rascacielos neoyorquinos son el ropaje rígido de un pueblo cuyo espíritu se congestiona en la atmósfera pesada de la especulación, el agio y las usuras. Caminando por las avenidas del centro, los edificios parecen mirarnos con estupor, abiertas las pupilas vidriosas de sus innumerables ventanales. Somos tan insignificantes y diminutos en esta vorágine de actividad, ruidos y movimientos, que casi puede decirse que carecemos de realidad tangible entre los gigantescos colosos de cemento y piedra que nos abruma con su enorme volumen.

En campo abierto, todo ser humano posee en mayor o menor grado los elementos de la naturaleza. Su vista puede recrearse en plácidos horizontes floridos. Le pertenece el sol y el aire y goza gratuitamente del espectáculo siempre variado y deleitable del cielo y de las nubes. En Nueva York ha sido necesario dominar con dinero las ambiciones posesivas del hombre que limitaba con su propiedad el dominio colectivo del sol y el aire de los cielos. Una casa de cinco pisos dominaba las perspectivas hace cincuenta años. Hoy deben tener cuarenta o sesenta para vislumbrar las extensiones grises del Hudson y los espacios neblinosos de la lejanía.

Estos rascacielos de Nueva York son estuches donde fermenta la voluntad del pueblo. Las fachadas responden a los más diversos estilos y sus muros se aíslan en angostos y tajantes espacios donde la claridad y el aire se concentran. En el interior de estos muros trabaja la multitud de ambos sexos y todo está científicamente ordenado para que la actividad humana rinda el máximo con relación al esfuerzo y la iniciativa. Los monumentales rascacielos son los que más acabadamente representan el arte de la joven América y los que más visiblemente señalan su riqueza y su poderío. De día imponen por su magnitud y de noche deslumbran y sorprenden y nos dominan con su fantástico y fascinante lenguaje de reflejos.

Poseídos por el encanto abrumador de tales construcciones, debemos reconocer que ellas se justifican por la necesidad corporativa de los millones de seres que cada día afluyen al centro de la urbe, utilizando los trenes aéreos, subterráneos, ómnibus y automóviles, que en vertiginoso ir y venir cruzan todos los obstáculos del suelo y del subsuelo.

¿Dominarán el mundo estos especuladores de la sombra, estos creadores de energía, estos artifices de la belleza desproporcionada y monstruosa? Los rascacielos nos advierten con respecto a su capacidad y a las posibilidades de su genio. Son la base de cemento donde descansa su grandeza. En ellos está actualmente imantada la atención del universo, que los ve crecer y superarse en compactos y desiguales grupos. La fuerza material que define por mares, pueblos y continentes. Encierran el poderío y el oro, pero el poseedor de estos factores de la vida contemporánea, diríase que carece de otras posibilidades. El mundo espiritual está todavía lejos de su dominio. Por la verticalidad de los rascacielos no alcanzará la gloria. No alcanzará siquiera el reino de las nubes.



VISITA AL GRAN PIANISTA PLANTE

LEVABA diez años sin verle. Y él me escribió: "Venga usted. Tengo 92 años. Ya verá usted cómo he hecho progresos".

Nuestro último encuentro había tenido efecto en Dax, donde yo me curaba después de la guerra. Harto de aplausos, desde hace largos años M. Planté ya no abandonaba su país de las Landas, pero daba a veces magníficos conciertos de caridad que atraían a la gente desde todos los rincones de la región.

M. Planté me telefoneó a Dax: "Iré para dar un concierto a Vd. sola". La cosa fue misteriosa y sublime. Llegó en tren, acompañado por un criado. Yo estaba en la estación. Me condujo a una hermosa "villa" completamente cerrada y de la cual se encontraban ausentes los dueños. El tenía la llave. Hizo abrir las persianas de un gran salón revestido de tapicerías y adornado con retratos antiguos. Un piano de cola ocupaba un ángulo. El criado sacó de una maleta una chaqueta de franela blanca que el maestro se enfundó cómodamente. Después, frotándose las manos, con los ojos y la sonrisa resplandecientes de satisfacción, me hizo sentar cerca de él, según acostumbra. Y durante toda la tarde estuvo tocando. Tocaba bajo una inspiración desbordante y triunfal, y una generosidad sin fin. Tocaba bajo el imperio de un Dios. Nunca olvidaré las profundidades y las sonoridades del Chopin de aquel día. ¡Qué embriaguez de la sensibilidad!

Diez años han pasado y me escribe: "¡He hecho progresos!"

Pues no hubo nunca más escrupulosa conciencia artística que la suya. El trabajo ha llenado verdaderamente esa existencia y ha dilatado su genio. M. Planté dio su primer concierto a los cinco años. Con un noble orgullo pudo decirme el miércoles pasado:

—Durante 87 años he trabajado diez horas por día".

La casa solariega de ese gran hombre está en Mont-de-Marsan, pero desde hace una treintena de años habita con predilección una vieja residencia de las Landas, situada a veinte kilómetros de allí, en medio de un hermoso dominio enclavado en el bosque de pinos. M. Planté se encuentra en su verdadero clima en Saint-Avit. Gran cazador, ha corrido mucho por los campos de su propiedad, donde todavía se le ocurre a veces tirar a un conejo. Tiernamente amado y respetado por los suyos, suele verse rodeado de niños grandes y chicos, pero cuando yo fui a St. Avit el otro día, estaba solo con su solícita secretaria. Llegó hasta mí con paso vivo y con la más amable de sus sonrisas, parecido a sí mismo, cubriendo con un gorro blanco su

hermosa cabeza de bearnés, un poco blanquecina, pero con los hombros tan rectos, la mirada tan clara, el busto tan ágil, la palabra tan amable como nunca. Esta gran vejez, sin tristeza y sin enfermedades, me hacía recordar otra con la que podía compararse. También en su caso una labor inmensa había desafiado al tiempo, sostenido y conservado el genio. Me sentía muy emocionada de volver a encontrar a este gran hombre. Me arrastró en seguida hasta el piano y repitió su frase admirable: "Va usted a ver cómo hago progresos".

Era verdad. Ciertamente increíble, pero, a pesar de ello, verdad.

Sus manos hermosas y finas, con la piel seca y transparente, poseen un poder más majestuoso, más categórico y más persuasivo que parece residir en las palmas, mientras que los dedos, más ágiles y más ligeros que los de un hombre joven, realizan escalas inauditas.

Llega la hora del almuerzo a interrumpirnos. Encontré al comedor revestido de admirables lozas hispano-árabes, cuya historia está mezclada con la de España. ¿Se sabe en Buenos Aires, donde Francia es tan conocida, que el país de las Landas tiene gran renombre en materia de cocina? Es la patria de los "foie-gras", de los "confites" de oca, de tantas otras golosinas. Las legumbres tiernas, los frutos de calidad abundan en esa región, y únicamente mi incompetencia me impide hablar de los vinos.

M. Planté se conserva "gourmand", como en sus buenos tiempos. Ya he dicho que por haber sido un niño prodigio dio su primer concierto a los cinco años. Para festejar esta solemnidad se celebró aquel día un gran almuerzo en casa de sus padres. Su maestra de piano, la señora de St. Aubert, presidía y él estaba sentado cerca. Ella le vigilaba estrechamente y cuando sirvieron un plato de carne, que el niño había visto en la cocina, y sobre el que había concebido grandes esperanzas, la señora de St. Aubert extendió una mano prohibitiva, diciéndole: —No; es demasiado y tienes que tocar esta noche.

M. Planté no ha olvidado nunca la amargura de aquella primera lección de sacrificio artístico. Quizá ni siquiera se la ha perdonado completamente a aquella dama imponente, célebre profesora del tiempo de Luis Felipe, de quien posee un gran retrato en el salón de Mont-de-Marsan.

La cocinera de M. Planté posee todas las tradiciones que han perpetuado las antiguas modas de la buena mesa francesa.

Todo lo que nos sirvieron tenía un gusto, un perfume del terruño, que no puede definirse ni comprenderse si no se le ha tenido entre la lengua y el paladar. El dueño de "casa" se sentía perfectamente feliz y se servía muy bien él mismo, dándome parte, empero, de aquello que juzgaba lo mejor.

Después del festín fuimos a sentarnos a la sombra de un círculo de tilos muy viejos, en medio de ricas praderas cubiertas de grandes hierbas floridas que no habían sido aún segadas. Los pájaros de junio, tan cercanos aun de los cantores de mayo, descansaban de los vuelos matinales bajo el calor del mediodía, pero los insectos volaban y zumbaban como en pleno verano. En el centro del bosque de pinos, severo y monótono, el parque contiene árboles de todas clases. Algunos de ellos son especies raras y magníficas. M. Planté encontró allí algunos muy viejos, trajo otros y yo pensaba cuán hermoso era que ese lugar perteneciese a la música y a la poesía.

Hicimos alto en un banco y los nombres amados vinieron a mis labios:

—¿Conoció usted a Chopin?

—Sí, tenía 19 años cuando murió. Su muerte causó en París profunda sensación. La condesa Czartoryska, que había cantado, George Sand que no llegó, todo me emocionaba. Vi a mi padre vestirse para ir al entierro.

Quise seguirle, pero me dijo: "No, quédate; tienes que trabajar".

—¿Y Liszt, maestro?

—Oh, Liszt era el ser más noble y más hermoso que haya existido! Estuvimos muy unidos. Le mostraré luego un buen retrato de él. Un retrato de su vejez. He regalado otro que adoraba, el de un Liszt joven, al museo del Conservatorio de París. El amable secretario general, M. Chantavoines, se lo enseñará a usted.

—¿Conoció usted a la condesa de Agoult?

Con voz vacilante, con precauciones, M. Planté respondió:

—Sí, sí... Era una mujer... complicada...

—¡Ah! y yo que la creía tan seductora! ¿Eso es todo lo que usted me dice de ella?

—...

—Y a Wagner, ¿le vio usted?

—Le he visto una sola vez. Una dama de la sociedad había preparado un concierto en el que yo debía tocar. Esperamos durante largo tiempo a Wagner, que no llegaba. Tuviémos que resolvernos a comenzar sin él. Estaba ante el piano cuando un criado torpe hizo gran ruido al abrir de par en par las puertas, para que entrara un retrasado. Era Wagner. Entró pisando sonoramente. Estaba justamente frente a él y le vi detenerse de repente, mirándome y después cerrar la puerta con grandes precauciones.

Luego hablamos de Mozart, "el gran fundador de la música", como dice M. Planté. Hablamos de los pianistas contemporáneos. M. Planté menciona con admiración a Ettlin y a Cortot. Habla de sus alumnos y de sus discípulos con tiernos elogios. Los que no le gustan los calla, con gran benevolencia. Entre los compositores modernos prefiere, indudablemente, a Debussy, que interpreta con una musicalidad encantadora, a Albéniz y a Falla. Admiro que haya podido seguir en su forma actual a un arte tan diferente del arte de los románticos y los clásicos, a los cuales consagró toda su vida.

Pero se levanta y me conduce hacia la casa. La música le llama y yo le sigo fervorosamente.

Volvemos a hallarnos en el gran salón, donde M. Planté pasa sus días desde hace años. Ha hecho de él un gabinete de trabajo, o, mejor diríamos, un estudio lleno de alma. Dos pianos Erard, uno de cola y otro vertical, forman el centro de todo. Por todas partes se acumulan papeles, cuadernos de música, a pesar de la guerra sonriente que le hace la amable secretaria, que los recoge sin tregua para volverlos a su lugar en los armarios respectivos. Las paredes están cubiertas de retratos. Los muebles son antiguos y seductores, algunos muy bellos, pero lo más curioso es, sin duda, un taburete que el padre del pequeño virtuoso, muy buen músico a su vez, inventó e hizo fabricar para su Francis, cuando éste era demasiado chico aun para alcanzar los pedales.

El maestro se sienta ante el piano de cola y vuelve a Chopin. Da a los "Estudios" un título que guía su inspiración. Uno es "La fuente", otro "El concierto de los ángeles", y yo me siento arrastrada fuera del mundo, entre cumbres y volcanes, por un genio divino. Madame de Noailles interviene, como es debido, en este raptoso patético, y yo mezclo sus versos a las sublimes armonías; aquellos que empiezan:

Chopin, votre voi qui reproche
[et réclame]
Continue un peuple affamé
[répand dans nos âmes...]

MADELEINE CLEMENCEAU JACQUEMAIRE

(Para LA NACION) PARIS, noviembre de 1930.



LECTURAS INFANTILES

El enemigo de los animales

ILUSTRACION DE J. C. HIVERGO

HACE muchísimos años un pavo real, temiendo que la belleza de su esposa tentara a algún vecino, resolvió vivir con ella en una isla desierta, situada mar adentro, a buena distancia de la costa. Un día que paseaban juntos gozando de la vegetación de la isla, vieron que se acercaba volando un ganso el cual, al poner pie a tierra, se puso a temblar con todas sus plumas, implorando protección.

—¡Tranquilízate!— exclamó la pava. Nadie te hará daño alguno en esta isla desierta y encontrarás en nosotros una familia cariñosa.

Viendo que el desgraciado animal miraba aún con temor hacia el lado de donde había venido, la pava preguntó, curiosa:

—Dinos que te ha pasado para estar en semejante estado.

—¡Tiembo todavía por lo que me acaba de suceder!— respondió el ganso— y del terror que me inspira el hijo de Adán. ¡Que el Señor nos guarde de él! Pero voy a contarte lo que ha pasado.

Dormía tranquilamente con mi cabeza debajo de un ala, cuando soñé que se presentaba un hijo de Adán queriendo entablar relación conmigo. Iba ya a responder a sus palabras cuando sentí una voz que me decía: "Cuidado, ganso; desconfía de Ibn-Adam, recuerda que su perfidia no tiene límites, que él sabe atraer a los peces desde el fondo de los mares, y hasta las águilas que vuelan cerca de las nubes; que vence al mismo elefante, arrancándole sus colmillos para hacerse utensilios. ¡Hay ganso, huye!

Alargando mi cuello lo más que pude, eché a volar y anduve errando sin atreverme a bajar en ninguna parte, hasta que la sed y el cansancio me obligaron a hacerlo cerca de una caverna en la que se encontraba un cachorro de león, que al verme me llamó cariñosamente invitándome a conversar con él.

Al saber lo que había pasado, me declaró que su padre le había puesto también en guardia contra ese mismo enemigo, pero que aun no había tenido ocasión de encontrarse con él.

Al oír esto exclamé:

—No. ¡No puede haber duda alguna! Es a ti, hijo del sultán de los animales, a quien corresponde matar a ese terrible enemigo. ¡Haciéndolo, tu fama llegará a oídos de todos los animales que viven en esta tierra!

A fuerza de elocuencia logré convencer al joven león, que se puso en marcha en busca del enemigo común. Durante un tiempo anduvimos por el monte, hasta que vimos un burro, que

corría haciendo gambetas, tirándose de vez en cuando sobre el suelo con sus patas para arriba.

El león, que no conocía a los otros animales, pues sus padres le habían prohibido salir hasta entonces de su cueva, quedó asombrado al ver al borracho y acercándose a él le preguntó su nombre y lo que hacía.

—Soy un burro— respondió el interrogado—. Soy un esclavo tuyo, sultán de los animales, y vengo huyendo del hijo de Adán.

—¿Cómo? ¿Con semejante tamaño tú también le temes?— exclamó el león.

—¡Ah! ¡Cómo se ve que no conoces a ese malhechor!— respondió el asno—. Si yo le temo, no es porque él quiera mi muerte. ¡No! ¡Mil veces peor! Se apodera de nosotros, que le servimos de montura mientras somos jóvenes y fuertes, coloca sobre nuestros lomos toda clase de pesadas cargas, ciñe nuestras panzas con una cosa que llama cinchas y por fin, introduce en nuestra boca un pedazo de hierro que corta nuestra lengua y que se llama freno. Luego nos castiga y nos pincha para que corramos más ligero y nos dice toda clase de insultos. Cuando nos volvemos viejos, nos deja morir de hambre, si no hemos sucumbido antes en el trabajo y los perros se apoderan de nuestros despojos. ¡Hay acaso en el mundo maldad comparable a la suya?...

Diciendo esto, el asno emprendió la carrera, pero el león le gritó que quedara en compañía suya, pues estaba dispuesto a exterminar a ese temible enemigo.

—Prefiero no correr el riesgo de volver a verlo—, repuso el asno—, y hacer que medie entre nosotros la mayor distancia posible. Pero ten cuidado que creo anda rondando por allí.

No habían pasado unos minutos cuando apareció un hermoso caballo. El joven león al verlo tan gracioso y ágil, no pudo retener su admiración y le preguntó quién era.

—Soy un caballo, de la especie de los caballos y vengo huyendo del hijo de Adán.

—¡Deberías tener vergüenza de decir semejante cosa!— exclamó el león—. ¡Con tu fuerza y tu agilidad! ¡Cuando de una sola patada puedes deshacer a tu enemigo! ¡Mirame! Pequeño como soy, he prometido a este pobre ganso exterminarlo, comiéndolo entero para que cese el terror de todos los animales.

—¡Abandona semejantes pretensiones!— exclamó el caballo—. No te hagas ilusiones en cuanto a mi fuerza y mi poder. Todo eso resulta inútil ante la astucia de esa fiera. Cuando

caigo en su poder, hace de mí lo que quiere. Atándome las patas consigue montarse sobre mí y por más que trato de defenderme, acaba por domarme, obligándome luego a hacer toda clase de trabajos para su beneficio particular. A medida que voy perdiendo la fuerza él encuentra diferentes ocupaciones en que emplearme, hasta que cuando ya no me queda más que los huesos y el cuero, me deja morir, aprovechando después hasta mis despojos.

—¡Es absolutamente indispensable destruir a esa alimaña!— exclamó el león indignado.—¡Dime dónde se encuentra y juro matarle por mi honor!

—Hace poco que le he visto corriendo tras de mí ¡no tardará en aparecer!— respondió el caballo.

Al sentir un ruido dimos vuelta, convencidos que era él mismo que se acercaba, pero vimos luego con sorpresa que se trataba de un camello que corría lo más ligero que le permitían sus patas.

Al ver un animal tan enorme, el león quedó convencido de que se trataba del hijo de Adán y sin más ni más se lanzó sobre él. Estaba ya a punto de hacerlo morir, cuando oyó los gritos nuestros, advirtiéndole que no se trataba del enemigo terrible sino de un camello, el más inofensivo de los animales, que seguramente huía también del enemigo.

—¿Cómo, tú también?— preguntó asombrado el león. ¿Tú temes a ese dichoso ser? ¡Pero para qué te sirven semejantes patas, si no es para aplastarle la cabeza!

—Mira mis narices— dijo entonces el camello—. Sangran aún por los anillos que ese terrible ser me coloca atando luego una cuerda, gracias a la cual me maneja como a una criatura. Mira mi lomo, todo contrahecho por las terribles cargas que me obliga a transportar por la arena y las rocas del desierto. Mira mis patas, torcidas y callosas por las interminables marchas. Así se sirve de mí mientras soy joven, y cuando mis fuerzas me abandonan, me mata para vender mi carne, mi cuero y mi pelo.

Terrible fué el mugido del león al oír estas palabras.

—¿Dónde está el canalla!— gritó—. ¡Quiero matarlo! No te alejes, ya verás cómo terminarán ahora sus crueldades.

En eso apareció un ser diminuto y ruin, con aire astuto, que llevaba sobre sus hombros una canasta llena de utensilios de carpintería, y sobre su cabeza, ocho tablas de madera.

Al verlo, tuve un miedo tan espantoso, que caí sin conocimiento, sin que me fuera posible advertir a mi joven amigo, del terrible peligro que corría.

En cuanto al león, muy divertido con

el aspecto ridículo del recién venido, se acercó a él para examinarlo. El carpintero se echó a tierra y le dijo con voz muy suave:

—¡Oh! poderoso rey, lleno de gloria, que ocupas el primer puesto en la creación, pido al Creador aumente aún tu poder, tu fuerza y tus virtudes! Yo soy un desgraciado que vengo a pedirte ayuda contra mis enemigos!

—¿Quién te oprime?— preguntó el joven león, lleno de compasión. Quién eres, que pareces el más elocuente de los animales, a pesar de ser el más feo.

—Soy un humilde carpintero y mi enemigo es el hijo de Adán. ¡Ah! señor león, el Todopoderoso te libre de sus perfidias. Desde el alba me obliga a trabajar para él, sin pagármelo jamás. Por lo tanto, me he escapado lejos de las ciudades donde él habita. Viene siguiendo mis pasos, pues quiere obligarme a que siga construyéndole sus casas, pero yo me dirijo a la montaña donde se encuentra el leopardo, príncipe de los animales, que me pide que construya una jaula segura, a fin de resistir a los ataques del monstruo.

Al oír esto el león exclamó fuera de sí:

—¡Es el colmo de la insolencia la del príncipe de los animales, pretender que se haga su jaula antes que al rey! ¡No faltaría otra cosa! Pon aquí tus tablas y comienza inmediatamente a hacer mi propia choza. ¡Que espere el leopardo!

El león no quiso oír las súplicas del carpintero, que le rogaba permitiera cumplir antes con su palabra dada, y se dejó tomar las medidas para la jaula, que debía tener para mayor seguridad una sola entrada.

En realidad, el carpintero hizo a ésta tan estrecha que el león protestó, pero siguiendo los consejos del artista, se agachó para poder entrar en ella.

No tardó el carpintero en tapar la entrada clavándola fuertemente. Cuando el león quiso dar vuelta en ella se pinchó con los clavos que salían por todas partes y exclamó:

—¡Qué significa esta jaula tan estrecha!

El hombre se echó entonces a reír, diciendo:

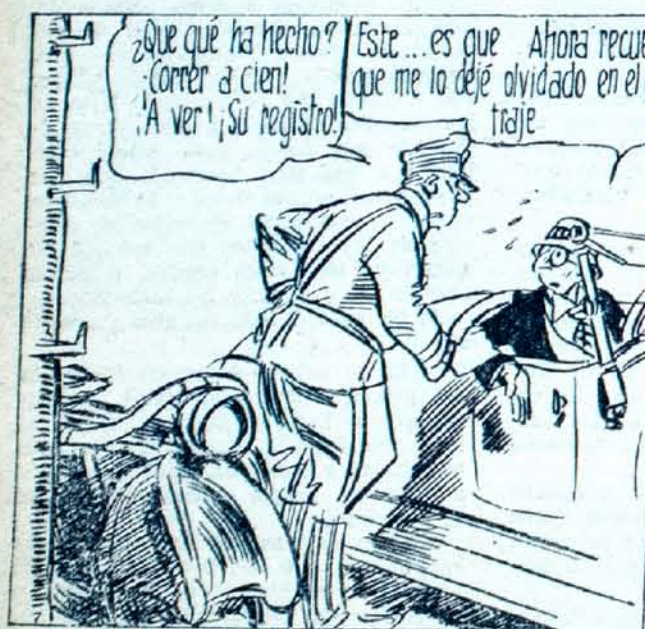
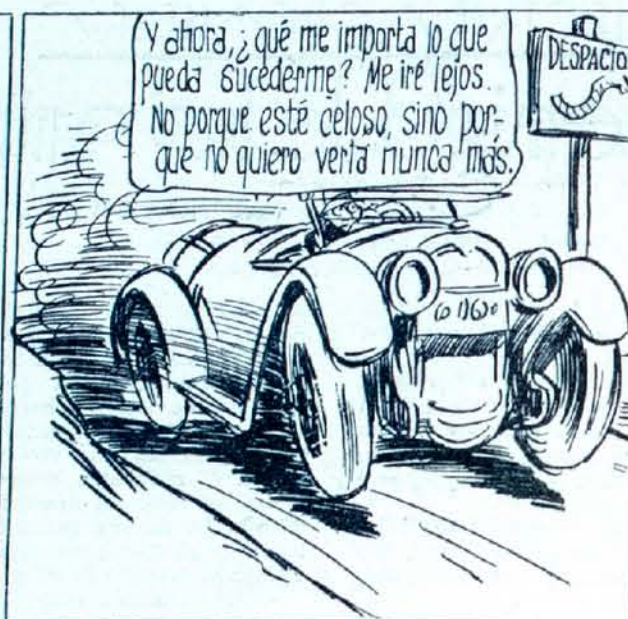
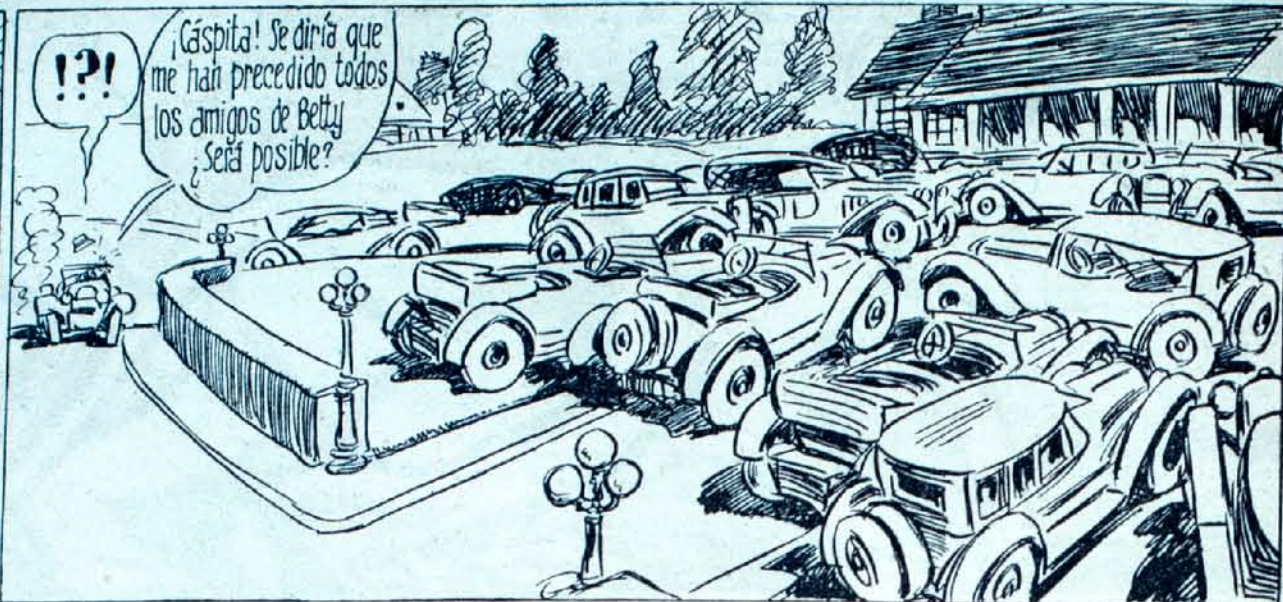
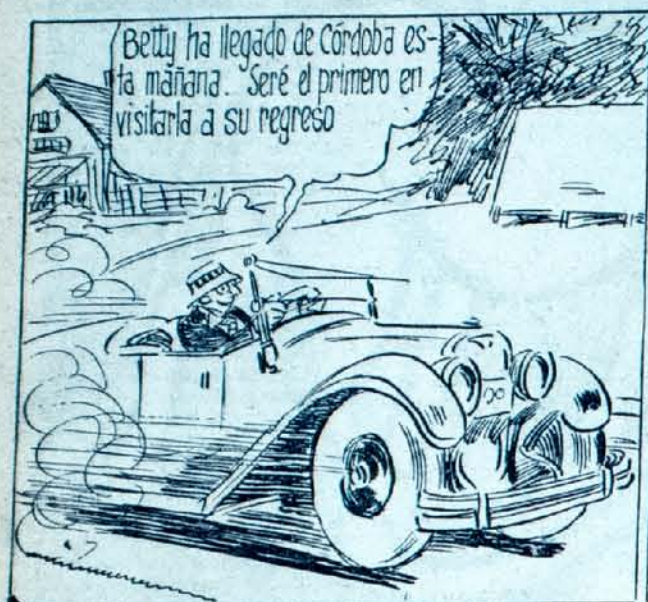
—Esas son las puntas del hijo de Adán. Es bueno que aprendas, que a pesar de mi fealdad y de mi debilidad, puedo dominar a la fuerza y a la belleza.

Entonces, encendiendo una antorcha, quemó vivo a mi desgraciado compañero, que murió en los más atroces dolores.

Comprenderán ahora que mis temores son justos y que no hay lugar en la tierra donde no pueda aparecer el peor de los enemigos: el hijo de Adán.

Betty POR CEA Voight

EL MOTIVO VERDADERO





OCHE obscura en una región de Siria infestada de ladrones, durante la revolución. Con un revolver en cada mano me apelo-tono en un rincón del asiento trasero del veloz automóvil. En el pescante, junto al conductor, un hombre con un rifle. Detrás del conductor otro rifle. Hemos perdido el convoy. Un tiro en la oscuridad. El estampido de un revolver. El conductor acelera hasta el máximo, gruñendo un "váyaase a...". Aventura.

Desamparados en el "Graf Zeppelin" averiado, suspendido incertamente sobre el océano. El oficial de la radio telegrafía, repiquetea el S. O. S.

Despreocupada de las advertencias acerca de los peligros de la selva obscura, partí a media noche de Angkor Wat a Saigon para alcanzar el barco. A una velocidad terrorífica el automóvil trepida en el abrupto camino que atraviesa la selva camboyana. Nuestro "busca huellas", delinea senderos en la negrura de la noche sin luna. De pronto una forma ágil emerge de las espesas tinieblas, tumbando casi el automóvil. "Tigre, tigre", gime el chauffeur indigena.

La bíblica calle denominada "Estrecha", en Damasco, bombardeada atrocemente por los franceses. Esforzadas tentativas de reanudar la vida normal, de reabrir ferias, tiendas y mercados. La población se afana furtivamente en sus negocios. La puerta de hierro de un banco primitivo se cierra violentamente a mi paso. Otras cien puertas semejantes se cierran al unísono.

Hassan Kharrat, el temerario Robin Hood oriental, seguido de un puñado de hombres, acaba de arrollar a los centinelas franceses y ahora irrumpió a través de la ciudad, montando en su caballo blanco y descargando su pistola a diestro y siniestro. Apenas tengo tiempo de atisbar su silueta magnífica y ya ha desaparecido.

La dramática partida del Graf Zeppelin para el largo y nunca hasta entonces intentado vuelo sobre la Siberia misteriosa. La aeronave repleta de combustibles, equipajes, pasajeros y también armas y municiones. "Por si acaso...". Un famoso oficial alemán me entrega un paquete. —Morfina— murmura sigilosamente —lo suficiente para todos ustedes; tal vez la necesiten.

En estos últimos años he poblado mi vida con un número de aventuras que sobrepasa la fantasía de la gente novelera. He tratado en la vida real a mayor número de aventureros sorprendentes que los que esa gente conoce a través de la ficción.

Disraeli dijo: "El fruto del árbol de la sabiduría ha sido arrancado, y es Las aventuras para los aventureros".

Desde niña he confiado en las estupendas posibilidades de la aventura. Como, cuándo y dónde pueda ocurrir, he ahí el secreto de mis sueños. Diez años de viajes constantes, seis de periodismo, me han proporcionado la gloria de la aventura, la seducción de actuar en los entretelones de los asuntos mundiales.

Mi vocación me ha llevado hasta los tronos de los reyes, los palacios de los dictadores, los bufetes de diplomáticos, los salones de esa misteriosa hermandad de las "femmes politiques", los "boudoirs" de esos prototipos vivientes de las heroínas de Phillip Oppenheim. Extrañas figuras han sido mis compañeros de un momento, personalidades nobles o siniestras, de paz y de guerra, pilares de la civilización o desechos del hampa. En casi todos los países he contemplado ese "gran juego" en que la vida humana, el honor, el destino de una nación son como fichas tiradas al azar. Cabildeos y conspiraciones de negros, blancos y amarillos, agitación efervescente, intrigas, revolución y caos en aras de la evolución.

Esta es la edad de la aventura. Aventura de osadía y de triunfo, de emoción y heroísmo.

Vivimos la época más sensacional de la historia del mundo que este viejo globo haya tenido que soportar.

SOBRE LA AVENTURA

(I)

Por Lady Grace Drummond Hay

(Para LA NACION)
LONDRES, noviembre de 1939

ción con una pistola en cada mano.

La China turbulenta también tiene una mujer "Robin Hood", caudillo de un ejército de millares de bandidos que recientemente devastaron el Honan Septentrional. Es la viuda de Chang, denominada por sus partidarios y secuaces el "mariscal" Chang. Medio loca en un principio por el asesinato de su marido por unos bandidos, la viuda Chang organizó un pequeño grupo de hombres al margen de la ley, que pronto se convirtió en uno de los "gangs" más temidos y poderosos de Honan. Todos los esfuerzos del Gobierno para someterla o capturarla han resultado inútiles. Se cree inmune contra las balas, incita a sus hombres al combate y proclama la lucha del pobre contra el rico.

La novela "Beau Geste" ini-

La risa del mar

Aquella noche se rió el mar
con su hirviente risa de espumas.
Hostigaba el viento su afán
con la caricia de su mano ruda.
Sobre el ríspido lomo del monstruo
cabalgaban su loco deseo las olas
borrachas de luna
que las embriagaba con su injuriosa sonrisita pálida.

Y el mar se reía
gozando en su vientre repleto
la danza macabra
de una bella dama y un gallardo príncipe
que en la tarde ociosa
se había engullido para divertirse.

Luis Echávarri

ció a muchos en los fantásticos misterios de la "Legión extranjera". Pero la realidad es aún más extraña y más romántica que la ficción en lo que concierne a la famosa "Legión de los perdidos", cuerpo sin nombre, formado por los más desesperados y atrevidos aventureros del mundo.

Los legionarios extranjeros estaban en lucha con las tribus rebeldes de las regiones más ardientes de Marruecos mientras yo pasaba un tiempo en el campamento del general Primo de Rivera durante la guerra franco española contra los rifeños.

Los encontré de nuevo en Siria, batiéndose contra las espaldas devoradoras de los fanáticos drusos. Luego los vi montando los fuertes del Sahara humano que atravesó el pasado otoño. Ningún sacrificio, ninguna privación o constante exposición al peligro puede sumirlos individualmente en la mediana vulgar.

Tomemos el caso de Joseph Klemms, afortunado soldado alemán, que desertó de la legión para unirse al caudillo rifeño rebelde Abd El Krim. Acogido al principio con sospechas, considerado un espía, Klemms tardó largos meses en convencer a Abd El Krim de su buena fe. Una vez revelada su lealtad y reconocido su talento, este legionario se convirtió, tras dos años de prueba, en jefe de operaciones, ministro de asuntos extranjeros, y jefe de la propaganda periodística. Organizó la artillería del Riff, trazó el mapa del país, dispuso la provisión de armas y municiones para los rebeldes de los baluartes montañosos. Después de la capitulación de Abd El Krim, Klemms huyó a las montañas, pero fue capturado. Ahora desgrana las monótonas horas de su destierro en la "Isla del Diablo".

El barón Winfried von Gfug-Gassendorf, aventurero inveterado, es otro legionario que de-

sertó en favor de los rifeños, para convertirse en "instructor general" de Abd-el-Muhamet primero y luego de su hijo Abd El Krim. Después de una carrera extraordinaria que no pudo, sin embargo, satisfacer su sed de emociones, el barón se incorporó a la Legión Extranjera en 1911.

Este fué su aprendizaje para desempeñar después altos puestos entre los rifeños rebeldes. Capturado, condenado, indultado por demente, el barón von Gfug-Gassendorf se reintegró a sus actividades durante la guerra. Su carrera excepcional remató dos semanas atrás ante un tribunal judicial de Berlín donde se lo acusaba de estafa.

Entre mis amigos personales se encuentran tantos aventureros empeñados en toda clase de empresas, que me siento inclinada a creer que millones y millones de personas no han conocido nunca un aventurero más inofensivo, y que las biografías de la mitad de mis amigos proporcionarían temas para multitud de novelas sensacionales.

La del coronel Charles Sweeney, por ejemplo, norteamericano, de la Legión Extranjera, soldado de fortuna, revolucionario que tomó parte en una docena de revueltas en Venezuela, Costa Rica y otros países sud y centroamericanos, antes de entrar a la legión francesa de "Los perdidos".

Comandaba la escuadrilla de aviadores americanos durante la guerra franco-española contra los rifeños y fué nombrado "Pasha" por el sultán de Marruecos.

"Charlie" Sweeney vive en París, aunque es difícil asignar un nido a esta clase de aves de paso. Se enorgullece de usar el mismo sombrero desde hace años y años.

Poco importa la clase de traje que lleve: su chambergo maltrecho y raído corona siempre su cuidada elegancia.

Todos los restaurantes de París conocen este sombrero — suele decir.

Caminando con él en París intercepto las furtivas miradas que los policías dirigen al sombrero.

No importa—me dice Charlie—. Ya lo conocen; lo que quieren es cerciorarse de si está en la cabeza de su dueño.

Otro amigo mío, cuyo nombre romántico está de acuerdo con su carrera pintoresca, es el coronel Haroun el Raschid bey, atrevido oficial alemán que, adoptado por una familia turca, tomó su nombre y su nacionalidad. El coronel fué en un principio aviador de guerra, y luego oficial del estado mayor de Enver Pasha y del general Liman von Sanders, como inspector general de la artillería.

Su actuación diplomática en Oriente supera a cualquier novela.

Pocos tienen noticia de la asombrosa carrera, antes, durante y después de la guerra, de Karl von Wiegand, famoso corresponsal político. No es fácil conciliar la idea de esta grave y enigmática personalidad con la de un "cowboy" de Buffalo Bill. Sin embargo, como tal se desempeñó durante la guerra, y prosiguió su carrera en revoluciones, complotos, y recientemente, en el aire. En 1919 logró "robar" el zeppelin L-72, más tarde el "Dixmude" porque lo quería para los Estados Unidos y no para Francia.

El príncipe Valerio Pignatelli en Roma, que ha tenido veleidades de monje, de soldado, de diplomático, de revolucionario, de buscador de tesoros, y ahora de periodista, es otro de mis amigos interesantes. Descendiente directo de Hernán Cortés, que destruyó el imperio azteca de Moctezuma poco después del descubrimiento de América, se considera heredero de los vastos estados que en Méjico poseyera

su abuelo conquistador. Nunca me la cansado oírle narrar sus atrevidas tentativas para recuperar su fortuna, que le llevaron hasta tramar una revolución contra el gobierno mejicano, poco dispuesto a reconocer sus "derechos". Vencido, huyó a California, donde se hizo periodista, y ahora es corresponsal de un grupo de diarios americanos en Roma.

El periodismo y el aire, creo que son los dos terrenos más fértiles para las aventuras espectaculares. Al corresponsal periodístico emprendedor, ningún peligro, ninguna emoción, ninguna experiencia le está negada ni tiene inclinación por la aventura. Todos los corresponsales que conozco se quejan de que el trabajo es duro para ellos y la vida monótona. Acepto lo del trabajo duro, pero la monotonía de sus vidas es sólo la familiaridad que han adquirido con los acontecimientos caledoscópicos. Los miembros de esta fraternidad han gozado las maravillosas experiencias personales de fantásticas odiseas, han penetrado en los entretelones de revoluciones, golpes de Estado, tratados secretos, intrigas internacionales; se han arriesgado para frustrar la censura o ingeniado para cumplir sus misiones secretas. Soslayar peligros inminentes y constantes; exponerse a todos los riesgos, a las locas carreras en automóvil y ahora en aeroplano; aguzar la sutileza en el espionaje; he ahí la ocupación diaria del periodista que se propone "descubrir la verdad del asunto".

A aquellos que declaran que la juventud moderna es "anémica" y que los días de sangre y trueno se han ido para siempre, yo les recordaría las hazañas de nuestro coronel Lawrence en Arabia, su vida casi legendaria, la del comandante Byrd, Sir Douglas Mawson, Sir Hubert Wilkins, Rosita Forbes, Lady Dorothy Mills, Mrs. Crecy-Marcks, el comodoro Samson. Les recordaría también a mis amigos el coronel Duncan McCallum y de su esposa Mrs. McCallum, que realizaron el viaje de Pekín a Londres en automóvil. Estuve en la recepción de despedida que se les ofreció en Pekín antes de partir, los alcancé después en Malaya, e hice más tarde con ellos la travesía de Burma a Calcuta durante el ataque de "dengue" que sufrió el coronel. Entonces me di cuenta de la magnitud de su empresa.

En Pekín escuché de labios del protagonista las asombrosas aventuras de Roy Chapman Andrews, explorador del desierto de Gobi; de Erich von Salzmann, oficial alemán que fué a caballo desde Pekín al Turquestán.

Mientras me conducía a través del estrecho sendero que cruza la selva virgen de Darjeeling, al borde del nevado Himalaya, hasta las ardientes planicies de Bengala, un joven guía inglés regalaba mis oídos con las leyendas del Tibet misterioso, que él conociera cuando llegó con su expedición hasta la "ciudad secreta" de Lhasa.

La aventura es el resplandor de lo desconocido, la clarinada que llama a la lucha y a la conquista. Abandonando una vida cómoda y lujosa, Stratford D. Jolly, se unió a la romántica expedición que partía en busca del oro de los Incas, que se suponía escondido en las márgenes del río Sacambaya, en Bolivia. Su esposa no podía consolarse en un principio de esta sed de aventuras del marido, pero de improvviso comprendió que los placeres de la civilización poco significaban frente a la sugestión de lo desconocido.

El hijo mayor de mi difunto esposo, Arnold Drummond-Hay, murió en el Sahara, en una expedición cuyo designio era descubrir la mítica ciudad de Atlántis.

Durante siete años, un naturalista sueco, el doctor Eric Myoberg, vivió entre los "dyaks" salvajes en la selva primitiva. El capitán T. A. Joyce, del Museo Británico, investiga actualmente en Honduras Británica el misterio de la civilización maya. Tres mujeres, las señoritas Cator Thompson, Norie y K. Kenyon, han resuelto explorar las minas del Rey Salomón en Rodésia.

Mr. Arthur S. Vernay, en la primavera pasada se propuso conquistar 6400 kilómetros del desierto de Kalahai. Miss Elisabeth Steen, de California, va a explorar el Brasil en busca de una perdida tribu de indios.

(Continuará)

BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

"EL CIGARRILLO"

Por RODOLFO RODRIGUEZ GUICHOU

PUESTOS en el trance de destacar la nota distintiva de este libro de cuentos, señalaríamos su llaneza absoluta, su limpidez conceptual. El Sr. Rodolfo Rodríguez Guichou no experimenta, al parecer, ninguna atracción hacia los modelos renovadores que con tanta precisión se van dibujando en la literatura imaginativa moderna. No lo decimos como reproche, sino, simplemente, para reflejar la tendencia que se observa con nitidez en sus trabajos. Los procedimientos del escritor se destacan aquí por su sencillez y su formalismo tradicional. Dentro de esa naturalidad ambiente, son naturales, también, los temas elegidos, y a veces en tal medida que pudieran parecer nimios o vanos. Pero justo es consignar que siempre interesan.

El Sr. Rodríguez Guichou sabe imprimir a sus cuentos una cautivante amenidad. Eso se advierte, por ejemplo, en el relato que da nombre al volumen, "El cigarrillo", en donde, con una acción reducidísima y casi nula sin descripciones minuciosas ni profundidades psicológicas, logra trasladar vividamente un curioso estado de espíritu femenino. Corresponden, pues, a la pluma hábil los honores del triunfo, porque los elementos de que dispone para el desarrollo de la ficción se caracterizan, en su esencia individual escueta, por su pobreza. En "Molina de San Martín" se encuentran iguales rasgos, a los que se suma en este caso un color local pueblerino vertido con gracia. En "El petit-gris" se recoge una impresión de ciudad, galante, trazada con desenfado e ironía. Acertado resulta, a pesar de su significación, extremadamente limitada, el breve cuadro que se brinda al lector bajo el título de "Cu-caracha"; hay en él un esbozo de tipos, abordados con éxito prometedor. No cabe aplicar términos igualmente elogiosos a los cuentos llamados "Coraje femenino" y "Atrevidor". En los cuales prevalece el aspecto vulgar de los hechos sobre cualquier otra consideración.

Utiliza el Sr. Rodolfo Rodríguez Guichou un lenguaje sobrio, expresivo. Su estilo, galano y pulcro, si bien no alcanza nunca una nota demasiado alta, guarda la proporción necesaria con los asuntos de que gusta tratar y se presta admirablemente para que el autor vuelque en sus matices su pensamiento.

"FOGON CAMPERO"

Por RAUL DOZO LEBEAUD

TRAS la ruda faena diaria, es el fogón sitio obligado para la tertulia de la gente campesina, dispersa todo el día, alejada del caserío por la diversidad de menesteres. Allí se conocen las noticias del lugar, se refugia el cansancio de la prolongada labor y se compensa en la frecuencia de las chanzas; se escucha la dulzura de algún triste en la guitarra y la vida de relación se manifiesta en forma más caracterizada en el relato despañoso y nutrido de sabio ingenio, que es propio del gaucho viejo. Junto al fogón se aprecian las más verdaderas modalidades de las gentes y costumbres campesinas y hasta suelen gustarse expresiones de poesía popular, en el recuerdo de las tradiciones de amor y superstición, que son las más comunes inquietudes de los mozos.

La palabra fogón en nuestros campos tiene la misma sugestión de calor fraternal y amparo familiar del hogar. Su nombre ha sido siempre bandera de los cultores de la tradición gauchesca y hasta sirvió de denominación a los escritores tradicionalistas que se reunían con el "Viejo Pancho", el querido cantor del Tala.

El mismo sentido tiene para Raúl Dozo Lebeaud, cuyo "Fogón campero" es una meritoria contribución a la ya considerable literatura gauchesca. No ha de juzgarse en él su perfección artística, porque no ha sido ella la finalidad de su libro. Hábil narrador, se propone, como los gauchos viejos de las escenas campestres, deliciar

COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL

a su auditorio amigo con la amenidad de su relato, con la evocación de las proezas de los hombres de esta tierra; la belleza de las tradiciones que atesoran preciadas reliquias del alma popular o edificantes historias que son el elogio de la valentía y destreza gauchas; de la nobleza y generosidad de la patria o de diversos aspectos de la epopeya nacional, tan rica en hermosos episodios y gallardas figuras.

Es una manera eficaz de despertar la afición nacionalista, y tal como lo hace el autor del libro que comentamos merece el elogio sin reservas. El vigoroso colorido de sus cuadros, la firmeza de los rasgos que componen las recias figuras y la amenidad de todas sus narraciones son las condiciones esenciales de esta obra.

Las observaciones de detalles que podrían formularse a algunos de sus capítulos, no modificarían el mérito principal, que es el placer de su lectura.

Su material es copioso y ofrece frecuentes motivos de interés, entre los que deben señalarse en primer término su labor literaria y la fidelidad y destreza con que reúne hechos, tipos y costumbres del campo argentino, muchos de ellos pertenecientes al pasado.

"EL ANILLO DE TURQUESAS"

Por BARTOLOME GALINDEZ

NORMAS de extrema sencillez parecen haber guiado al Sr. Bartolomé Galíndez en la composición de los cuentos que informan "El anillo de turquesas". Más que un afán de superación literaria, diríase que le animó el simple deseo de proporcionar al lector un conjunto de narraciones en que la ausencia de inquietudes y motivos de honda trascendencia ponga una nota ligeramente vana y sosegada. Si esas fueron sus reducidas pretensiones, cabe adelantar que ha conseguido llevarlas por completo a la práctica.

En ninguno de estos cuentos se advierte una originalidad definida. Inclusive asegurárase, por los temas y por la forma, que son ya conocidos, que alguna vez se han leído trabajos de índole muy semejante, sin que ello equivalga a arrojar so-

bre el autor la menor sombra en lo que respecta a su probidad.

El Sr. Bartolomé Galíndez ha tocado asuntos que, desde luego, revelan que se ha propuesto objetivos diferentes a los alcanzados. Siempre, por otra parte, ha orientado su labor por rutas sanas, como lo atestiguan sus numerosos libros anteriores, y en ocasiones ha logrado aciertos de discreto relieve. Aquí, no obstante, su palabra no aporta el acento de solidez preciso. En "El anillo de turquesas", los cuentos se resienten, fundamentalmente, de pobreza anecdótica, puesto que de antemano se observa que no se ha tratado de trazar estados psicológicos, ni de detenerse en descripciones; en algunos se llega a adivinar con facilidad el desenlace no bien se recorren los primeros párrafos.

Poseen estas narraciones, a pesar de lo apuntado, méritos parciales de indiscutible reconocimiento. Algunas hasta pueden recomendarse por su factura general. Las valora, sobre todo, el estilo de natural elegancia y justeza con que las desarrolla el Sr. Galíndez.

"NUESTRO DERRUMBE ECONOMICO"

Por JULIO TRAVERSO

JULIO TRAVERSO, publicista santafecino, autor de algunos estudios de carácter económico, ya juzgados con elogio antes de ahora, acaba de dar a la estampa una nueva serie de observaciones libres sobre las condiciones del momento actual.

Sin embanderarse en ninguna escuela ideológica ni seguir un riguroso orden de tópicos para sus argumentaciones, el autor demuestra conocer bien la vida de nuestras campañas y describe con espíritu de simpatía los trabajos rurales y las costumbres "chacareras", censurando justamente la existencia inútil de los terratenientes y latifundistas que no saben lo que vale el suelo de la patria sino por los goces que les procura. No acierta igualmente cuando trata cuestiones más complicadas, como ocurre con las monetarias y bancarias, con el oro que garantiza la circulación de numérico, etc.

En resumen, rechaza por va-

nas o ineficaces las soluciones propuestas para resolver la crisis de las industrias agropecuarias, y en cambio, sugiere la necesidad de limitar el precio de los arrendamientos rurales al 25 o/o en dinero de los rendimientos de los productos; la apertura de la Caja de Conversión, sin temor a las exportaciones de metálico; la celebración de convenios con los Estados Unidos y Canadá para "fijar un precio equivalente y mínimo a todos los productos similares, en franca competencia entre sí"; la eliminación del caudillismo político y la difusión de la enseñanza experimental agrícola.

Obra de profunda fe en el porvenir argentino, el opúsculo del Sr. Traverso contiene nobles aspiraciones: es un aporte interesante al estudio de los problemas que inquietan el presente.

"AL MARGEN DE LA CONSPIRACION"

Por "DIEZ PERIODISTAS PORTENOS"

RESUME este libro la historia de los acontecimientos políticos que culminaron el 6 de septiembre último con el derrocamiento del gobierno del señor Yrigoyen y la asunción del mando por la junta de gobierno provisional. Escrito por periodistas porteños, contiene el relato de los hechos desde el punto de vista de esos periodistas, vale decir, resume las impresiones que cada uno de ellos pudo recoger, personalmente, en los sitios en que le cupo actuar.

A manera de introducción, contiene la obra un resumen histórico de la política argentina a partir de 1890, continuando después con un capítulo en que se da cuenta de los preliminares del movimiento revolucionario, el que sigue en su desarrollo desde su gestación hasta el momento en que la junta provisional de gobierno prestó solemne juramento en la histórica reunión de la plaza de Mayo. Explica la actuación que correspondió en esos sucesos al ejército, a la marina, a la aviación, a los diversos partidos políticos y al pueblo porteño, como masa, y relata con minuciosidad, al mismo tiempo, las medidas de seguridad que alcanzó a adoptar

el gobierno depuesto, en su afán de emprender una defensa que no llegó a resolverse. Contiene el libro algunos importantes documentos históricos, como los acuerdos de algunos partidos políticos frente al desquiciamiento del gobierno depuesto, el texto de las principales disposiciones preliminares adoptadas por las nuevas autoridades al asumir el mando, etcétera. En resumen, es un compendio completo, realizado con criterio periodístico, de lo que fueron esos acontecimientos, completado con algunos esquemas y una serie de fotografías de actualidad.

"CARTAS del LIBERTADOR"

Por VICENTE LECUNA

DIEZ volúmenes componen esta obra del Dr. Vicente Lecuna, quien ha compilado las cartas de Bolívar, por decreto del presidente de los Estados Unidos de Venezuela, en el que se ordena expresamente la edición completa y cuidadosamente revisada de las "Cartas del Libertador", que comprenda las coleccionadas en las "Memorias", de O'Leary, las demás publicadas en diversas obras, las que se hallaban inéditas entre los documentos comprados por el Ejecutivo Federal a la sucesión Pérez y Soto y a otras personas y en los donados al Estado venezolano por D. José María Quiñones de León.

Cuando Bolívar dejó el mando y partió de Bogotá, en 1830, con el propósito de trasladarse a Europa, envió su archivo, que guardaba en diez baúles, a D. J. Pavageau, radicado en Cartagena, para que lo hiciera llegar a París. Sucesos políticos posteriores y el mal estado de su salud, impidieron a Bolívar efectuar ese viaje. En las postimerías de su vida, dispuso en su testamento que se quemasen esos papeles, lo cual no fué cumplido por sus albaceas.

El señor Juan de Francisco Martín, uno de los ejecutores testamentarios de Bolívar, y el general Daniel Florencio O'Leary, desterrados en Jamaica, llevaron consigo el valioso archivo, y el segundo de los nombrados, dispuesto ya a escribir sus memorias, conservó para sí la mayor parte de la documentación.

El Gobierno de Venezuela dispuso en su oportunidad que no se omitiera esfuerzo para completar la presente colección, y el encargado de la tarea ha reunido en su obra, además de lo que recogieron historiadores y amigos de la gloria del general Bolívar, las cartas que logró obtener personalmente y las que se hallan en la casa natal, las cuales pertenecen a la Nación y forman la mayor parte de las existentes.

La labor del Dr. Lecuna ha sido impropia e inteligente, entregando a la historia americana documentos de mucho valor, que aclaran el criterio histórico sobre muy diversos sucesos y se refieren a distintos países.

La versación del Dr. Lecuna en la materia ha sido un fuerte apoyo para finalizar una obra de tanto aliento, en la que reúne muchos de sus esfuerzos anteriores. Entre ellos se cuentan sus obras "Creación de Bolivia" y "Papeles de Bolívar", la última de las cuales es una selección de documentos inéditos, que inician una serie de quince volúmenes sobre la historia de Bolívar.

Las múltiples dificultades consiguientes a tan vasta tarea han sido salvadas airoosamente, corrigiendo gran número de errores y omisiones, no sólo de las citadas colecciones impresas, sino en las copias, no siempre fieles, teniendo también presente constantemente el hábito del general Bolívar de firmar sus cartas sin leerlas y los defectos de su amanuense.

Para mayor claridad, el autor ha adoptado el método puramente cronológico y, tras largos años de labor, necesarios para comprobar hechos y verificar detalles, ha logrado gran número de correcciones.

El volumen final contiene un índice analítico de los nueve anteriores y un suplemento al apéndice, constituido por documentos que se ha juzgado oportuno incorporar a la presente colección.

NOTICIAS LITERARIAS

(De nuestra agencia en París)

Diciembre de 1930.

En torno de una bien servida mesa, los "señores de la Goncourt" han votado por Henri Fauconnier para concederle el premio de 5000 francos, creación conforme a una de las cláusulas testamentarias de los hermanos Goncourt. Henri Fauconnier no es un joven, por la edad; lo es en la vida literaria. Sólo un libro figura en su "activo" de escritor. El premio lo obtiene por otro libro-novela. Título: "Malasia". Es un libro vivido allá en lejanas regiones, donde el autor, con su hermano mayor, explota una gran hacienda colonial, en la que abunda la producción del caucho. Se trata, pues, de un hombre que vive en perpetua laboriosidad. Trabaja, como agricultor, y en sus ocios escribe. ¿Sobre qué? Sobre lo que ha visto y sentido durante el ejercicio de sus actividades. Casi unánimemente ha logrado la victoria. Sólo tuvo enfrente a Jean Prevost, candidato de mérito. Su patrocinador, el que predijo a un escritor con "Malasia", es Lucien Descaves.

No hemos leído aún este libro del autor laureado. Pero lo que algunos críticos han dicho acerca de él desilusionará a los golosos de aventuras urisanienses y de aventuras simplemente. A lo que parece, es una obra de ambiente moral — el trabajo regenerador, por Francia, lejos de su metrópoli.

El propio autor declara, con una modestia plausible, que no quiso encajar una obra literaria. En su espíritu y en su corazón guardando documentos humanos, entregándose al

análisis del ambiente y de la humanidad que le rodeaba. En el silencio y bajo el imperio de aquel sol aplastante quiso realizar lo que había desfilado por delante de su retina moral. No es la primera obra de ambiente colonial que ha premiado la Academia Goncourt. Los hermanos Leblond fueron premiados por otro libro sobre África y, posteriormente, se adjudicó el premio a otra novela titulada "Batonala", de un mestizo senegalés cuyo nombre pesó por el mundo de la literatura como fugaz meteorito...

Un aplauso a la señorita de Curel, heredera de François de Curel, académico y gran dramaturgo. ¿Por qué el aplauso? Sencillamente, porque ha prohibido toda publicación o comunicación de cartas particulares que fueron escritas por su ilustre padre... Habiase dado en la mala costumbre, no sólo de publicar correspondencias privadas de autores importantes, sino de ponerlas a precio en subasta pública: mala costumbre que refleja una época como la presente, en donde el culto a Plutón es más ferviente que la práctica de la moral. Veremos si los que poseen autógrafos de De Curel se conformarán con la oposición hecha por su hija o si venderán, así y todo, los autógrafos íntimos por unas cuantas monedas. En cuyo caso darán a entender que estiman en más el dinero que la prueba de amistad y de afecto que les dió en vida un eminente escritor, modelo de honestidad.

Sigue explotándose la vanidad de los doctores que aman una dedicatoria inclusive pagándola. Porque tal es el caso

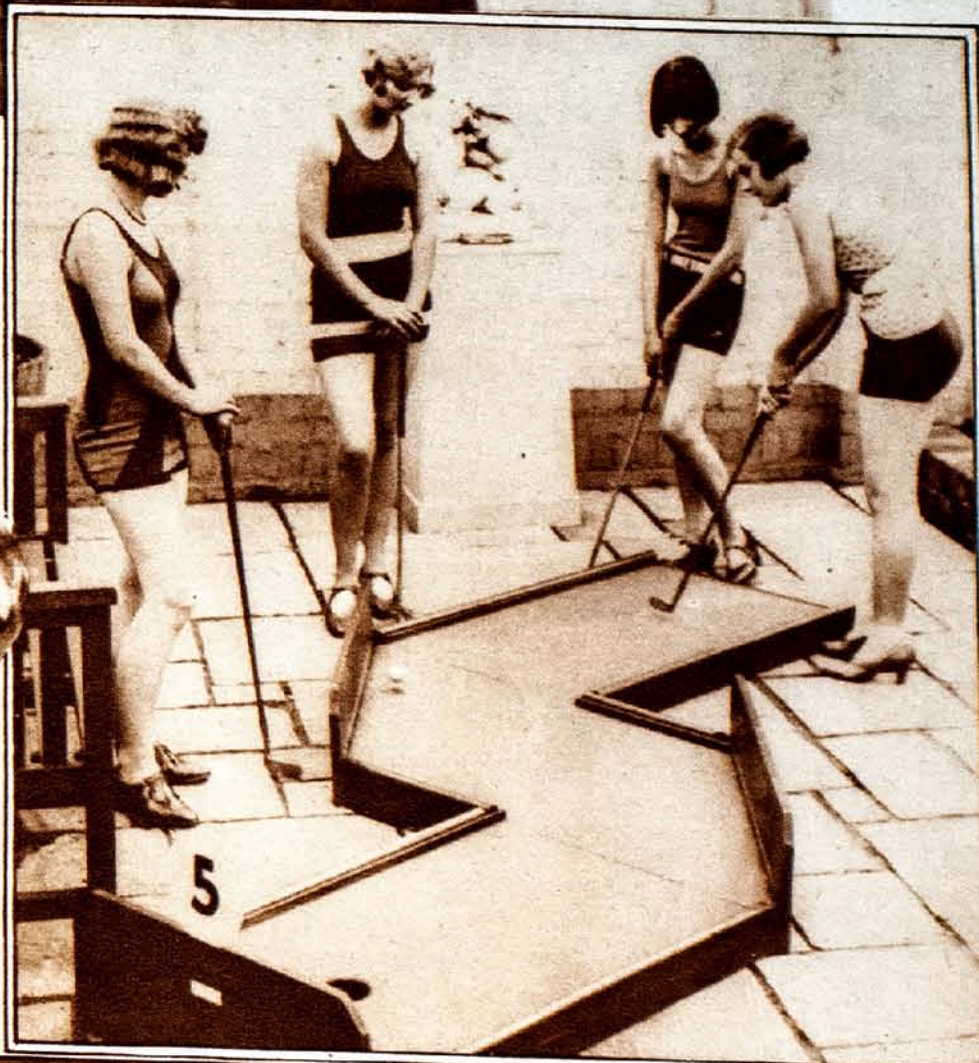
de los escritores que señalan un día y una hora en una librería determinada para dedicar sus obras a los compradores. La dedicatoria no debe ser objeto de mercantilismo. Se pone en un libro como expresión de un sentimiento espiritual. Y el obsequiado suele ser un crítico o un amigo verdadero del autor. Generalmente, se abusa en el reparto de los libros dedicados, y se han dado casos de concederlos con una dedicatoria estúpida a un amigo de unas horas ayuno de cosas literarias. Ejemplo: el gran escritor Mariano de Cavia dedicó uno de sus libros a un sastre de toreros que había conocido durante una cena alegre. Y la dedicatoria decía así: "A fulano de tal, mal sastre, pero notable escritor"... y resultó profeta Cavia, porque andando el tiempo, el sastre en cuestión publicó en un periódico de Madrid un cuento, después de la guerra con los Estados Unidos, titulado "La última lección". Era el famoso cuento de Alfonso Daudet, después de la pérdida de Alsacia, mal adaptado por el sastre, que no sabía una jota de francés. Cavia le dedicó otro libro suyo, escribiendo: "A fulano de tal, mejor sastre que fusilador de Alfonso Daudet".

La Casa del Poeta, fundada por Emile Blémont, ha distribuido entre diferentes poetas la suma de 18.000 francos. Obra de justicia y de filantropía, porque es un estímulo para los que empiezan a caminar por el sendero de la poesía y necesitan ayudas materiales para no desmayar en uno de esos altos en que la necesidad engendra a veces la desconfianza en sí mismo.

La liga de los fumadores celebró el 4º centenario de Jean Nicot, quien introdujo el tabaco en Francia, realizando varios concursos y eligiendo la reina y su corte, que vemos aquí.



El golf de salón, como el golf en miniatura, es practicado en todas partes del mundo. Una sesión en Londres.



Original fotografía de una mariposa Promethea depositando sus huevos en el pétalo de una flor.

La blancura en los dientes
y la sonrisa en los labios
las tiene quien usa
PASTA DENS

Tubo
\$ 1,25
en la
capital

Limpia la dentadura
con la suavidad de
una esponja, sin
atacar al esmalte.
Desinfecta la boca.
Perfuma el aliento.

Perfumeria Gal. - Madrid.
Sucursal en la Argentina:
Maure, 2010-14. - Buenos Aires.
Proveedores de S.S. MM. los Reyes de España.





Poincaré.



Briand.



Marin.



Barthou.



Paul Boncour.



Malvy.



Pierre Laval y Henri de Jouvenel.

Tardieu.



Paul Noumer, presidente del Senado.



Caillaux, rodeado de periodistas.



Herriot.



Fernand Buisson, presidente de la Cámara.

Kodak
Europeo

LOS ojos de París no han visto esta semana más que siluetas políticas. Por desgracia para la tercera república, este desfile de personajes por el Elíseo va siendo un espectáculo demasiado frecuente. Forma ya parte de las actualidades de la semana cinematográfica, con el gran incendio y el gran entierro. Hay gente que en vez de ver la crisis cómodamente, en el cinematógrafo, entre las actualidades Gaumont o Pathé, quiere verla de veras, y lleva su curiosidad hasta apostarse el día entero a las puertas de la residencia presidencial para contemplar las entradas y salidas de los parlamentarios. El periodista, el fotógrafo, el operador de "cine" y el agente de policía, están allí por penosa obligación. En estos días de crisis, a cualquier hora del día y de la noche, mientras el Presidente evacúa sus consultas, hay siempre un par de docenas de reporteros montando la guardia en el Elíseo. Al pie de la escalera del palacio, el hombre que sale de conferenciar con M. Doumergue es acosado por los periodistas. Es el momento trascendental, cuando el "ministable" pronuncia la frase ritual que se proyectará en la gran pantalla receptora del público. La mayor parte de los políticos no se hacen rogar. Tienen la palabra fácil, como cuadra a su oficio. Pero otros se esquivan y a veces logran partir en silencio. Contra ellos se despliega el frente único de periodistas, fotógrafos y operadores, que cierra el camino entre la escalera y el automóvil. Ni el elusivo Poincaré puede resistir a esa maniobra. Dos palabras para escapar. La lengua es entonces la llave de la libertad.

En la pintoresca variedad de siluetas de este "film", está el vasto panorama de los partidos políticos franceses. Cada uno de estos hombres representa un programa, una expresión social, unos millones de electores. Todos juntos representan a la Francia republicana. La República carece de elegancia. ¡Qué mal visten sus padres! Trajes hechos, zapatos hechos, corbatas hechas... Dentro de la monotonía estética de la confección, caben, sin embargo, ciertas diferencias. Se ve, por ejemplo, en la indumentaria de Poincaré al hombre metódico y ordenado que sabe exactamente cuántas corbatas tiene, como sabe exactamente las cifras del último balance del Banco de Francia y la de los efectivos de los Cascos de Acero. Se ve que Herriot, letrado perdido en la política, suele olvidarse del sombrero que le tiran por la escalera al salir de su casa y que lo lleva así, según cae, en la cabeza. Se ven otras muchas cosas, todas risueñas para un país que, como la Argentina, tiene la preocupación de la elegancia. Aquí nadie es elegante por preocupación. La mujer lo es por naturaleza y el hombre por costumbre.

Caillaux y Tardieu son las figuras elegantes de la política francesa, llevando éste un abrigo de pieles que escandaliza a los radicales socialistas.

Miss Joan Fry, la conocida estrella del tennis, contrajo matrimonio con Mr. T. A. Lakeman, del Cuerpo Real de Tanques, en Holy, Trinity, Brompton.



Pilar Buigas Santés, joven actriz argentina que está dando una serie de recitales poéticos en diversas ciudades de la República, luego de actuar con excelente éxito en la Capital.



En Francia se levantará un monumento para perpetuar el magnífico vuelo de Costes y Bellonte sobre el Atlántico, desde París a Nueva York.



En el COLON

Aquí hay gracia...elegancia...encanto revelando la influencia de LUX

La sociedad en la ópera—mujeres de una elegancia exquisita—trajes tan hermosos—tan atractivos! ¿Como se hace?

Es un secreto apreciado por toda dama elegante—el secreto del lavado seguro con Lux. Ella nunca permite el uso dañino de jabones ordinarios para sus prendas delicadas; exige que sean lavadas mediante la espuma refrescante de las escamas puras del Lux—que extrae suavemente la suciedad.

Sedas, espumillas, delicada ropa interior—lavadas con Lux—quedan como neuvas. ¡Sin frotar! Con el trato suave de la suciedad se disuelve como por encanto. Exija siempre el Lux para el lavado de sus hermosas prendas. Lux las conservará atractivas y prolongará su duración también.



LUX

PARA EL LAVADO SEGURO

Precio: 20 y 45 ctvs el paquete.

LEVER HERMANOS LIMITADA BUENOS AIRES.

L X 68

La princesa Ileana de Rumania, auspició la formación de las "girls scouts" en su país, siendo actualmente la comandante.





El avión más grande del mundo, en el Radlett Aerodrome, Herts, que hará el servicio de pasajeros entre Londres y El Cabo. Es un Handley-Page de 40 plazas y de su tamaño da una idea el aparato común que está a su lado.



Durante su visita a Roma, el príncipe del Japón rindió homenaje al soldado desconocido.



El legendario cedro del Líbano, en el Jardín de Plantas de París, plantado en 1734 por el famoso botánico francés Bernard de Jussieu.



Después de afeitarse un poco de Crema Balsámica Mennen (Skin Balm) deja una inimitable sensación de frescura. Antiséptica y calmante, esta crema alivia irritaciones, y beneficia el cutis.

1.60

CREMA BALSAMICA MENNEN



LA ECONOMIA ES UNA VIRTUD QUE EL HOMBRE HONRADO DEBE PRACTICAR.

UNA CUENTA

de ahorro siempre ayudará a usted a mejorar su porvenir. ¡Guarde algo cada mes! Sea previsor. El Banco "El Ahorro" le abona el 8 % de interés anual y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veintinueve años a completa satisfacción de sus clientes.



Stela Levy, campeona europea de duración de baile, con 62 horas de danza.

La princesa Ingrid, hija del príncipe de Suecia y nieta del duque de Connaught, durante su aprendizaje en la Cruz Roja.



Por décima vez se ha disputado en París, sobre una distancia de 39 kilómetros, el campeonato de triciclos de reparto, prueba en la cual participaron 67 conductores. Ganó Marcel Cognasson, en 1 hora 40 minutos.

"Todas nosotras usamos Jabón Lux de Tocador"

dice esta favorita de Hollywood
—LILA LEE

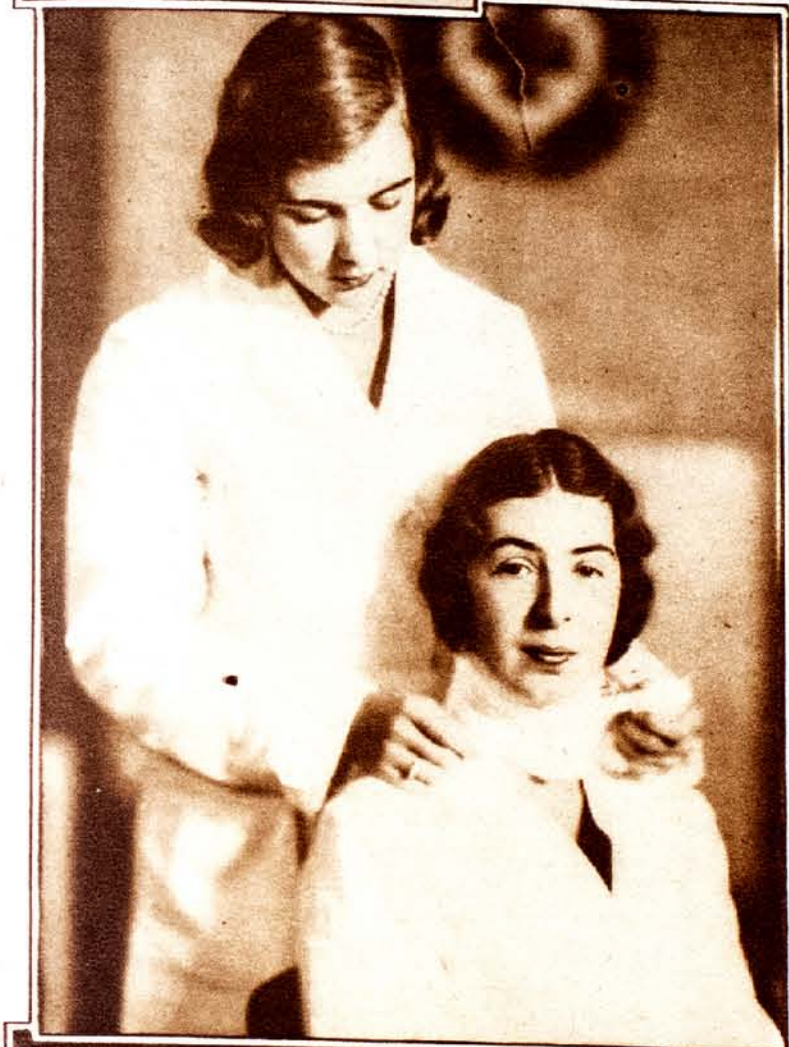
LILA LEE, bella e irresistible estrella de la Colombia, dice: "Dado que el cutis de una estrella de cine debe ser perfecto no es extraño pues que todas nosotras usemos Jabón Lux de Tocador."

"UN cutis suave y hermoso es el atributo más irresistible," dicen los directores más importantes de Hollywood. Y las estrellas del cine saben que un cutis exquisito les es absolutamente esencial. Es por esto que Lila Lee, y nueve de cada diez estrellas, emplean el Jabón Lux de Tocador para conservar la hermosura de su cutis. Usted, también, puede gozar de un cutis perfecto — un cutis exquisito y suave como poseen sus artistas predilectas. El Jabón Lux de Tocador lo velará. A usted le encantará la delicadeza y fragancia de este jabón blanco. Compre su pastilla hoy.

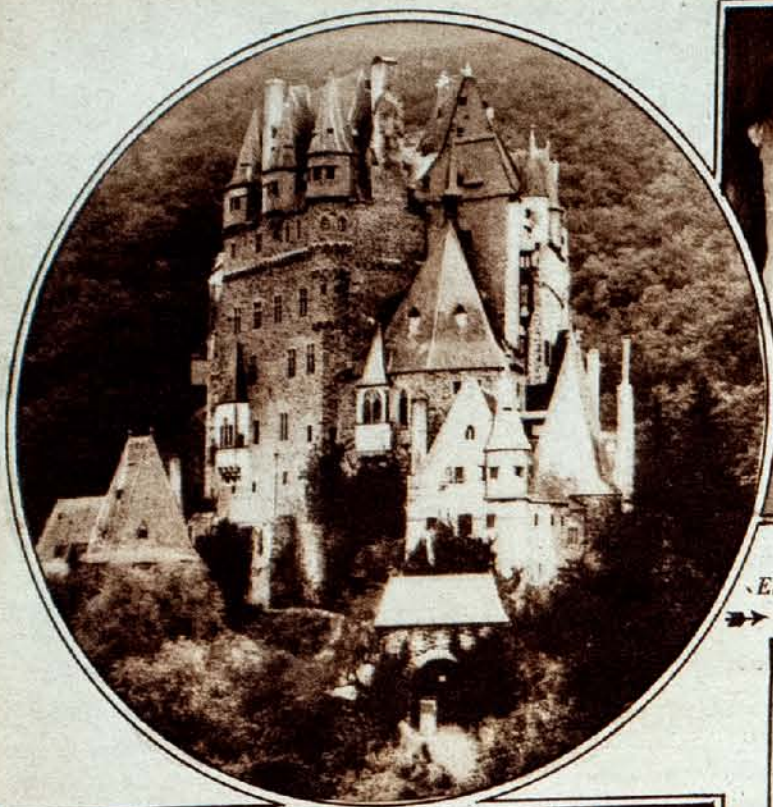
JULIETTE COMPTON, es una de las 441 actrices de Hollywood que cuidan su cutis mediante Jabón Lux de Tocador. "Yo lo encuentro indispensable. Mantiene mi cutis en perfecta condición," asegura ella.



LUX Jabón de Tocador



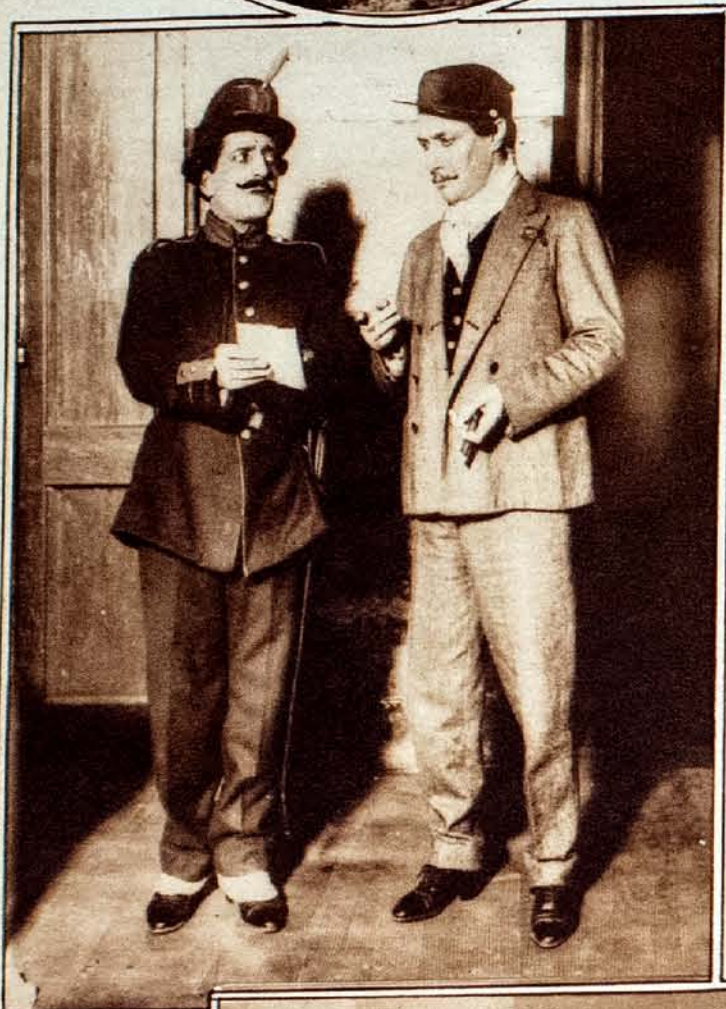
Chinchillas, del criadero de "Miraflores", en Abra Pampa, Jujuy.



El famoso castillo de Eltz, levantado hace tres centurias a orillas del río Mosel, en Alemania.



La presentación de los "modelos" de estación reúne en las casas de modas de París, una concurrencia que se considera privilegiada.



Félix Mutarelli y Samuel Giménez en "Gabino el mayoral", sainete de Enrique García Velloso "reestrenado" últimamente en el Nacional.



Chela Cordero, primera actriz de la compañía Ramírez, que en la próxima temporada actuará en Córdoba, Rosario y Montevideo.



El sol de envejece

El aire, el polvo y el sol son por reseca el cutis, robarle pero hay manera

Verano el cutis

tres enemigos que conspiran su frescura y envejecerlo de rejuvenecerlo



Si acostumbra usted ir a la playa o salir al campo o al aire libre, no olvide ponerse Crema Hinds todas las noches para que, mientras usted duerme, le devuelva al cutis su frescura; y todas las mañanas, para darle protección durante el día.



Si por un descuido ha dejado usted que el sol requeme y oscurezca su cutis, no pierda tiempo. Póngase a diario en las partes requemadas toda la Crema Hinds que la piel absorba. Con esto se evita que la quemadura sea do-

lorosa y poco a poco se le devuelve al cutis su juvenil frescura y su blancura natural.



Es mejor, sin embargo, prevenir el mal, que remediarlo. Antes de salir póngase Crema Hinds en los sitios que van a quedar expuestos y polvéese después, abundantemente. Esta es la protección más eficaz que puede usted darle a su cutis.



Siempre que salga del baño o que se moje las manos o la cara, recuerde darse un ligero masaje en todo el cuerpo con Crema Hinds. Devuelve al cutis los aceites naturales que le roban el tiempo seco y los rayos del sol, pero al mismo tiempo impide que se vea brillante y grasoso.



Y si el verano dejó en su cuerpo la huella de su paso: el cutis oscurecido en todos los lugares que quedaron expuestos a los rayos del sol, póngase todas las noches toda la Crema Hinds que la piel absorba hasta que su cutis recobre su blancura y vuelva a verse, terso, suave, juvenil.

CREMA HINDS



Lady Bridget Poulett, hija de la condesa de Poulett y hermana de lord Poulett, es una de las más bellas damas últimamente presentadas a la corte británica.



Los sports de invierno tienen en los chicos decididos entusiastas, que aprovechan la apertura de la temporada para comenzar a deslizarse en los "skies".

Aquí están los nuevos medios para destruir el vello

MILES DE SEÑORAS LOS RECIBIERON CON SATISFACCIÓN...

Un nuevo descubrimiento permite destruir el vello - sin olor - sin ardor, y sin que el vello vuelva.



No tan sólo desaparece el peligro de que el vello sea robustecido..., la posibilidad de que vuelva ha sido alejada indefinidamente.

Se ha hallado un nuevo método para eliminar el vello del rostro, de los brazos, de las piernas todo vestigio de vello. Excluye la posibilidad estimulada el crecimiento de vello más fuerte. Un camino hacia la destrucción definitiva. Por él los entendidos en cosmética han

REVISTA DE "LA NACIÓN"

"Una bordejeada" (carátula en huecograbado) Pág. 1
Del norte argentino Pág. 3
Cómo nos entrenamos para el remo Pág. 4
Contrastes porteños Pág. 5
Las modas actuales en Hollywood. Pág. 6
"Film" de Año Nuevo Pág. 8
"La dama del pijama verde" (cuento), por Julio Dantas (ilustraciones de Alejandro Sirio) Pág. 9
"Cartas de Italia: El IV centenario de los Rozzi", por Alberto de Angelis Pág. 10
"La "novela" de Giuseppe Verdi", por Olindo Malagodi Pág. 11
"Los amores del mariscal Sucre", por Héctor Pedro Blomberg. Pág. 12
"Arabesco viajero", por Antequera Azpiri (texto y dibujo) Pág. 13
"El centenario de Jacopone de Todi", por Gabriela Mistral Pág. 14
"Teatros de Londres: El Old Vic y su honrosa tradición", por Lucie Walker-Leigh Pág. 15
"El tiempo en el teatro", por Octavio Ramírez (caricaturas de Alejandro Sirio) Pág. 16
"Una mujer celosa" (cuento), por Armando Tagle (ilustración de Luis Macaya) Pág. 17
"Glosas de Nueva York", por Anto-

nio Pérez Valiente de Motezuma. Pág. 18
"El centenario del Pacto Federal", por Mariano de Vedia y Mitre. Pág. 19
"Romance de la niña enamorada" (versos), por Miguel Cané. Pág. 20
"El vestido de la tarde", por la Marquesa de San Carlos (figurines de Reynaldo Luza) Pág. 20 y 21
"La constante solar", por Julio Heller Pág. 22
"La antigüedad de la tierra", por Oswald Falke Pág. 22
"El misterioso crimen del escarabajo: Unas huellas digitales comprometedoras", por S. S. Van Dine (ilustración de Pedro Delucchi). Pág. 23
"El novio de Rosita: El remedio resultó peor" historietas cómicas, por Geo Mac Manus Pág. 24
"Las mil y una aventuras (páginas de un libro continental): Una aventura con la muerte" (II), por José Santos Chocano Pág. 25
"Bridge: Comentarios sobre la convención Vanderbilt", por León Casabal Pág. 26
"Fritz Kortner", por Olaf Anderson Pág. 26
"El séptimo arte: Carta de Hollywood", por White Screen. Pág. 27
"Visita al gran pianista Planté", por Madeleine Clemenceau Jacquemaire Pág. 28
"El enemigo de los animales" (cuento para niños), (ilustración de Juan Carlos Huergo) Pág. 29
"Betty: El motivo verdadero" (historieta cómica), por C. A. Voight. Pág. 30
"Sobre la aventura" (I), por Lady Grace Drummond Hay Pág. 31
"La risa del mar" (versos), por Luis Echávarri Pág. 31
Bibliografía nacional y extranjera (comentarios acerca de la producción actual) Pág. 32
Variedades gráficas Pág. 33 a 39

y para el vello fuerte de cualquier polva con él la piel a depilar, ya está la piel blanca y libre

causan ardor. La Nueva Crema de usarse en el rostro sin te-

— o al menos alejada la posibilidad de que lo vuelva

minado un vello fuerte, finalmente distinto al recrecido de usar medios anticuados. El crecimiento nuevo será débil. El cutis del rostro también una criatura. Nada de rojez ni sentirá más libre de vello

por nuestra casa, Crema Depilatoria

NOS AIRES

L. N. D. I

piso 1º - Buenos Aires.

librito descriptivo sobre la

Nº

F. C.



Este ejemplar de conejo presentado en la última Exposición del Crystal Palace, en Londres, tiene de oreja a oreja una longitud de sesenta y siete centímetros y medio.

"Temo que la propaganda diga poco. Las pecas se fueron y el cutis se aclaró".

Lucita Corvera nos escribe acerca de la Crema de Oriente Vindobona: "Le comunico el resultado obtenido con la Crema de Oriente Vindobona. Yo no hubiera creído ni la mitad de lo que dicen los avisos, pero, desde que la uso, temo que la propaganda diga poco todavía. "Las pecas que me habían salido, se fueron en pocas semanas y todo el cutis se aclaró. Parece más transparente la piel. "Otra cosa notable es lo siguiente: como río continuamente, aparecen unas arrugas alrededor de la boca. Pero le estoy hablando de hace unos meses, porque ahora, aunque me río lo mismo, no se forma ni la menor arruga, y de las que había, ni rastros, gracias a la exquisita Crema de Oriente Vindobona."

Lucita Corvera

Crema de Oriente Vindobona no es simplemente una crema más. Sus resultados superan a todo lo que usted puede haber ensayado, porque es la única crema de tocador que posee propiedades de vaso constructor. Puede formar una piel nueva. Haga usted penetrar esta crema mediante ligeros masajes. Sus ingredientes evitarán que en las nuevas células se repitan los defectos, las pecas, paños y manchas cutáneas. Contrae los poros. Aclara la tez y confiere frescura y lozanía. Las arrugas se alisan porque se tonifican los tejidos. Adquiera un pote hoy. Se vende en las buenas casas del ramo y en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA 8, PISO 1º (Atendida por señoras). BUENOS AIRES



0.35

La pastilla de
115 gramos



Tiene la forma
de un jabón
LE SANCY
gigante

Experimente LE SANCY en su ropero :

compre el "Paquete Familiar Le Sancy"

que contiene 12 jabones por \$ 4.-- y
distribuya éstos en los distintos es-
tantes de su ropero mientras no los
consume.

Cada vez que Vd. vaya a su arma-
rio experimentará el agradable olor
a limpio que transmite el

"Bouquet de Lavanda de Dubarry"
con que está perfumado el

LE SANCY

ya consagrado como

"El más barato de los jabones finos,
y el más fino de los jabones baratos"

Perfumeria
Dubarry

